

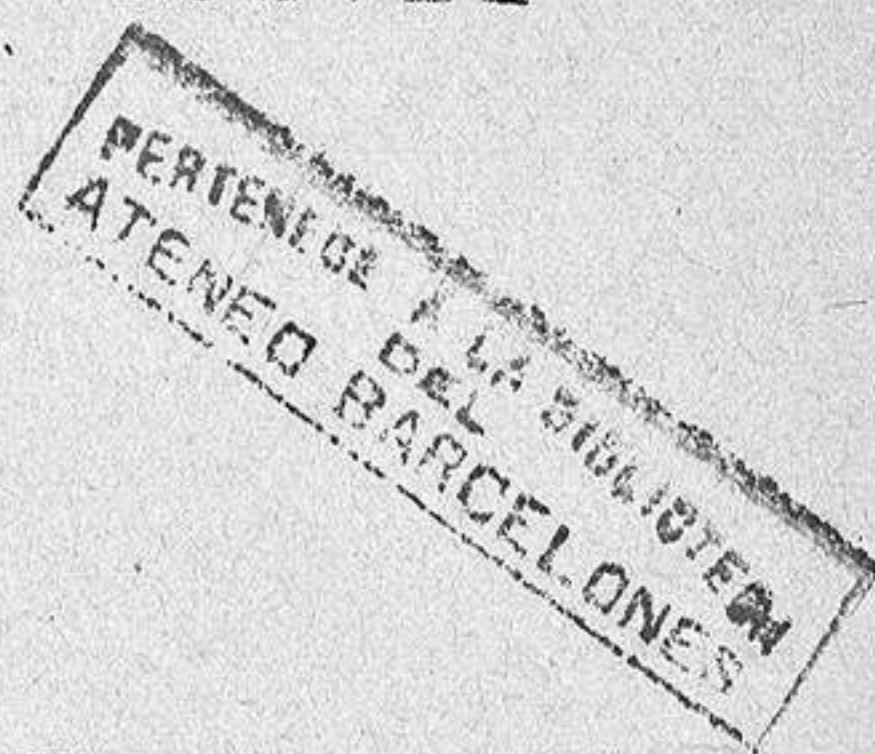
LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23.

NUM. 271.

LA

ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ LÁZARO

—————
JULIO 1911
—————

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

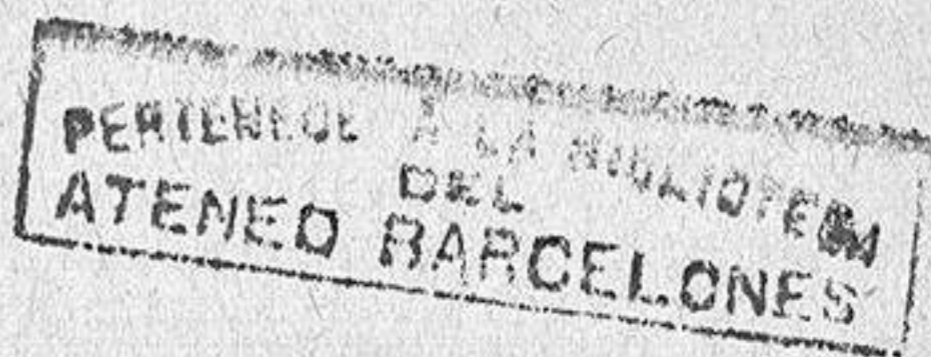
Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

DE BUENOS AIRES Á LA PLATA



La *Universidad Nacional de la Plata* es la más moderna de las argentinas; son tres las nacionales que hay en la República: la de Córdoba, la Universidad histórica, tradicional; la de Buenos Aires, diseminada, y como perdida en el hervor febril de las agitaciones extraordinarias de la gran ciudad moderna, que sin cesar crece en el remanso de emigrantes y de capitales; y la de La Plata, fundada ayer, como quien dice, en una población más tranquila, que le permite tomar relieve y condensar esfuerzos en organismo vivo.

Pero no trato de establecer comparaciones entre los tres grandes centros de la enseñanza superior de la República Argentina. No estoy en condiciones, por falta de datos suficientes. Habría sido preciso haber vivido en una intimidad análoga con las tres Universidades para apreciar lo que importa más: su respectivo espíritu. Porque es bien poca cosa conocer de una casa de educación los programas ó planes, el número de sus cátedras, la matrícula de alumnos, y es todavía poco haber visitado sus instalaciones: clases, laboratorios, bibliotecas, clínicas, etc. La Universidad no es eso; y *lo otro*, lo de adentro, y el ambiente, el calor de vida, la fuerza del ideal, cuando lo hay, sólo he podido apreciarlo con respecto á la de La Plata, en una labor de tres meses y en una intimidad estrecha, de comunión simpática y efusiva con los hombres más re-

presentativos del núcleo culto que la ha creado y la mantiene.

Por otra parte, al hablar aquí de la Universidad argentina, no es para componer un capítulo informativo, completo, de la enseñanza universitaria en aquel país; es otro el propósito: quisiera expresar, en estas líneas, la impresión recogida é intencionalmente intensificada en las relaciones con una institución docente, procurando hacer ver á través de ella, y merced al contacto mantenido, algo del alma argentina que se forma y transforma, y un poco de la orientación próxima y del porvenir más remoto de aquel pueblo, del porvenir espiritual quiero decir, base y condición de todo lo demás que un pueblo quiera y pueda ser.

La Argentina está, sin duda, en un momento de supremo interés para el que guste de observar é interpretar el espectáculo y el proceso de la formación de una nacionalidad, y es de excepcional importancia considerar cómo actúa la *ética* en la evolución de aquel proceso; y aunque, claro es, las fuerzas *éticas* no se concentran exclusiva y necesariamente en una institución, es un buen dato, para apreciar su intensidad, dirección y eficacia social, analizar serenamente la sensación de un ambiente universitario, que es, después de todo, el más adecuado para las manifestaciones de la conciencia ética colectiva.

Acaso sea obra del influjo de una preocupación de *Viejo mundo*; pero en los tanteos respecto de la vida social argentina, lo que más me ha entrenado fué, en todo momento, buscar su raíz ética, su fondo espiritual, para calcular la resistencia de sus sentimientos especial y específicamente humanos, ó sea de aquellos que diferencian al hombre de la bestia. ¿Cómo, en efecto, imaginar la formación y la permanencia de un pueblo sin que exista un germen ético expansivo y condensador? No bastan ni la abundancia de pastos y de bosques, ni la fuerza atropelladora del espíritu conquistador, ni la tierra, ni el ganado, ni el grano, ni el peso... Todo eso se lo lleva la trampa en una

crisis; todo es prestado, y puede generar, dejado á sí mismo, la barbarie más desenfrenada ó refinada.

No estoy bien seguro—¡quién puede responder!—de si habré logrado una buena y exacta perspectiva, en la contemplación real é ideal de la gran República, un tanto desvanecida ahora por el espejismo imperialista; pero, á mi ver, en el mapa psicológico de sociedad tan mezclada y perturbada por mil causas, debe ocupar un lugar muy saliente el dinamismo que puede simbolizar una Universidad como la de La Plata, no tanto ya como realidad actual operante y fuerza renovadora eficaz, cuanto como proyección genial y como sugestión colectiva, como ideal acariciado y aspiración de tonos nobles que, á veces, parece disonar—por fortuna para ella—en el concierto ensordecedor de las inquietudes económicas, en aquel coro á una sola voz y que canta la valorización de las tierras, el mejoramiento del vacuno y del lanar, los trasatlánticos cargados de trigo y de maíz.

En una Argentina de vida interior, esto es, directora y consciente del gravísimo y complejo problema que supone la formación de un pueblo, con bandas de gentes que á diario llegan, muchas de ellas desprendimientos dolorosos y desesperados de naciones envejecidas, y que, en cuanto llegan, apenas desembarcan, tienen que lanzarse á la más ruda de las luchas; en una Argentina, repito, íntima, seleccionada, de espíritu y de mirada de águila, el rinconcito universitario de La Plata, más quizá que cualquier otro, por razones de estrategia, podría y debería ser una firme esperanza para lograr al fin el más fuerte y poderoso de los fundentes: el fundente del espíritu ético.

Considérese que ese fundente no puede alimentarse allí en aquellas fuentes de donde manan las reservas ideales de otros pueblos: la tradición, que apenas existe...; la filosofía, que quizá ni se vislumbra como necesidad del espíritu de la juventud; el arte, que no es todavía un sentido colectivo; la pasión religiosa, que no se nota en el ambiente saturado de

materialismo financiero, económico. Hay que esperarlo todo de aquella otra fuente, característica de los modernos tiempos, de la cultura y de la ciencia, y que tiene por órgano natural y específico la Universidad. Pero ¿qué Universidad? Nunca la cristalizada, desconfiada y temerosa ante los vientos del espíritu libre, y acobardada al solo anuncio de las ideas nuevas, de las hipótesis atrevidas, y menos aún la que sólo lo es de nombre, que no pasa de centro oficinesco, preparador de boticarios, picapleitos, vivos y audaces, ambiciosos sin freno, armados con las armas de la sofistería y de la poca aprensión.

La Universidad, que puede ser fuente de vigorización moral y seria, es otra; la austera y científica, la que, empezando por recogerse en sí misma entregándose á su obra, ansía luego verterse desbordada por la Pampa espiritual, como la otra sequerona y polvorienta, y amenazada también por las nubes desoladoras de una langosta mil veces más voraz y arruinadora que la que con tanta frecuencia deshace las cosechas.

Quizá parezca raro, en medio del despilfarro argentino y de la abundancia que á una cantan todos, proclamar la urgente necesidad de cultivar allí el espíritu de austeridad, de sobriedad y hasta de pobreza. Y, sin embargo, de nada á mi ver está tan necesitada la joven República. Y, por ello, alcanza ese valer nacional inconmensurable la labor creadora de la Universidad científica y educacional, que persiga como á una peste la vanidad colectiva, y siembre, como quien siembra bendiciones, la semilla del desinterés, del sacrificio, de la devoción por las cosas ideales, y del amor santo al trabajo, que menos precio tiene en el mercado.

Nadie admirará más que yo la grandeza actual de la República Argentina. Pocas veces he sentido con más fuerza el orgullo de raza, que al contemplar aquel mundo que surge, aquella obra de conquista de la tierra por el hombre; sus grandes estancias, sus rebaños enormes, los alfalfaes interminables, el mar infinito de la Pampa entregándose día por día; el movimiento incesante de Buenos Aires, de Rosario; los puertos

de Bahía Blanca, los viñedos y bodegas de Mendoza, y cuanto se descubre subiendo por los Ríos...

Pero, eso no es todo, y resultaría seco, áspero, inaguantable para el hombre europeo, si no surgieran oasis del ideal en los inmensos desiertos del prosaísmo. Y surgen, y quizá no hay otro, por el momento, que aventaje en frescura al que supone la Universidad de La Plata.

Alrededor de ella he podido yo recoger las indicaciones más sugestivas del porvenir ético en la República de Sarmiento y de Alberdi.

Más de sesenta veces crucé la llanura igual, monótona, que une la capital federal con la de la provincia. Conservo el trozo aquel de la Argentina grabado con tintas indelebles en el recuerdo; trozo simbólico, que condensa en cincuenta y tantos kilómetros el mapa geográfico, industrial y sociológico de buena parte de la gran República.

Lunes y jueves, cuando no otros días más de cada semana, durante los tres meses de labor, y más tarde, después de haber recorrido Chile, Paraguay y Uruguay, tomaba el tren, la mayoría de las veces en la destartalada, sucia y fría estación ó barracón provisional de Casa Amarilla (vía Quilmes), en el corazón casi de la aglomeración obrera, cerca de los muelles de Buenos Aires, para ir á La Plata á trabajar en mis cursos.

El ferrocarril recorre primero un verdadero mar de casas y casuchas, almacenes, talleres, grandes depósitos de maderas y carbones: todo negro y polvoriento, rozando casi los vapores y veleros de gran porte que, arrimados á los muros de los diques, arrojan sin cesar toneladas de carga, procedentes quizá de todas las regiones del mundo. Cerca, destácase la mole de ladrillo oscurecido del Mercado central de frutos, el más «alto exponente» que diría un argentino, del momento actual de la República; un conjunto de larguísimos almacenes, donde se recogen ó depositan las lanas, los granos, los «frutos» que la Argentina lanza al mundo, y que constituyen su razón económica de ser.

El tren sigue, atraviesa Barracas, pasa el Riachuelo, de tonos de cloaca; cruza otras barriadas, cada vez más claras y raras, con más aire y menos polvo, quedando atrás poco á poco la monstruosa metrópoli chata, pegada al suelo, sin relieve casi, y envuelta entre humos y brumas de polvo, y de nieblas que despide el río.

Empieza la llanura libre: pára el tren Quilmes, que ofrece como monumento la gran fábrica de cervezas, que puede producir mensualmente unos 30.000 hectolitros del solicitado líquido; y sigue la llanura igual, antes interrumpida por grupos de casitas de zinc, muchas sobre pilotes, grupos análogos á los que surgen en la Pampa como gérmenes de futuros pueblos, cerca siempre de la vía férrea, que es allí el gran instrumento de penetración y de conquista de la tierra, por ahora, para la agricultura y la ganadería.

Por eso dice la gente que la Argentina atraviesa hoy por el período agro-pecuario. Pero en el ambiente industrialista que impone el mercado internacional, y con las preocupaciones y problemas que agitan á la sociedad moderna. No se trata ya de un pastoreo como el de nuestros padres los arios, ni de una ocupación agrícola espontánea que surge allí por obra de la invención de las razas nómadas, que se transforman merced á un cambio del útil de conquista del suelo. Es Europa, la Europa de las máquinas y de la lucha de clases, la que ayuda ahora á realizar el milagro sociológico de disipar los misterios de la Pampa.

La línea de Quilmes toca en Percira, cerca de la gran estación, en espléndido bosque de eucaliptus que interrumpe con nota de vida y de frondosidad la monotonía de la llanura, como luego, Villa Elisa, grupo atractivo cercado de jardines, de arbolado, de flores...

Otras veces, las menos, el viaje se hacía por la estación de Constitución, una buena estación, de amplísima plaza, relativamente céntrica, y una de las grandes cabeceras de la red ferroviaria argentina, que anda ya por encima de los 30.000 ki-

lómetros. Es ésta la vía hacia La Plata (Bahía Blanca, etc.), que va por Temperley; tiene muy otro aire la ciudad por esta vía: el tren cruza por un océano de tejados y azoteas, salvando calles, bulevares, almacenes, fábricas, por Barracas, Banfield, con los talleres inmensos de la Compañía ferroviaria, en un área de más de 1.700.000 varas; Lomas de Zamora, villa risueña, alegre, de más de 14.000 almas; lugar de veraneo, lleno de jardines, Temperley; también lugar de veraneo y entronque de varias líneas, donde se separa la que va á Bahía Blanca (á 693 kilómetros) de la de La Plata (que está á 48), y luego Mármol, F. Varela, J. M. Gutiérrez y Villa Elisa, donde las dos líneas de Quilmes y Temperlay se unen, para llegar á Tolosa, antigua ciudad obscurecida por La Plata cercana... y, por fin, á La Plata.

Y entre los pueblos, la llanura siempre; un momento á lo lejos, se presume el río, destacándose en días claros los buques que cruzan constantemente la llanura inmensa, que no termina, que sabemos sigue y sigue hacia el Norte hasta tropezar con los bosques y con el Chaco, hacia el Sur... por la Patagonia, hacia Poniente hasta perderse en los Andes.

La he visto á todas las luces: llena de sol espléndido, con horizonte claro, y todo tranquilo, sin moverse una hierba, gozando desde la ventanilla del tren al contemplarla insondable, y al imaginármela quieta, solemne, solicitadora: al atardecer, á Saliente, brumosa, fría, con tinte plumizo, y cárdena y sonrosada á Poniente, en los últimos detalles del sol que se oculta con la misma soberana suavidad que entre las aguas del Océano, resbalando. Y otras veces aparecía la llanura hosca, siniestra como ceñuda, entre niebla húmeda, obscura, agitada por el terrible Pampero, que siega; y en otros momentos, cielos y tierra se confundían á lo lejos en mancha plumiza, negra, de negro de tinta, al fin, bajo la nube espesa, más que espesa, que avanza cargada, y que pronto, después de convertir en noche plena el pleno día, se desgarrá, dejando caer en catarata sonora verdadera sábana de agua que lo inunda todo; y á

la tarde, acaso, surge la llanura fresca, despejada, en calma, ó el ambiente suave, tristón, nublado, en lo alto, pero ofreciendo el horizonte limpio y diáfano.

«Allí—leemos en Sarmiento,—la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo...» (1).

Este Sarmiento, inmenso también como la Pampa y rudo como su raza en los días trágicos, es de los que han sentido de modo más natural, con sus nervios y por espontáneo impulso del vivir, como si la tierra tomase en él conciencia, la grandeza salvaje y desenfrenada de la geografía argentina; le ha sentido con la raíz más íntima del espíritu y con la originalidad del hijo de aquel suelo y de su tiempo, en los momentos de tragedia que le tocaron: una tragedia nacional, obra de mil complejos influjos que acaso reflejaba, con rasgos de la Pampa y de los bosques, la misma tragedia de la madre patria (2).

No hay lectura más sugestiva que la de *Facundo* para penetrar el alma de la tierra argentina, no la aparente, ahora más inconexa y en grave crisis, la más honda y nacional, que persiste enfrenada, pero palpitante, y que acaso deba ser, cultivada y espiritualizada, el núcleo fundente y caracterizador del enorme conglomerado étnico que remansa en Buenos Aires y se vierte como ola de Océano por la Pampa.

Ved estos párrafos típicos:

«La parte habitada de este país, privilegiado en dones, y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas que impriman á la población condiciones diver-

(1) De *Facundo*, por Sarmiento.

(2) V. *Facundo*, introducción á la edición de 1845: «¡Qué!—se lee—el problema de la España europea no podría resolverse examinando minuciosamente la España americana, como por la educación y hábitos de los hijos se rastrean las ideas y la moralidad de los padres?»

sas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que le rodea. Al Norte, confundiéndola con el Chaco, un espeso bosque cubre con su impenetrable ramaje extensiones que llamaremos inauditas, si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno la Pampa y la selva, domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la selva á merced de algún río que la favorece, hasta que, al fin, al Sur, triunfa la Pampa, y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidentes notables; la tierra como en el mapa: la tierra aguardando todavía que se la mande producir plantas y toda clase de simientes.»

Ya llega ese tiempo deseado...

Pero Sarmiento supo como nadie recoger la nota estética y psicológica del medio argentino—quiero decir del medio físico, de la base geográfica nacional,—no la que tiene sus tonos heroicos precisamente en aquellas zonas centrales donde Buenos Aires ha acumulado las energías más potentes, y donde La Plata tendrá que ejercer su función *ética* si quiere dar su «contribución» regeneradora, por la cultura y por la ciencia, al país futuro.

Y he aquí esa nota.

«...por sobre todos esos accidentes peculiares á ciertas partes de aquel territorio, predomina una facción general, uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vegetación de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles, revelen la escasa porción de humedad que les da vida, en fin, que la Pampa ostente su despejada y monótona faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten á interrumpir esta continuidad sin límites las sierras de San Luis y Córdoba en el Centro y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes, al Norte, nuevo elemento de unidad para la nación que pueble un día aquellas grandes soledades, pues que es sabido que las monta-

ñas que se interponen entre unos y otros países, y los demás obstáculos naturales, mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus particularidades primitivas.»

*
*
*

Leyendo á Sarmiento, el hombre más representativo de los períodos de transición de la vida bárbara á la vida moderna, y observando el vagón del tren, en los sesenta viajes desde Buenos Aires á La Plata, y oyendo y hablando con gentes de mil clases... todo ello como encuadrado en el paisaje monótono de la llanura invadida por los luchadores de Europa, puede estudiarse bien, como en una clínica, en un laboratorio y en un archivo, la realidad simbólica de la nación que viene á la vida con paso de gigante, y puede, sobre todo (y este era mi caso), formarse idea del problema fundamental, el *ético*, de la gran República, y vislumbrarse, en la lejana perspectiva del porvenir moral de la Argentina ideal ó idealizada, lo que toca hacer á una Universidad, como aquella de La Plata, que no ha venido al mundo caprichosamente ó por obra de una reflexión burocrática, y respondiendo á necesidades de simetría administrativa, sino obedeciendo á la concepción reflexiva de un político, y como aspiración de alta política.

Porque esta es la verdad. Si la Universidad de La Plata, respondiese á un plan de la organización de la enseñanza superior en el territorio de la República, sería una creación absurda. Y así lo han creído cuantos, discurrendo con cerebro de burócrata, han estimado que no hacía falta una Universidad más, á cincuenta kilómetros de Buenos Aires, que tiene ya de antiguo una. Si hubiera de atenderse sólo á la geografía, á las distancia y á la simetría, más justificada estaría una Universidad en Corrientes ó en Tucumán, centros lejanos, río arriba el primero y tierra adentro el segundo, de la gran capital del Plata.

Pero el Dr. González, iniciador, fundador y mantenedor

de la nueva Universidad, tenía otro punto de vista, muy distinto del de un Jefe de negociado, punto de vista en el que un análisis podría descubrir mezcladas la noble ambición de un gran político que busca una razón suficiente para una acción de influjo personal, y la de un pedagogo activo, que aspira á dar vida concreta á un ideal educativo. Es para nosotros mismos muy raro, y lo es mucho para los argentinos, el espectáculo de un político que busca la justificación de su actuación en el país, en la creación de una Universidad. No se trató jamás, en la fundación de la de La Plata, de simetría administrativa, sino, quizá, hasta de todo lo contrario: de remover, de perturbar, de inquietar la conciencia de las gentes, aun provocando las rivalidades y odios—¡cómo no habían de suscitarse...!—, mediante la organización de algo que se saliera de los moldes corrientes, en sitio estratégico idealmente, aunque fuese, en concreto, muy peligroso. Porque, precisamente el estar tan cerca de Buenos Aires tenía de todo; era bueno porque permitía utilizar fuerzas intelectuales de la capital, y no andan sobradas tales fuerzas por la República, y además porque, nada quizá, más, aceptaba para establecer una Universidad que una ciudad tranquila, pero no lejana de un gran centro de población (1). Mas era peligrosísimo; ¿no había ya Universidad

(1) V. *La Universidad Nacional de La Plata. Su desarrollo, progresos y éxito comprobado.—Mensaje á sus detractores*, por *Un amigo de la Educación* (Buenos Aires, 1907). En la página 10 de este curioso folleto se lee esta interesante y razonada apreciación de M. Samuel Baxter, acerca de la Universidad de La Plata: «Se han realizado—dice—últimamente los proyectos de una gran Universidad Nacional en la ciudad de La Plata. La ejecución del plan quedó asegurada por sanción del Congreso Nacional en 1905. La Plata, bajo muchos aspectos, se convertirá en un sitio ideal de estudios. Es una ciudad hermosa y magníficamente delineada, concebida y ejecutada, «toda de una pieza», mediante el gasto de muchos millones. Su nuevo rango de ciudad universitaria, la Oxford argentina, le dará una importancia muy considerable, y probablemente satisfará las esperanzas que se concibieron al fundarse, hace un cuarto de siglo. A una hora de Buenos Aires, por ferrocarril, está suficientemente cerca para tener fácil

en Buenos Aires? Bien se vió si lo era en la guerra abierta y sorda que se hizo y hace á la Universidad de La Plata, y de la que, cuando se hable especialmente de ésta, será preciso hacerse cargo...

Por otra parte, se quería romper, no sólo con la simetría administrativa, sino con la que, por llamarla de alguna manera, llamaríamos pedagógica. Y ello intentando crear un núcleo educativo de composición nueva, y con otro ideal que condensara, bajo otras fórmulas, ó sin fórmula concreta *à priori*, esfuerzos con distinto oriente, para laborar en la producción de una corriente depurada en medio de la llanura monótona de la vida espiritual argentina.

El Dr. González es un político de estos que ahora conciben al Estado como al órgano supremo de la educación social; y siguiendo á Sarmiento—una tradición nacional pura,—tiene por norte la indicación del hombre de la escuela: *gobernar es educar*; y él, que gobernó mucho con Roca y con Quintana, y que gobierna constantemente desde el Senado, piensa, como resultado de una experiencia de político práctico, que de nada necesita su pueblo tanto como de excitantes espirituales, en su tremenda crisis actual, producida por una sobreexcitación del optimismo materialista, que cree que sólo de pan vive el hombre. Nada para el político más patriótico que generar centros intensivos de conciencia cívica, de austeridad y de recogimiento desinteresado.

Pero no es éste todavía el momento de exponer el pensamiento íntimo, intencional y guía teórico de la novísima fundación universitaria argentina. Necesita este punto esclarecimientos especiales que acaso intente en otra ocasión. Baste lo dicho para el objeto presente, con esta otra indicación: La Universidad de La Plata es la que ha iniciado una labor

acceso á la gran capital, y su vida cosmopolita, y bastante alejada, como para asegurar á la vida académica la serenidad deseable para el estudio serio.»

conveniente siempre en todo pueblo, sobre todo cuando se propende al sueño y á la pereza pedagógicos, ó cuando se manifiesta una quieta conformidad con lo existente, como si fuera el mejor de los mundos: la labor de dislocar los moldes aceptados, de deshacer con esfuerzo original los conceptos recibidos, y ya secos de puro recibidos y aceptados, de la Universidad encastillada en el grado superior de la jerarquía administrativa de la Enseñanza, y sin aire de fuera ni compenetración verdaderamente social.

En rigor, la Universidad de La Plata ha procurado orientarse, desde el primer momento, hacia el ideal de las Universidades modernas, trayendo á su acción tutelar otros grados de la enseñanza, para emprender una labor educativa en la secundaria, y además quisiera renovar los métodos y representar un programa avanzado en la pedagogía nacional, abriendo sus puertas—en realidad no tienen puertas—á la vida social, é iniciando la relación internacional de la Universidad argentina; ella llamó al insigne Mr. Rowe, ilustre publicista norteamericano; ella llevó á Altamira, solicitó al político Ferri, al sabio francés M. Vallé...

He ahí, por otra parte, bien razonado por qué tenía que surgir en el espíritu el problema de analizar la participación efectiva y posible de la Universidad de La Plata en la elaboración del ideal ético de la Argentina. Fué ésta, como ya he indicado, una constante preocupación mientras vivíamos en aquel medio social y natural saboreado con intensidad y sin reservas, como propio, y dándose á él con toda el alma para suscitar una correspondencia compensadora. Contacto inolvidable, generador de sensaciones muy nuevas, el de aquella temporada de labor gratísima, con ocasión de los viajes y de los cursos, y en el goce de aquel espectáculo constantemente renovado, no obstante su aparente monotonía geográfica y moral, que tiene siempre, aun el de la tierra llana y severa, más de espectáculo interior que de mero paisaje, porque el paisaje mismo vale allí, sobre todo, como escenario his-

tórico y actual de lucha de mil géneros, y ahora, y para mí, de una heroica lucha del ideal que allá probablemente germina, estrellándose mil veces contra la corteza dura, resistente, del medio psicológico de un pueblo embriagado en la conquista del suelo, con la inevitable corte de traficantes y especuladores que convierten la tierra, lo más sólido y quieto, en valor cotizabile y en motivo de juego de Bolsa, naturalmente, sin entrañas.

Porque repito que el momento argentino actual es soberanamente crítico, y además interesante en extremo. No es todavía el de las crisis del espíritu; quizá no hay tiempo para que esas inquietudes ideales, sinceras, que agitan á las sociedades europeas surjan allí con toda su intensidad renovadora. Hay sus inquietudes: las propias de la incertidumbre en la orientación nacional. Pero las crisis vienen del lado contrario, del económico y material, del atropello con que se vive en la conquista de la riqueza: del peso, de la plata; es ello un poco, la inquietud de la inestabilidad en un medio que se asemeja algo á un campamento renovable, que avanza por las soledades circundantes, buscándose, sin embargo, el efecto principal en las oficinas de tierras de las ciudades, especialmente de Buenos Aires.

Claro, no es sólo aquella especulación bravía de valorizaciones de terrenos; por bajo esa marea turbia y revuelta se condensa y solidifica el trabajo serio y sufrido, la labor de ocupación definitiva, honrada, del cultivador, del ganadero, de las gentes que verdaderamente hacen la patria futura, ocupando un pedazo del suelo, plantando en el campo sólo su casetón de tablas y de zinc, calando el arado, creando el alfalfar ó la sabana de trigo, consolidando en la soledad pampeana un espíritu vivificador, y sembrando y fecundando la semilla del alma vegetativa nacional...

Pero con esto y con lo otro, con lo noble y sano, y lo bajo y codicioso, se teje el porvenir de lo pueblos. Aquel ahora, sin embargo, es un mundo de gentes febriles, dominadoras y lu-

chadoras, negociantes y artesanos, estancieros, ganaderos, que incesantemente van y vienen. Y eso que el tren que tantas veces tomamos no es el más característico de la Argentina adentro; pero si no da la impresión que produce, v. gr., el que atraviesa la Pampa desde Mendoza hasta Bahía Blanca, y los que de este punto van á Buenos Aires, sirve, como ninguno quizá, para observar la sociedad más hecha de la República, la gran burguesía acomodada, de núcleos de funcionarios, de políticos de provincias, de abogados y de muchachas que luchan heroicamente por adquirir una cultura y ganarse la vida, y de estudiantes que persiguen á veces algo más que lo que da pródigo el ambiente de la especulación y de la lucha material.

Más aún: en este mundo especial que circunda á Buenos Aires y se relaciona con La Plata, el aire es siempre de país en construcción; en renovación constante, atropellada y caliente, en lucha sin cuartel. Porque la mayoría de aquellas gentes, son gentes de trabajo, aunque demasiado *urbanas*, sin duda, para simbolizar el carácter nacional que se forma. Tiene el camino de Buenos Aires no poco de los que parten de Londres, París, Barcelona, y, naturalmente, la Argentina es la Pampa, los ríos, los bosques y el puerto de Buenos Aires, y los que crecen con rápido desenvolvimiento, en Rosario y en Bahía Blanca. Pero la impresión de la Argentina tampoco resultaría completa sin la sensación de estas relaciones típicas entre la capital federal y la capital de la provincia, obra, esta última, artificial que poco á poco toma tierra y se hace un accidente naturalísimo del proceso de formación del pueblo.

Observemos los viajeros que de ordinario llenan los coches de los trenes que incesantemente, de hora en hora, van ó vienen de Buenos Aires á La Plata: uno es el diputado ó senador de la provincia, que acude á la sesión de la Legislatura, ó el juez, ó el profesor que tiene ocupación en las dos poblaciones, ó el abogado que acude á practicar cualquier diligencia profesional, ó el negociante en tierras que va ó viene de un rema-

te, ó el exportador de frutos, ó el viajante, ó la familia que de Quilmes va á la capital de compras, ó los *muchachos bien*, que no se sabe por qué ni para qué se mueven. Fisonomía, de mil variados tipos: rubios alemanes, estirados y elegantes ingleses, parlanchines franceses, italianos de todas las cataduras... y no digo españoles, porque se confunden con los nacionales puros fácilmente, hasta en el tono argentino con que cantan el dulcificado castellano, algo andaluzado, meloso y lleno de ternuras y halagos.

Por lo general, toda la gente aquella es de buen aspecto, bien trajeada, limpia, y no poca, más que esto, pulcra. El argentino burgués, de Buenos Aires sobre todo, es por lo común pulcro y cuidadoso: sus botines parecen siempre nuevos; además no son ruidosos los viajeros, ni atropellados en sus maneras; nadie se precipita á codazos para tomar ó dejar el tren; luego es raro oír una palabra fea... rarísimo; es suave, aun siendo muy apasionado, el tipo medio. Si hablan, no puede decirse que gritan, ni gesticulan, ni disputan con violencia.

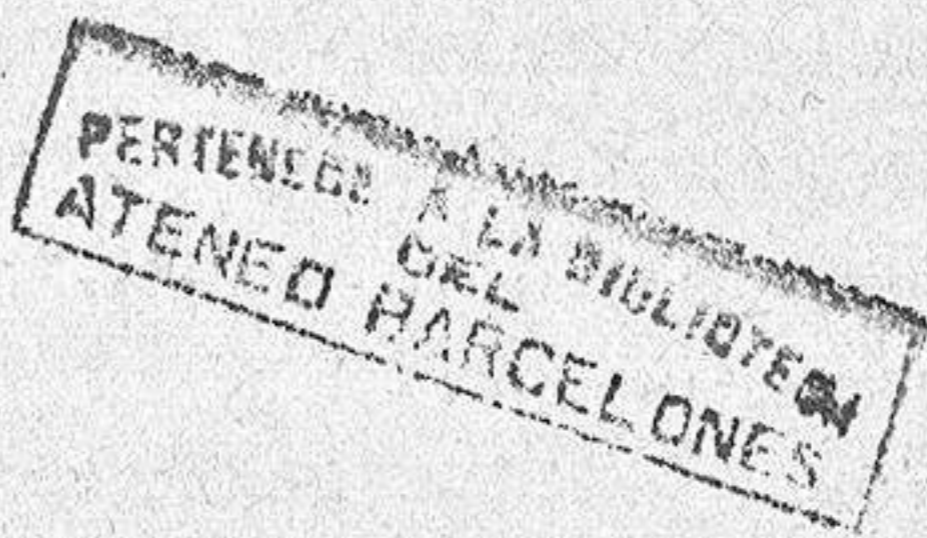
Todo el exterior, como el exterior de los servicios públicos mismos—lo que el observador ve al paso,—es de país civilizado y reglamentado, que se da cuenta de las ventajas del empleo de un instrumental perfeccionado, en la vida del comercio, del movimiento, de la comunicación y de la dominación de las fuerzas naturales.

Pero, conviene anotar, que en el alubión aburguesado y algo mate de la gente optimista y satisfecha, dispuesta en todo momento á cantar la gloria de la plata (con minúscula aquí), refiriendo las cosas estupendas de los negocios locos, obra del continuo subir de la ola invasora de la tierra, en ese alubión, entre las densidades de niebla que oscurecen todo rayo de luz ideal, no dejan de surgir sus focos, pequeños focos, de inquietudes simpáticas, de fermentos impulsores, de individualidades que se asfixian y que anhelan otra atmósfera más oxigenada y tienen otra escala de valores.

Es á veces el estudiante que ha leído algunos libros, que

ha pensado hondo con el alma entera y ha sentido escalofríos en el espíritu; otras, un doctor que ha vivido la vida de los pueblos hechos y hasta viejos, y respirado en ellos el aire de las regiones austeras, de la labor científica pura; otras, un soñador, que Dios sabe de dónde le vendrá el ensueño, pero que quisiera convertir su utopía en realidad; otras, el maestro de escuela, entregado á ella con todo su sér, y que se revuelve airado contra la aplastante del medio burgués y adinerado; otras, la joven ansiosa, luchadora, modesta, y lo sería más si el ambiente dominador se lo permitiera, pero que se salvará en la batalla diaria por la independendencia económica... Y luego habría que analizar lo que significaría, como fondo de tantos anhelos de cultura y de reforma ética, la gran masa proletaria, conglomerado gigantesco, sobre todo en Buenos Aires, masa llena de los problemas propios de su condición, y en la cual se manifiestan tantas aspiraciones en el sentido del mejoramiento económico, moral, intelectual, de la elevación, en suma, en la tonalidad general de su vida.

ADOLFO POSADA



RECUERDOS

Aunque el Gobierno hizo lo que pudo para evitar el atentado, avisando al Rey con anticipación y procurando convencerle de que no asistiera aquella noche á los jardinillos, en último resultado, no quedó en postura muy airosa, ni ante el Rey, ni ante los palaciegos, ni siquiera ante el público.

Porque el aviso no fué debido ni al Gobierno ni á sus agentes, sino á un adversario político de la situación; de suerte que el mérito, en Palacio, se atribuyó á Topete, y la falta de vigilancia al Gobierno se atribuyó; como sucede siempre en estos casos, tengan ó no culpa los gobiernos, que, por lo regular, no la tienen.

En suma: el Gobierno liberal no ganaba terreno en las altas regiones, y los síntomas alarmantes, cada vez más alarmantes, se repetían con triste frecuencia.

*
* *

Cito hechos, según van acudiendo á mi memoria, sin cuidarme para nada del orden cronológico.

Así es que, ahora, voy á recordar otro hecho, muy curioso y muy significativo, pero que pertenece á los últimos tiempos de aquella situación, sin perjuicio de volver atrás cuando me ocurra algo que pertenezca á la época anterior.

El hecho á que me refiero es uno muy extraño, que se re-

laciona con el nacimiento del Infante, ó, si se quiere, del Príncipe.

Cuando la época del nacimiento se aproximaba, Zorrilla, según nos dijo, habló con Don Amadeo para convenir con el Rey el ceremonial que hubiera de presidir en dicho acto.

Según Zorrilla nos manifestó, no sólo consultó con el Rey, sino que al Rey le dejó la decisión, asegurándole que el Gobierno no tenía interés político en que el ceremonial hubiera de ser de esta ó de la otra clase, ya reproduciendo el de los tiempos de Doña Isabel y de la casa de Borbón, ya siguiendo y ateniéndose al de la casa de Saboya.

Tampoco el Rey manifestó predilección alguna en el asunto que á su decisión se sometía, afirmando que á él también le era de todo punto indiferente.

Se redactó el decreto, y se lo presentó Zorrilla á Su Majestad, asegurándole de nuevo, y con repetición insistente, que podía introducir todas las modificaciones que considerara oportunas, agregando, suprimiendo, modificando todo lo que le pareciera bien.

Al fin, el Rey firmó el decreto, y el decreto se publicó en la *Gaceta*.

¿Podía nadie imaginar que cuestión tan sencilla, y que de tan perfecta armonía había marchado, pudiera concluir con un gravísimo conflicto?

Pues por un conflicto, y muy grave, terminó.

Y es que en Palacio, la atmósfera de desconfianza, y no quiero decir de hostilidades contra el Gobierno, iba siendo cada vez más densa.

La máquina gubernamental crujía. Si la situación hubiera tenido aparatos de alarma, es bien seguro que hubieran estado en constantes vibraciones.

Llegó la época del alumbramiento de Su Majestad la Reina; celebrábamos aquella noche sesión en el Congreso, y le trajeron á Rivero la noticia de que la Reina, aquella misma noche, iba á dar á luz.

¿Quién trajo la noticia? No lo sé.

El que mandó la noticia no fué Don Amadeo, porque salió de caza por la mañana, y no había vuelto.

Pero la noticia era cierta, y Rivero levantó la sesión, y á toda prisa salieron los avisos correspondientes, para que se avisase á todas las personas que, según el decreto del ceremonial, habrían de concurrir á Palacio.

*
* *

Y á Palacio fuimos los ministros en seguida, y la Comisión de diputados, y la de senadores, y la Comisión de la grandeza, y el Cuerpo diplomático, y los altos Cuerpos del Estado.

En suma, todos los que tenían obligación de acudir á dicho acto.

Ibamos llegando al gran patio, y la escalera de honor estaba cerrada y casi á obscuras, y á medida que llegábamos, los porteros nos conducían al Ministerio de Estado, que se hallaba por entonces en la planta baja de Palacio, y á ministros, senadores y diputados, Grandes de España y diplomáticos y demás personajes, á todos nos iban, por decirlo así, enchiquerando, y perdóneseme la palabra, en el Ministerio de Estado, como queda dicho.

¡Preguntas, extrañezas, asombros! Nadie sabía lo que había ocurrido, ni por qué se nos obligaba á hacer cuarentena.

Por último, vino D. Manuel Ruiz Zorrilla, de gran uniforme, y bajaron los ayudantes del Rey y el Mayordomo mayor, mostrando tanto asombro como nosotros, y sin atreverse casi á dar explicaciones á Zorrilla.

—Pero, ¿por qué no subimos? ¿A qué esperamos?—preguntaba éste, poniendo la cara fosca.

Y tartamudeaba el Mayordomo mayor, y si no recuerdo mal, el ayudante del Rey, Sr. Rosell, poniéndose todo él al unísono de su pelo, que era muy rojo, empezó á explicar el

caso como pudo, mientras D. Manuel, en pie, con marcadas señales de impaciencia, quería precipitar las explicaciones.

Y los ministros, mirándonos unos á otros, esperábamos el desenlace de aquella escena. verdaderamente extraña.

—Pero yo digo que por qué no subimos—repetía D. Manuel, en voz que cada vez iba siendo más resonante.

—Porque no se puede subir—decía el Sr. Rosell.

—Porque no se puede subir—repetía el Mayordomo mayor.

—No se puede, no se puede—decían los demás ayudantes y empleados de Palacio, que habían venido al encuentro de Zorrilla.

—Pero ¿por qué, por qué?

—Porque está todo cerrado.

—¿Es que no ha venido el Rey de caza?—preguntó D. Manuel.

—Sí, señor; vino hace mucho, y está en las habitaciones de la Reina.

—Entonces, vamos allá—afirmó D. Manuel, iniciando un movimiento de avance que todos imitamos. Pero la gente de Palacio nos detuvo, y retrocedimos, perdiendo el terreno ganado, como buque que no logra arrancar del astillero.

Y Zorrilla, sin contener ya su enojo, volvió á repetir por la décima vez:

—Pues ¿por qué no subimos?

—Porque está prohibido.

—¿Quién lo ha prohibido?—preguntó enfurecido ya el Presidente, afirmando su enojo con un puñetazo sobre la mesa próxima, de aquellos puñetazos formidables que él solía descargar en sus momentos de ira.

—Lo ha prohibido el Rey—dijo el general Rosell; y siguió diciendo:—El Rey en persona lo ha prohibido, no quiere que suba nadie; ha dispuesto cerrar las puertas, y nos ha ordenado que despidamos á todo el mundo.

¡Tableau!

Estupefacción y silencio.

D. Manuel procuró contenerse, y se sentó junto á una mesa con el entrecejo fruncido, y apoyando en la mesa el puño cerrado como lo cerraba en las grandes circunstancias.

—¡Pobre mesa!—pense yo, y me senté también para esperar sentado lo que ocurriese.

Después de aquellos momentos de calma ó de estupor, empezaron las explicaciones. Según parece, el Rey había manifestado á sus ayudantes y al Mayordomo mayor, que en los sucesos íntimos de familia, él era como cualquier otro ciudadano, y que no permitía que interviniese ningún elemento oficial ni del orden político; que ya citaría para alguna recepción pública cuando llegase el caso, ó para el bautizo del Príncipe ó Princesa; mas por aquella noche no permitía que nadie entrase en Palacio.

—Pero, señor, se trata de cumplir un Real decreto—parece que se atrevió á insinuar uno de sus ayudantes.

Y afirmaron que el Rey, que nunca logró hablar correctamente el español, no pudiendo expresar en forma apropiada su pensamiento, se expresó de este modo:

—¿Soy yo un insensato?—Cuando firmé el decreto, ya sabía que no había de cumplirse.

Y la gente de Palacio explicaba esta frase extraña y excesivamente familiar, de este modo:

Era una formalidad, una costumbre; pero, al acceder á ella, abrigaba la esperanza de que, por precipitarse los acontecimientos ó por cualquier circunstancia fortuita, había de aplazarse, en sus formalidades externas, para el día siguiente.

En suma: una explicación más ó menos acertada para calmar el enojo del Presidente del Consejo, que iba creciendo por instantes, y podría tomar, de seguir creciendo, proporciones de escándalo.

Porque con D. Manuel estábamos todos los ministros, algunos ayudantes del Rey y gente de Palacio; pero fuera, puerta por medio, el Ministerio de Estado estaba macizo de diputados, senadores y personajes.

Y como Zorrilla hablaba en voz muy alta y con tonos cólericos, es casi seguro de que por fuera se oía todo su discurso.

Y su discurso era formidable, como pronunciado en momentos de gran excitación y en que sentía ofendida su dignidad, como hombre y como Presidente del Consejo.

De sus principales frases me acuerdo, como si las acabase de oír, y afirmo, como hombre de honor, que no son invenciones del dramaturgo.

—¡Yo no sufro esto!—Decía D. Manuel.—¡No lo sufro!— Y acentuaba su protesta con un enorme puñetazo.

—¡Yo respeto á Don Amadeo como Jefe supremo del Estado!

¡Yo estoy convencido de que es un Rey liberal y un Rey nobilísimo!

¡Yo no sólo le respeto como Monarca, sino que le profeso verdadero afecto como amigo!

¡Pero con todo este respeto, yo no sufro que nadie me abofetee!

¡No lo sufro y no lo sufro!—Y la mesa, protestando con un crujido, sufrió otro puñetazo.

—¡Yo soy dinástico verdadero! ¡Más dinástico que todos ustedes y que todos esos que están ahí fuera!

¡Yo creo que soy el único dinástico de España, y creo que si faltase el Rey, una catástrofe inmensa se desplomaría sobre mi patria!

¡Pero creyendo y pensando, y sintiendo todo esto, yo no tolero que, habiéndome llamado por la *Gaceta*, se me cierre la puerta y se me deje en la calle, ó en el patio, que es peor!

¡Y esto no nace de Don Amadeo.

¡Esto no es casual!

¡Algo han inventado ó algo le han dicho para obligarle á este desaire á todo el Gobierno liberal!

¡Y esto es preciso aclararlo, y aclararlo ahora mismo!

¡Yo subo y hablo con Don Amadeo!

Y se levantó, en efecto, y se dirigió á la puerta con ánimo resuelto.

Todos los que le rodeaban procuraron detenerle, y al fin le hicieron comprender que había que evitar á todo trance un escándalo en Palacio.

Y al fin y al cabo, se convenció; pasó de la extrema violencia á un gran abatimiento y una gran tristeza, y encargándonos que fuéramos despidiendo á todo el mundo de la mejor manera posible, él se marchó el primero sin pronunciar una palabra más.

Y todo el mundo se marchó tras él; unos coléricos, otros burlones, y pensando sin duda todos que aquel extraño suceso, que tanto tenía de triste como de cómico, algo indicaba y algo suponía, y no dejaba muy bien parada la situación del Ministerio liberal.

*
*
*

Un suceso como el que acabo de referir, y me atrevo á afirmar que con exactitud fotográfica, fonográfica y cinematográfica, hoy produciría en todo Madrid y en toda España una sensación enorme.

Pero eran aquellos tiempos tan revueltos, habían sucedido cosas tan grandes y flotaban en un porvenir inmediato tales catástrofes, que el efecto producido no guardó proporción con el hecho en sí.

Unos pensaron:—Un protocolo más ó menos averiado.

Otros dijeron:—El Rey no puede sufrir á los ministros liberales.

Y los conservadores, con la suavidad propia de la época, repetían bajo todas las formas:—Pero esa gente (por los liberales) no tiene vergüenza.

¿Qué hacen esos ministros que no han presentado ya su dimisión?

Les dejan en el zaguán, y nada, impávidos.

¡Nada! Será preciso que les barran á escobazos.

Con esta suavidad nos trataban, en corros y corrillos y en pasillos del Congreso y en salones aristocráticos, los conservadores de aquella época.

Verdad es que nosotros no les tratábamos mejor, y cuando el asunto de los dos millones, la mayor parte de nuestros correligionarios se hartó de llamar ladrones y bandidos á los del partido contrario.

Cuando dos partidos que deben turnar en el poder llegan á tales extremos de odio, de violencia y de insulto, ni hay partidos que turnen, ni monarca que pueda llamarles, ni organismo posible.

Verdad es que las palabras son palabras; pero casi siempre son llamaradas de fuegos interiores.

La verdad es que la situación del partido liberal iba siendo imposible, y la situación del Rey más imposible todavía.

Era la abdicación que estaba cuajando.

Y, sin embargo, no la veíamos nosotros.

La mayor parte, ni la veía ni creía que fuera posible.

* * *

La Comisión del Congreso, que en representación del mismo debió asistir aquella noche á Palacio, y que, en efecto, asistió, aunque no pasó del patio, tuvo que buscar asilo en el Ministerio de Estado, y de allí salió para marcharse por la Plaza de Oriente; la Comisión del Congreso, repito, dió cuenta del desaire sufrido á sus compañeros, y en la mayoría el enojo fué grande, y se preparaba una proposición para presentarla al Parlamento.

Proposición gravísima, porque no podía ocultarse que era un ataque al Rey.

No por los republicanos, sino por los monárquicos de la mayoría.

Martos salió al quite, hizo esfuerzos supremos; con su talento y palabra prodigiosa convenció á unos y á otros, quitó importancia al asunto, lo comentó en forma cómica, se admi-

ró de que los demócratas dieran importancia decisiva á formalismos palaciegos, convirtió el desaire en un exceso de sentimientos democráticos del Monarca, en su amor de familia y hasta en sus virtudes burguesas.

En fin, á todos convenció; la proposición no llegó á presentarse, y el asunto quedó terminado para el público, aunque, naturalmente, no quedó terminado para los ministros.

* * *

Yo le vi algunos días después á Don Amadeo de Saboya, darle las gracias con toda efusión á Martos, en estos términos próximamente:

—Sé los esfuerzos que ha hecho usted por evitar el conflicto del Congreso. Le estoy á usted agradecidísimo.

Y se acercó á él y le estrechó afectuosamente la mano.

Parecía conjurada la tempestad, pero no lo estaba.

El Ministerio había quedado en una situación imposible.

Si las acusaciones de los conservadores no estaban justificadas, sus sarcasmos encontraban eco en todas partes.

Ya lo comprendíamos nosotros y ya lo comprendía Zorrilla, y desde el día siguiente al del nacimiento del Príncipe, le incitaba cada uno de nosotros á que viera á Don Amadeo y á que celebrásemos un Consejo extraordinario, en que se explicase el suceso y se aclarase nuestra situación, presentando, si era preciso, nuestras dimisiones.

Todo esto no se trató en Consejo, pero particularmente comunicábamos nuestras impresiones á D. Manuel, y él prometía hacer algo: ver á Don Amadeo, resolver el problema de una vez.

Pero Don Amadeo, en aquellos días, resultó invisible; no había modo de que Zorrilla le viese, y el mismo Zorrilla se sentía descorazonado y abatido.

La hostilidad de Palacio era evidente.

Un nuevo suceso, que fué á manera de corolario del que he descrito, agravó más la situación.

Pero esto requiere capítulo aparte.

JOSÉ ECHEGARAY

CORAZONES GENEROSOS

IV

Parecíale á Gudmund que había amado á Hildur Eriksdotter hasta el día en que le arrancó ella la promesa de despedir á Helga de Narlunda. Por lo menos, no hubo hasta aquel día ningún sér en el mundo al que más admirase y estimase. Ninguna muchacha le pareció digna de ser comparada con Hildur, y se sintió muy orgulloso de haber logrado conquistarla. Experimentó un real placer en imaginarse la vida que llevaría con ella. Serían ricos y considerados, y tenía el firme convencimiento de que sería grato vivir en una casa dirigida por Hildur. Tampoco le repugnaba pensar en todo el dinero que le reportaría la boda con aquella muchacha. Iba á poder mejorar los cultivos, reconstruir los edificios ruinosos y engrandecer la finca, hasta convertirse en un verdadero labrador opulento.

El mismo domingo en que volvió de la iglesia en compañía de Helga, fué por la tarde á Elvokra. Allí, Hildur se puso á hablar de Helga, y dijo que no quería ir á Narlunda hasta saber que estaba fuera aquella joven. Gudmund quiso, al pronto, tomar aquella idea como una broma, pero no tardó en comprender que Hildur hablaba del asunto con toda seriedad. Entonces Gudmund defendió con mucho calor la causa de Helga. Dijo que ésta era tan joven cuando la enviaron á servir, que no era verdaderamente asombroso el percance, sobre todo ha-

biendo tropezado con un amo tan malo como Per Mortensson. Desde que la madre de Gudmund se había encargado de ella, su conducta había sido siempre buena.

—Tal vez pueda ser injusto abandonarla—dijo.—En este caso, quedaría probablemente expuesta á nuevas desgracias.

Pero Hildur no quería rendirse á razones.

—Si esa muchacha se quedase en Narlunda, nunca pondré los pies allí—dijo ella.—Nunca podré tolerar la presencia en mi casa de una mujer así.

—No sabes lo que haces—dijo Gudmund.—Nadie ha sabido cuidar á mi madre mejor que Helga. Todos nos hemos alegrado mucho de su entrada en nuestra casa. Antes, mi madre era muy difícil, y estaba á menudo de mal humor.

—No pienso obligarte á despedirla—replicó secamente Hildur.

Era de toda evidencia que si Gudmund no le concedía lo que deseaba, estaba decidida á renunciar á los proyectos de boda.

—Pues bien, se hará lo que tú desees—dijo entonces Gudmund.

Juzgó imposible arriesgar todo su porvenir á causa de Helga. Pero se puso muy pálido al hacer esta concesión, y permaneció silencioso y abatido toda la visita.

Este incidente hacía temer á Gudmund que tal vez Hildur no fuese tal como se la había imaginado. Evidentemente le desagradaba que hubiese podido ella imponerle su voluntad, pero lo peor era que no llegaba á persuadirse de que la joven hubiese tenido razón. Decíase que le hubiera agradado mucho ceder ante Hildur si ésta se hubiese mostrado generosa; pero, en vez de ello, se le apareció mezquina y desprovista de corazón.

En adelante, siempre que Gudmund veía á su novia, estaba al acecho para ver si aquel rasgo de carácter que creía haber descubierto en ella volvía á aparecer. Una vez despertada su desconfianza, no tardó en descubrir otras muchas cosas que no eran como él hubiera deseado.

«Creo que es de las que primeramente piensan en sí mismas», murmuraba en su interior cada vez que la dejaba, y se preguntaba cuánto duraría al amor que ella le profesaba si se pusiera á prueba.

Trataba de consolarse diciéndose que todo el mundo empieza por pensar en sí mismo, pero esta idea le traía inmediatamente al espíritu la imagen de Helga. Volvía á verla en el Juzgado, apoderándose de la Biblia, y de nuevo la oía gritar:

—Retiro la demanda. Le quiero todavía. No quiero que sea perjuro.

Así es como hubiera querido á Hildur. Helga había llegado á ser para él un término de comparación; con él medía á las gentes.

A la verdad, no había muchas que igualaran á la muchacha aquélla en amor y en caridad.

De día en día, menguaba el amor de Gudmund á Hildur, pero no se le ocurrió renunciar á la boda. Trataba de convencerse de que su desaliento no era más que un capricho. ¿Acaso no la tenía por la mejor de todas apenas unas semanas antes?

Si hubiera estado al principio del noviazgo, indudablemente se habría retirado. Pero ahora estaban ya publicadas las proclamas, se había fijado el día de la boda, y en su casa habían dado comienzo á importantes reparaciones. Y además, tampoco podía decidirse á renunciar á la fortuna y á la buena posición que le aguardaban. ¿Qué razón, en fin, invocaría para una ruptura? Lo que tenía que decir de Hildur era tan poca cosa, que se desvanecería al salir de sus labios al tratar de formularlo.

Pero á menudo le molestaba el corazón, y cada vez que iba al pueblo ó la ciudad, se proveía de cerveza y de vino en las tiendas, para recobrar, bebiendo, su buen humor. Después de vaciar unas botellas, sentíase de nuevo satisfecho de su boda y enamorado de Hildur. Entonces se le olvidaba lo que le había atormentado.

Gudmund pensaba á menudo en Helga y deseaba ardiente-

E. M.—Julio 1911.

mente volverla á ver. Pero decíase que Helga debía de considerar un miserable al hombre que había hecho que la despidiesen, á pesar del compromiso en contrario, contraído espontáneamente. Como no podía ni explicarse ni excusarse, evitaba encontrarse con ella.

Una mañana, Gudmund se encontró en la carretera con Helga, que volvía del pueblo, adonde había ido á comprar leche. Gudmund se creyó en el caso de acompañarla. No pareció ella muy contenta de la compañía: apresuró el paso como si deseara escapar, y no desplegaba los labios. También Gudmund iba callado, sin saber cómo entablar conversación.

En aquellos momentos apareció un coche á lo lejos. Gudmund, absorto en sus pensamientos, no se fijó en él, pero en cuanto lo vió Helga, volvióse bruscamente á su acompañante.

—No sigas acompañándome, Gudmund, porque, si no me engaño, viene por allí el coche de los de Elvokra.

Miró Gudmund rápidamente, y, al reconocer el caballo y el coche, hizo un movimiento como para dar la vuelta, pero inmediatamente se irguió con altivez y continuó andando al lado de Helga, hasta que hubo pasado el coche. Entonces moderó el paso, y, como Helga seguía con el suyo apresurado, se separaron sin que él la hubiese dirigido una palabra. Pero, en lo restante del día, estuvo más contento de sí mismo de lo que hubiera estado desde hacía mucho tiempo.

V

Habíase convenido que la boda de Hildur y Gudmund se celebraría en Elvokra, el lunes de Pentecostés. El viernes de la semana anterior, Gudmund fué á la ciudad para hacer algunas compras, con motivo de la fiesta de bienvenida que había de darse en Narlunda al día siguiente de la boda. En la ciudad se encontró con unos jóvenes de su pueblo. Como sabían que era la última excursión de soltero de Gudmund, deci-

dieron organizar una verdadera orgía. Todos tomaron á empeño el hacer beber á Gudmund, y lo hicieron de tal modo, que el festejado concluyó por embriagarse hasta perder el conocimiento.

No volvió á su casa hasta la mañana siguiente, tan tarde, que su padre y el criado se habían ido ya al trabajo, y se quedó en la cama hasta mediodía. Al levantarse para vestirse, observó que su americana tenía varios rotos y desgarrones.

«Se conoce que me he peleado esta noche», se dijo, haciendo esfuerzos para recordar lo que hubiera podido hacer.

Recordó con claridad que á eso de las once de la noche salió del restaurant en compañía de sus amigos, pero no pudo precisar qué es lo que había hecho después. Era como querer penetrar con su mirada la obscuridad más absoluta. No sabía si se habían limitado á recorrer las calles ó si habían entrado en alguna parte. No se acordaba de si había sido él ú otro quien enganchó el caballo, y no conservaba ningún recuerdo de su vuelta.

Al entrar en la sala, la encontró limpia y arreglada para la fiesta. Había terminado el trabajo de la jornada, y las gentes iban á merendar. Nadie aludió á la excursión de Gudmund. Era cosa convenida que tendría plena libertad de hacer lo que quisiera aquellas últimas semanas.

Gudmund sentóse á la mesa para tomar el café como todos los demás. Mientras que le echaba de la taza al platillo y del platillo á la taza, para enfriarlo, la señora de Ingeborg, que había terminado, tomó el periódico que acababa de llegar y se puso á leer. Leía en voz alta, columna tras columna, y Gudmund, su padre y todos los demás, escuchaban.

Entre las noticias que leía así, se encontraba el relato de una riña ocurrida la noche anterior en la Plaza Mayor de la ciudad, entre un grupo de aldeanos ebrios y unos obreros. En cuanto se presentó la policía, los combatientes huyeron, á excepción de uno que yacía inanimado. Transportáronle al puesto de policía, y como no se veía ninguna herida exterior, trataron

de reanimarle. Todos los esfuerzos fueron vanos, y por fin se le descubrió una hoja de cuchillo, metida en la cabeza. Era una hoja de un tamaño considerable; había penetrado en el cerebro y se había roto casi al ras del cráneo. El asesino había huído con el mango del cuchillo; pero la policía, que conocía muy bien á los que habían tomado parte en la lucha, abrigaba la esperanza de echarle prontamente mano.

Al escuchar la lectura, Gudmund dejó la taza, se metió la mano en el bolsillo y sacó su navaja, á la que echó una mirada indiferente. De pronto hizo un movimiento brusco, dió una vuelta al cuchillo y se lo volvió á guardar tan apresuradamente, que hubiérase dicho que le quemaba. No siguió tomando el café, y se quedó largo rato inmóvil, con aire de honda preocupación. Surcaron de pronto su frente profundas arrugas. Era ostensible que hacía esfuerzos para descifrar un misterio.

Por fin se levantó, se estiró, bostezó y se dirigió lentamente á la puerta de salida.

—Voy á dar una vuelta. No he salido en todo el día—dijo.

Casi al mismo tiempo se levantó también Erland Erlands-son. Había terminado su pipa, y fué á su cuarto en busca de tabaco. Mientras que cargaba la pipa, vió á Gudmund que pasaba. El cuarto en que estaba no tenía la ventana al patio como la sala, sino á un jardinillo, en el que había unos manzanos corpulentos. Al final del jardín había una charca llena de agua en primavera, pero que en verano se secaba por completo. Rara vez se dirigía nadie hacia aquel lugar. Erland Erlands-son observó con curiosidad los movimientos de su hijo. Vió que éste se metía la mano en el bolsillo, del que sacaba un objeto que tiró á la charca. Después cruzó el jardinillo, saltó una valla y se marchó por la carretera.

En cuanto Gudmund se perdió de vista, Erland salió á su vez y se dirigió á la charca. Metióse sin vacilar en el agua viscosa, y á los pocos momentos se inclinó para recoger un objeto que acababa de tropezar con el pie. Era un cuchillo cuya

hoja principal estaba rota. Le dió vueltas, examinándole cuidadosamente, mientras que seguía con los pies en el agua. Después se lo metió en el bolsillo, pero lo volvió á sacar para examinarlo aún varias veces antes de volver á la casa.

Gudmund no entró sino cuando todos estaban acostados. Se metió en la cama sin probar la cena que le esperaba sobre la mesa.

Erland Erlandsson y su mujer dormían en la habitación que daba al jardín. Al amanecer, Erland creyó oír un rumor de pasos bajo la ventana. Se levantó, corrió la cortina y vió de nuevo á su hijo que se dirigía á la charca. Descalzóse, se remangó los pantalones, se metió en el agua, que exploró en todos sentidos como el que busca un objeto perdido. Estuvo así rebuscando largo rato, y luego salió como dispuesto á marcharse, pero volvió en seguida á su operación. El padre permaneció una hora entera mirándole. Entonces Gudmund volvió á entrar en la casa, y se acostó otra vez.

El domingo de Pentecostés, Gudmund se disponía á ir á la iglesia. Cuando estaba enganchando el caballo, atravesó el patio Erland.

—Te has olvidado de limpiar hoy los arneses—dijo al pasar;—también el coche está sucio.

—He tenido que hacer otra cosa—contestó Gudmund con indolencia, y se marchó sin limpiar nada.

Después de la misa, Gudmund acompañó á su novia á Elvokra, en donde pasó el resto del día; había allí una numerosa reunión de gente joven, dispuesta á celebrar la última velada de soltera de Hildur, y se bailó hasta hora muy avanzada de la noche. Se bebió en grande, pero Gudmund no probó gota. En toda la velada no dirigió palabra á nadie; pero bailaba frenéticamente, y lanzaba á veces ruidosas y agudas carcajadas, sin que nadie comprendiese bien lo que le divertía.

Gudmund volvió á su casa á las dos de la madrugada, y en cuanto metió el caballo en la cuadra se dirigió de nuevo á la charca y se metió en ella. Era una clara noche de verano,

y el padre, entre las cortinas de su habitación, miraba las maniobras de su hijo. Le vió andar inclinándose sobre la superficie del agua, rebuscando obstinadamente como la noche anterior. De vez en cuando, salía á la orilla como desesperado de encontrar nada; pero en seguida volvía al agua. Una de las veces que salió á la orilla, fué al establo en busca de un cubo, con el que se puso á sacar agua como si tratara de vaciar la charca; pero no tardó en convencerse de que era trabajo perdido, y dejó el cubo. Reanudó la exploración, y paseó las manos por toda la charca sin sacar otra cosa que limo fangoso. Cuando, por fin, abandonó el trabajo, era tan tarde, que la casa empezaba á animarse. Estaba él tan fatigado y agotado por el insomnio, que vacilaba al andar, y se echó en la cama sin desnudarse.

A las ocho dadas fué á despertarle su padre. Gudmund estaba echado en la cama, con el traje lleno de salpicaduras fangosas, pero su padre no le hizo observación alguna; limitóse á decirle que ya era hora de levantarse, y salió cerrando la puerta. Al poco rato, Gudmund bajó á la sala vestido con su buen traje de boda. Su rostro estaba iluminado como por una luz interior. Creeríase ver un sér hecho de alma y de voluntad, y no de carne y sangre.

En la sala todo había revestido un aspecto solemne. La madre se había puesto su traje negro, y tenía echado en los hombros un hermoso chal de seda, aunque no había de asistir á la boda. Todos los criados se habían puesto también sus mejores galas. El hogar estaba adornado con hojas frescas de roble. Sobre el blanco mantel de la mesa había multitud de platos variados y suculentos.

Después de la comida, la madre de Gudmund leyó un salmo y unos versículos de la Biblia. Luego, dirigiéndose á Gudmund, le dió gracias por haber sido siempre un buen hijo, le deseó felicidades y le dió su bendición. La señora de Erlandsson sabía componer lindas frases, y Gudmund se conmovió hondamente. En varios momentos se humedecieron sus ojos,

pero logró, sin embargo, vencer su gana de llorar. También el padre pronunció algunas palabras.

—Nos será muy duro perderte—dijo; y de nuevo Gudmund estuvo á punto de romper en sollozos.

Todos los criados acudieron á estrecharle la mano y darle gracias por el tiempo pasado. Las lágrimas asomaban á los ojos de Gudmund durante toda esta escena. Tosía y se esforzaba en vano por hablar; apenas logró pronunciar una palabra inteligible.

El padre debía acompañarle á Elvokra para asistir á su boda. Salió para enganchar el caballo, y á los pocos momentos volvió á entrar anunciando que ya era la hora de marchar. Al subir al coche Gudmund observó que estaba bien limpio. Todo estaba tan reluciente, tan bien cuidado como á él le gustaba. Al mismo tiempo le llamó la atención el buen orden que reinaba en el patio. La alameda estaba recientemente enarenada y limpia de piedras y pedazos de madera. A la entrada del patio, dos postes con guirnaldas formaban una especie de arco de triunfo, y de la veleta colgaba una magnífica corona de flores de ciruelo silvestre y había otros muchos adornos hechos con ramaje. De nuevo Gudmund se sintió con ganas de llorar. Apretó con fuerza el brazo de su padre cuando éste empuñaba las riendas.

—¿Qué quieres?—preguntó Erland.

—Nada—contestó Gudmund;—no era nada. Vámonos.

En el camino tuvo Gudmund otra despedida. Era Helga, la cual le esperaba en el cruce de la carretera con el sendero que conducía al Pantano Alto. El padre paró el caballo al ver á Helga.

—Les esperaba—dijo la joven,—porque quería dar hoy mismo la enhorabuena á Gudmund.

Gudmund se apeó entonces para estrechar la mano de Helga. Le pareció que ésta había adelgazado y que tenía los ojos enrojecidos. Indudablemente, se pasaba las noches llorando y pensando en Narlunda. Pero hoy quería mostrar una expre-

sión feliz, y dirigía á Gudmund su más bella sonrisa. De nuevo se sintió él muy conmovido, pero no dijo nada. Su padre, á pesar de que tenía fama de no hablar nunca sino apremiado por la más extrema necesidad, dijo:

—Creo que tu enhorabuena agradará á Gudmund más que otra cualquiera.

—Sí, es verdad—asintió Gudmund.

Volviéron á estrecharse la mano los dos jóvenes y se separaron. El, con la cabeza vuelta, la siguió mirando hasta que se la ocultó un grupo de árboles; entonces hizo un movimiento como para saltar del coche.

—¿Tenías algo más que decir á Helga?—preguntó el padre.

—¡Oh! No, nada—contestó Gudmund, volviendo á acomodarse en su asiento.

Siguió el coche su camino. El padre llevaba el caballo á un paso moderado, como si le gustara prolongar la compañía de su hijo. No parecía tener prisa por llegar.

De repente Gudmund, inclinando la cabeza sobre el hombro de su padre, rompió en sollozos.

—¿Qué tienes?—preguntó Eriand dando tan violento tirón de las riendas que se paró el caballo.

—Que todos ustedes son buenísimos para mí, y yo no lo merezco.

—Ninguna mala acción has cometido, sin embargo.

—Sí, padre; he cometido una.

—No quiero creerlo.

—Sí; he matado á un hombre.

El padre lanzó un hondo suspiro. Hubiérase dicho que era un suspiro de alivio, y Gudmund, alzando la cabeza, le miró sorprendido. El padre volvió á arrear el caballo, y suavemente dijo:

—Celebro mucho que me lo hayas dicho tú mismo.

—¿Lo sabía usted ya?

—El sábado sospeché que había algo anormal, y luego encontré tu cuchillo en la charca.

—¡Ah! ¿Es usted quien lo encontró?

—Sí; lo encontré yo, y vi que una de las hojas estaba rota.

—Sí, padre; sé que la hoja está rota, pero no puedo hacerme á la idea de que sea yo el autor del hecho.

—Debiste de realizarlo estando ebrio.

—No sé nada, no me acuerdo de nada. Vi por el estado de mi traje, que me había peleado, y sé que la hoja ha desaparecido.

—Comprendí que tenías la intención de callarte.

—Me dije que, sin duda, mis compañeros estaban tan borrachos como yo, y que tampoco se acordaban de nada. No había más prueba contra mí que el cuchillo, y por eso me embaracé de él.

—Comprendí que ese era tu razonamiento.

—Comprenda usted, padre: no sé quién es el muerto, quizá no le he visto nunca. No recuerdo haberlo hecho. Me pareció que no estaba en el deber de pagar por lo que no había hecho intencionadamente. Luego pensé que había obrado torpemente al tirar el cuchillo á la charca. Se seca en verano, y entonces le hubiera podido encontrar cualquiera. Por eso traté de recogerle y le busqué estas dos últimas noches.

—¿No se te ocurrió la idea de confesar?

—No; ayer no pensaba más que buscar el modo de tener secreta la cosa, y procuré bailar y divertirme, para que nadie pudiese notar un cambio en mi actitud.

—¿Así, pues, pensabas casarte hoy sin declararlo? Asumías una gravísima responsabilidad. ¿No comprendías que si eras descubierto, arrastrarías en la miseria á Hildur y toda su familia?

—Me pareció que era mejor no decirles nada.

Ahora iba el caballo al trote. El padre parecía tener mucha prisa en llegar. Seguía, sin embargo, hablando á su hijo. En toda su vida le había dirigido tantas palabras.

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar de parecer?

—Helga, al venir á darme la enhorabuena. Entonces sentí

ablandarse la dureza de mi corazón. Esa muchacha ha acabado de convencerme. Mi madre y usted me conmovieron esta mañana, y á punto estuve de decirles que no era digno de su cariño; pero mi corazón permanecía duro y resistía aún; mas la presencia de Helga ha triunfado de mi resistencia. Pensaba que debía odiarme por haber hecho que la despidiesen de casa.

—Ahora se me figura que estarás de acuerdo conmigo para decirlo todo inmediatamente á la familia de Hildur—dijo el padre.

—Sí—contestó Gudmund en voz baja.—Sí, seguramente—añadió con tono más firme. No quisiera ligar á Hildur á mi mala suerte. No me lo perdonaría ella nunca.

—La familia de Elvokra estima su honor como todo el mundo—dijo el padre.—Y es preciso que sepas, Gudmund, que esta mañana, al partir, me dije que me vería obligado á contárselo yo al padre de Hildur, si tú no te decidías á hacerlo. Nunca hubiera podido asistir silencioso á la unión de Hildur con un hombre que en cualquier momento puede ser acusado de asesinato.

Dió un latigazo al caballo para apresurar la marcha, y siguió diciendo:

—Vamos á pasar ahora el momento más penoso. Procuraremos que pase pronto. Supongo que á los padres de Helga les parecerá muy bien que te acuses tú mismo, y espero que esto les hará más benévolos contigo.

Gudmund no contestó nada. A medida que se acercaban á Elvokra tenía aspecto de mayor abatimiento. El padre continuaba hablando para inspirarle ánimos.

—He oído contar un caso parecido—dijo.—Tratábase de un novio que tuvo la desgracia de matar á un compañero de caza. No lo hizo con intención, y no se supo que había sido él el homicida; pero, poco después, el día de la boda, al llegar á la casa en donde todo estaba preparado para la ceremonia, habló á su novia, y dijo: «No podemos casarnos. No quiero arrastrarte á la miseria que me aguarda.» Pero la novia, que se había

puesto ya la corona y el velo, le tomó de la mano y le llevó á la sala en donde los invitados estaban reunidos para asistir á la bendición nupcial. Allí contó en alta voz lo que su novio acababa de decirle. «He contado el caso para que todo el mundo sepa que no me has engañado—añadió, dirigiéndose á su prometido.—Ahora quiero que nos den inmediatamente la bendición. Porque sigues siendo el mismo que antes, á pesar de la desgracia que te aflige, y cualquiera que sea la suerte que te aguarde, quiero que la suframos juntos.

Cuando el padre terminaba esta historia, entraba el coche en el camino que conducía á Elvokra. Gudmund, con sonrisa melancólica, dijo:

—No ocurrirá eso ahora.

—¡Quién sabe!—dijo el padre irguiéndose en su asiento.

Miró á su hijo, y una vez más se asombró de lo guapo que estaba aquel día.

«No me chocaría que le ocurriese algo grande é inesperado»,—se dijo en voz baja.

La boda se iba á celebrar en la iglesia, y en la casa estaban ya todos los invitados. Algunos parientes, venidos de lejos, aguardaban con solemnidad el momento de salir para la iglesia. En el patio se procedía al enganche de todo género de vehículos. El violinista del lugar, sentado aparte, templaba su instrumento. Desde una ventana del piso superior, la novia, ya ataviada, acechaba la llegada de su futuro para verle antes de que él la viese á ella.

Erland y Gudmund, en cuanto se apearon, solicitaron celebrar una entrevista privada con Hildur y sus padres. Al poco rato estaban todos reunidos en la habitación que servía de despacho al labrador.

—Supongo que leerían ustedes en los periódicos el relato de una riña que ocurrió en la ciudad, la noche del viernes, y de la que resultó un hombre muerto—dijo Gudmund, tan de prisa, que se hubiera dicho que repetía una lección aprendida.

—Sí, lo leí—dijo el labrador.

—Es que esa noche estaba yo en la ciudad—continuó Gudmund.

Esta vez no hubo respuesta, sino un silencio de muerte. Le pareció á Gudmund que todo el mundo le dirigía miradas tan espantadas, que no pudo continuar. Pero entonces el padre vino en su ayuda.

—Gudmund fué arrastrado por unos amigos. Bebió sin duda con algún exceso aquella noche, porque al volver á casa no se acordaba de lo que hubiera podido hacer. Pero se veía bien que se había pegado con otro, porque tenía el traje roto.

Gudmund observó que el terror de sus oyentes crecía por momentos; pero él, en cambio, se iba tranquilizando. Un sentimiento de reto se apoderó de él, y tomó de nuevo la palabra:

—Entonces, cuando llegó el periódico el sábado por la tarde, y leí el relato de la pendencia y de la hoja que se había encontrado metida en el cráneo, saqué mi cuchillo y vi que le faltaba una hoja.

—Muy grave es la noticia que Gudmund nos da—dijo el labrador.—Mejor hubiera sido contárnoslo ayer.

Gudmund se calló; pero de nuevo su padre acudió en su ayuda.

—No era una cosa fácil para Gudmund. Era muy tentador no decir nada. Pierde mucho al hacer esta confesión.

—Sí, sí, hay que felicitarse de que al fin se haya decidido á hablar, para que no nos hayamos visto comprometidos en semejante asunto—dijo con acritud el padre de Hildur.

Gudmund miraba mientras tanto á su novia, que estaba engalanada con la corona y el velo nupcial, y en aquel momento la vió alzar una mano para quitarse uno de los alfileres que sujetaban la corona. Parecía hacerlo casi inconscientemente. Al notar la mirada de Gudmund, volvió á dejar el alfiler en su puesto.

—No está aún plenamente demostrado que Gudmund sea el homicida—dijo Erland;—pero comprendo que es de aplazar la boda hasta que todo se haya puesto en claro.

—No vale la pena de hablar de aplazamientos—dijo el labrador.—Se me figura que Gudmund está lo bastante seguro de su asunto para que podamos desde luego, de común acuerdo, abandonar toda idea de matrimonio entre él y mi hija.

Gudmund no contestó. Se acercó á su novia y la tendió la mano. Ella permaneció inmóvil, como si no hubiera visto el ademán.

—¿No quieres decirme adiós, Hildur?

Entonces ella alzó los ojos, en los que percibió él una mirada fría.

—¿Es esa mano la que empuñaba el cuchillo?—preguntó ella.

Sin replicar, Gudmund se volvió hacia el labrador.

—Sí, ahora estoy seguro de mi asunto. No hay que hablar de aplazamiento.

Y sin más, terminó la entrevista y se marcharon Gudmund y Erland. Hubieron de atravesar una serie de pasillos y habitaciones, y por todas partes veían preparativos de boda. La puerta de la cocina estaba abierta, y se veía á una porción de gentes afanadas. Salía de allí un olor de asados y hojaldres, y los hornillos estaban llenos de marmitas y cacerolas.

«¡Pensar que se toman tantos afanes por mi boda!»—se decía Gudmund al pasar.

Pudo entrever la riqueza de la casa. Vió el comedor en donde estaban preparando varias mesas. Pasó ante una habitación en la que estaban los cofres y arcones repletos de ropa; al salir al patio, vió el número considerable de coches, los magníficos caballos, las hermosas mantas de viaje. Abarcó con la mirada los establos, las cuadras, los rediles, los graneros y otras dependencias de la finca. «Todo esto hubiera podido ser para mí»—se dijo al subir á su cochecillo.

Acometióle de pronto un grandísimo pesar. Hubiera querido lanzarse del coche para ir á decirles que no era verdad lo que había referido. No había hecho más que burlarse de ellos, asustarles. Era una imbecilidad lo que había hecho. ¿Por qué

había obrado así? ¿Qué había conseguido? El muerto estaba bien muerto. No; la tal confesión no tendría otro resultado que el de entrañar la pérdida de otro hombre, la suya.

Las últimas semanas, no le había seducido tanto aquella boda, pero ahora que se veía obligado á renunciar á ella la apreciaba en su justo valor. Era mucho perder á Hildur Erikodotter y todo lo demás. ¿Qué importaba que fuese ella, egoísta y autoritaria? Era de todos modos la primera de las muchachas del país, y, gracias á ella, hubiera llegado de un golpe á la cumbre del bienestar y los honores.

No lo sentía únicamente por Hildur y sus bienes, sino por mil otras cosas de menor importancia. En aquellos momentos hubiera debido estar en camino de la iglesia, y todos los que le hubiesen visto pasar le habrían envidiado. Y hubiera hoy él ocupado el primer puesto en el festín nupcial. Hoy hubiera sido el centro del baile y de la fiesta. Era un gran día que le volvía la espalda.

Erland se volvió en varias ocasiones á su hijo para mirarle. No estaba tan guapo ni tan lucido como por la mañana; iba abatido, con aire de atontamiento, con la mirada apagada. Preguntábase el padre si es que su hijo lamentaba lo hecho, y se disponía á interrogarle, pero juzgó preferible callarse.

—¿Adónde vamos ahora?—preguntó Gudmund, rompiendo el silencio.—¿No sería mejor ir directamente á casa del comisario?

—Necesitas ir á casa para descansar un poco—dijo el padre.—No has podido dormir mucho estas últimas noches.

—Madre se asustará al vernos volver.

—No le chocará nada—dijo el padre.—Está tan enterada como yo. Seguramente se alegrará de saber que lo hayas confesado.

—Creo que mi madre y todos los de casa se alegrarán de enviarme á la cárcel—dijo Gudmund con amargura.

—Sabemos que pierdes mucho al obrar con arreglo á lo

justo—dijo el padre;—pero no podemos menos de felicitarnos de que hayas sabido vencerte á ti mismo.

Le parecía imposible á Gudmund soportar el que le felicitasen por haber destruído y echado el porvenir por la ventana. Buscaba un pretexto para no ver á nadie hasta haberse tranquilizado un poco.

En aquel momento pasaban frente al sendero del Pantano Alto.

—¿Quiere usted parar aquí, padre? Me alegraría ir á hablar un poco con Helga.

El padre se apresuró á complacerle.

—Procura volver lo más pronto que puedas para descansar—dijo.

Gudmund tomó por el bosque, y pronto se perdió de vista. No tenía la menor intención de buscar á Helga; quería únicamente encontrarse solo para no tener necesidad de contenerse. Experimentaba una ira irrazonable contra todos y contra todo; daba violentos puntapiés á las piedras que se encontraban en su camino, y á veces se detenía para arrancar ramas enteras, solamente porque una hoja le había rozado la cara.

Siguió el camino hasta el Pantano Alto, pero dejó atrás la cabaña y se dirigió á la cima de la montaña. Allí le costó trabajo abrirse camino. Había perdido el sendero, y para llegar á la cima tenía que franquear una serie de rocas puntiagudas. Fué un paseo peligroso sobre rocas escarpadas, y hubiera podido romperse brazos y piernas, de haber dado un paso en falso. Se daba perfecta cuenta del peligro, pero como si le agradara exponerse á él, continuó su marcha.

—Si me ocurre aquí una desgracia, no me encontrará nadie—se dijo.—¿Pero qué me importa? Lo mismo me da morir así que estar encerrado largos años entre los muros de una cárcel.

Todo fué bien, sin embargo, y llegó por fin felizmente al Pico Grande. En otro tiempo, un incendio había asolado el bosque por aquella parte. La más alta estaba todavía desnuda,

y desde allí se gozaba de una vista magnífica. Vió valles y lagos, bosques sombríos y ricas campiñas, iglesias, granjas, cabañas y pueblos. En la remota lejanía vió la ciudad, envuelta en blanquecina bruma, de la que emergían algunas torres que brillaban al sol. Caminos tortuosos surcaban los valles, y un tren pasaba, rápido, por la linde del bosque. Tenía ante los ojos una provincia entera.

Se tumbó en el suelo, sin perder, sin embargo, aquella vista espléndida. Había en este espectáculo algo augusto y grandioso, ante el que sentía la pequeñez de él y de sus pesares.

Se acordó de que, habiendo leído de niño que el Tentador condujo á Cristo á una elevada montaña para mostrarle todo el esplendor de este mundo, había siempre pensado que sería allí, en el Pico Grande, y repitió la antigua parábola:

—Te daré todo eso si te prosternas ante mí para adorarme.

Entonces tuvo la repentina impresión de haber sufrido él una tentación idéntica aquellos últimos días.

A la verdad, el Tentador le había conducido á una alta montaña, desde la que le mostró todo el esplendor de la riqueza y del poder.

—No tienes más que callar lo que creas haber hecho—le dijo—y te daré todo eso.

Al pensar esto, Gudmund tuvo al fin un vago sentimiento de satisfacción.

—Sin embargo, contesté que no—dijo; y se le apareció claramente el sentido de lo que había pasado.

Si se hubiese callado, ¿no se habría visto obligado á servir al Tentador toda su vida? Habríase convertido en un hombre vil y cobarde, en un esclavo del dinero. El temor del descubrimiento hubiera pesado siempre sobre él. Nunca hubiera podido sentirse un hombre libre.

Apoderóse de Gudmund una profunda calma. Sintióse feliz al comprender al fin que había obrado bien. Al evocar los días pasados, tuvo la sensación de haber andado á tientas en una

densa obscuridad. Era un verdadero milagro el haber salido de ella. Preguntábase cómo no se había perdido.

—Porque todos han sido buenos para mí en casa—pensaba,—y sobre todo por la enhorabuena que vino á darme Helga.

Permaneció algún tiempo en la montaña; pero pronto se dijo que debía ir á su casa cuanto antes, para decir á sus padres que por fin había hallado la paz de su alma. Al levantarse para empezar el descenso, vió á Helga sentada en un escalón inferior de la montaña.

Desde allí no podía gozar de la amplia vista circular; solamente le era visible un reducido rincón del valle. Era del lado de Narlunda, y probablemente podía ver una parte de la finca. Al descubrir á la joven, Gudmund sintió que su corazón, que todo el día había estado lleno de angustia y de congoja, empezaba á latir con palpitaciones ligeras y alegres, y al mismo tiempo experimentó una sensación de felicidad tan viva, que se quedó quieto, preguntándose lo que le sucedía.

—¿Qué es lo que me ocurre? ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto?—pensó, al sentir que la sangre le bullía en las venas y que la felicidad se apoderaba de él tan violentamente, que casi tuvo una sensación dolorosa. Por fin, se dijo á sí mismo, con tono de asombro:

—¡Si es ella la que amo! ¡Pensar que he esperado hasta ahora para saberlo!

Esta revelación le sorprendió con la fuerza de un torrente desencadenado. Desde que conoció á Helga había estado comprometido con otra. Tuvo que prescindir de cuanto á la primera le atraía. Ahora que se había librado al fin de la idea de casarse con la otra, ahora podía amarla.

—¡Helga!—gritó; y se puso á bajar la pendiente á toda prisa.

Ella se volvió con un grito de espanto.

—¡No te asustes! Soy yo.

—¿Pero no estás en la iglesia casándote?

—¡Oh! no. No habrá boda hoy; Hildur no quiere ya casarse.

E. M.—Julio 1911.

Helga se puso en pie. Apoyó una mano en su corazón y cerró los ojos. Debía de pensar en aquel momento que no era Gudmund el que llegaba. Evidentemente, tenía los ojos y los oídos fascinados por algún espíritu del bosque. Pero su presencia le era tan dulce y tan grata, aunque no fuese más que una apariencia, que cerró los ojos y permaneció inmóvil para retener aquella ilusión unos instantes todavía.

Gudmund estaba trastornado por el impetuoso amor que se había despertado en él. En cuanto llegó al lado de Helga, la abrazó y la besó en los labios, y ella se dejó hacer, porque estaba absorta y enajenada por la sorpresa. Era para ella un milagro demasiado grande admitir que Gudmund, que en aquellos momentos debía encontrarse en la iglesia al lado de su novia, estuviese en realidad con ella en el bosque. ¡Aquel aparecido, aquel fantasma de Gudmund podía abrazarla!

Pero el beso de Gudmund despertó á la joven y le rechazó vivamente. Después se puso á abrumarle á preguntas. ¿Era verdaderamente él? ¿Qué venía á hacer al bosque? ¿Le había ocurrido alguna desgracia? ¿Por qué se había interrumpido la boda? ¿Se había puesto enferma Hildur? ¿Le había dado una congestión al pastor en plena iglesia?

Gudmund hubiera querido no hablarle más que de su amor, pero ella le obligó á contar lo que había ocurrido. Mientras que él hablaba, escuchaba ella con la mayor atención.

No le interrumpió sino cuando habló de la hoja rota. Entonces ella se sobresaltó y preguntó si se trataba de su cuchillo ordinario, el que tenía cuando ella estaba á su servicio.

—Sí, precisamente ese—dijo.

—¿Cuántas hojas rotas tenía?—preguntó ella.

—Una solamente.

Produjose cierta ebullición en el cerebro de Helga. Con el ceño fruncido, hacía visibles esfuerzos para acordarse de algo. ¿Qué fué? Sí, se acordaba muy bien de que había usado aquel cuchillo para hacer unas astillas la víspera de su marcha. Lo rompió al servirse de él, pero nunca tuvo ocasión de decirlo.

El la había evitado, y no quiso hablar con ella entonces. Y luego, Gudmund hubo de guardarse el cuchillo sin advertir que estaba roto.

Helga alzó la cabeza y quiso contárselo todo; pero como él llegaba al relato de su visita á Elvokra, en medio de los preparativos de la boda, prefirió dejarle concluir. Al saber cómo se había separado de Hildur, juzgó que era una desgracia tan terrible, que se puso á regañarle.

—Todo es culpa tuya—dijo.—Tu padre y tú habéis aterro-
rizado á la muchacha con esa espantosa noticia. No hubiera
contestado así de no estar anonadada. Créeme que debe sen-
tirlo ahora.

—Que lo sienta cuanto quiera—dijo Gudmund.—Yo sé aho-
ra que no es sino de las que no piensan más que en sí mismas.
Me felicito de verme libre.

Helga apretó los labios como para impedir que se le esca-
para el gran secreto. Todo aquello le daba mucho que pensar.
No se trataba solamente de lavar á Gudmund de aquella acu-
sación de homicidio. Habíase seguido rompimiento entre él y
su novia. ¿Acaso no podría ella arreglar el conflicto, merced
á lo que sabía?

De nuevo guardó silencio para reflexionar. Gudmund se
puso á hablarle del amor que la tenía. Pero le pareció la ma-
yor de las desdichas que sobre él habían caído aquel día. Malo
era que estuviese á punto de perder una boda ventajosa; pero
peor sería que se le ocurriera casarse con una muchacha como
Helga.

—¡Oh! no. No vengas á contarme esas tonterías—dijo ella,
levantándose bruscamente.

—¿Por qué no habría de decirlo?—dijo Gudmund palide-
ciendo.—Tal vez te ocurra lo mismo que á Hildur: ¿Tienes mie-
do de mí?

—No; no es eso.

Quería explicarle que lo que él hacía era preparar su pro-
pia pérdida; pero Gudmund no la escuchaba, y dijo:

—He oído decir que en otro tiempo hubo mujeres que ayudaban á los hombres en los momentos de desgracia; pero hoy no debe de suceder así.

Helga se estremeció. Hubiera querido arrojarse en brazos de Gudmund, pero no se movió. Su deber era hoy el de permanecer razonable.

—Cierto es—continuó Gudmund—que no debía pedirte que fueras mi mujer el mismo día en que he de ir á la cárcel; pero oye: si supiera que me aguardabas hasta que saliera, sufriría todas las penalidades alegremente.

—No soy yo la que debe esperarte, Gudmund.

—Todo el mundo me va á considerar ahora como un malhechor, un individuo que se emborracha y asesina. ¡Pero si hubiera una sola persona que me mirase con amor! Esto me sostendría más que nada.

—Bien sabes que yo no pensaré nunca sino bien de ti, Gudmund.

Helga se enternecía. Los ruegos de Gudmund estaban muy cerca de vencerla. No sabía cómo librarse de él, pero Gudmund no lo comprendía; antes bien, empezó á creer que se había engañado. No debía ella de tenerle los mismos sentimientos que él. Se acercó y la miró como si hubiera querido ver el fondo de su alma.

—¿No has elegido esta roca precisamente para poder ver Narlunda?

—Sí; eso es.

—¿No piensas en esa casa día y noche?

—Sí; pero no en ninguna persona en particular.

—Y yo, ¿te soy completamente indiferente?

—¡Oh, no!; pero no quiero casarme contigo.

—¿A quién quieres, pues?

Helga no contestó.

—¿Quieres á Per Mortensson?

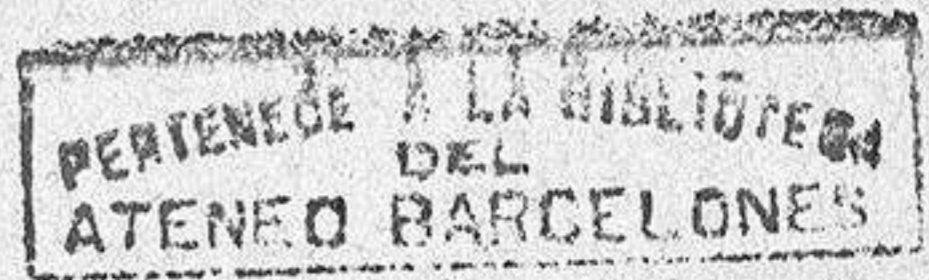
—Sí, dije que le quiero, ¿no lo oíste?—exclamó ya sin fuerzas.

Gudmund permaneció unos momentos mirándola con ojos sombríos.

—Está bien; vamos á separarnos. En adelante no volveremos á encontrarnos.

Y diciendo esto, se apresuró á alejarse, y no tardó en desaparecer bajo los árboles.

VI



Apenas hubo perdido de vista á Gudmund, Helga bajó también á toda prisa de la montaña por otro camino. Pasó por el Pantano Alto sin detenerse, y llegó corriendo por la pendiente á la carretera. En la primera casa que encontró pidió prestados un caballo y un coche para ir á Elvokra. Dijo que iba en ello la vida, y prometió pagar el alquiler. Ya algunas personas, al volver de la iglesia, habían traído la noticia de la suspensión de la boda. Todo el mundo estaba emocionado y lleno de compasión; no se negaron, pues, á ayudar á Helga, puesto que parecía llevar un mensaje importante para los interesados.

En Elvokra, Hildur Eriksdotter estaba en la habitación en donde se había puesto por la mañana el traje de novia. Rodeábanla su madre y otras mujeres. Hildur no lloraba, pero guardaba un silencio no habituado; estaba tan pálida, que se temía verla ponerse mala de un momento á otro. Las mujeres hablaban de Gudmund sin interrupción. Todas le censuraban y se mostraban satisfechas de que Hildur se hubiera librado de semejante matrimonio. Algunas acusaban á Gudmund de pocos miramientos con los presuntos suegros, por no revelar desde luego el mal paso en que se había metido. Otras decían que el que esperaba una felicidad tan grande hubiera debido observar mejor conducta. Otras, por fin, felicitaban á Hildur por no haberse casado con un hombre que se emborrachaba, hasta el punto de no saber lo que se hacía.

En medio de toda esta charla, Hildur pareció impacientarse y se levantó para salir. Apenas estuvo fuera, cuando una joven, que era su mejor amiga, le murmuró:

—Abajo hay una persona que te espera.

—¿Es Gudmund?—preguntó Hildur, cuya mirada se animó de pronto.

—No; pero creo que tal vez venga de su parte. No quiere decir á nadie sino á ti el recado que trae.

Ahora bien; Hildur se habría repetido mil veces que tenía forzosamente que ocurrir algo que pusiera fin á tan triste situación. No admitía que pudiera ocurrirle una desgracia tan terrible. Necesitábase algún acontecimiento extraordinario que la permitiera volver á ponerse el velo y la corona, é hiciese que el cortejo se dirigiera á la iglesia y recobrase toda la ceremonia su marcha regular. Al saber que la llamaban, Hildur acudió apresuradamente á Helga, que la esperaba en el vestíbulo.

Hildur quedó sin duda un poco sorprendida al ver que Gudmund hubiese delegado á Helga, pero se dijo que en plena fiesta tal vez no hubiera podido hallar otro mensajero. La saludó, pues, amablemente.

La hizo un signo para que la siguiese á la lechería, al otro lado del patio, y dijo:

—No veo otro lugar en que podamos hablar en paz. La casa está todavía llena de gente.

En cuanto hubo entrado, Helga se acercó á Hildur, y, mirándola bien á la cara, dijo:

—Antes de decir nada, necesito saber si quiere usted á Gudmund.

Hildur tuvo un movimiento de protesta. Desagradábale mucho tener que cambiar una sola palabra con Helga, y no tenía ningún deseo de hacerla su confidente. Pero en el estado de ansiedad en que se encontraba hizo un esfuerzo para responder:

—Me choca la pregunta. ¿Crees tú que si no le amase hubiera querido casarme con él?

—Quería decir si le sigue usted amando.

Hildur quedó como petrificada y no pudo mentir bajo la escrutadora mirada de la otra.

—Creo no haberle querido nunca tanto como hoy—dijo, pero en voz tan baja, que se hubiera podido creer que las palabras le hacían daño al salir de su boca.

—Entonces venga usted en seguida—dijo Helga.—Tengo mi coche en la carretera. Vaya usted á buscar un abrigo é iremos juntas á Narlunda.

—¿Para qué?—preguntó Hildur.

—Para decir á Gudmund que quiere usted ser suya, haya hecho lo que sea, y que quiere usted esperarle fielmente mientras que esté en la cárcel.

—¿Para qué he de decir eso?

—Para que se arregle todo entre ustedes dos.

—Es imposible. No puedo casarme con un hombre que haya estado en la cárcel.

Helga retrocedió unos pasos como si hubiera tropezado con una pared. Pero recobró prontamente ánimos. Hubiera debido comprender que las personas ricas y consideradas como Hildur razonan así.

—No hubiera yo venido á pedir á usted que vaya á Narlunda, si no supiera que Gudmund es inocente—dijo.

Ahora fué Hildur la que dió un paso hacia Helga.

—¿Lo sabes realmente, ó es tan sólo una figuración tuya?

—Mejor es que vayamos al coche, y se lo contaré todo en el camino.

—No; es preciso que me expliques antes lo que quieres decir. Necesito saber lo que hago.

Helga estaba tan impaciente, que apenas podía estarse quieta; pero tuvo, sin embargo, que contar á Hildur de qué manera supo que no era él homicida.

—¿Y no se lo has dicho en seguida á Gudmund?

—No; á usted se lo digo. Nadie más lo sabe.

—¿Y por qué has venido á decírmelo á mí?

—Para que todo se arregle entre ustedes todos. Él sabrá pronto que no ha hecho ningún mal; pero quiero que vaya usted á su casa como espontáneamente, para que se arreglen las cosas.

—¿No debo decirle que sé que es inocente?

—Es preciso que vaya usted como por su propia voluntad, sin decir que yo he hablado. De otra suerte, no la perdonará nunca las palabras de esta mañana.

Hildur la escuchaba en silencio. Había allí algo que ella no había encontrado nunca hasta entonces en la vida, y hacía esfuerzos para explicárselo.

—¿Sabes tú que fuí yo la que hizo que te despidieran de Narlunda?

—Sé muy bien que no fué á mis amos á los que debí el ser despedida.

—Entonces, no comprendo que vengas hoy aquí á ayudarme.

—Acompáñeme sin hablar más, y todo se arreglará.

Pero Hildur miró á Helga sin salir de sus reflexiones.

—¿Será tal vez que Gudmund te quiere á ti?—se aventuró á decir.

Pero al oírlo se acabó la paciencia de Helga.

—¿Acaso podría ser yo una mujer para él?—dijo con arrebatado.—Bien sabe usted que soy la hija de un pobre jornalero, y que no es esto lo peor.

Las dos jóvenes salieron de la casa sin ser vistas, y llegaron al coche. Helga tomó las riendas y arreó al caballo. Iban de prisa y ambas guardaban silencio. Hildur no cesaba de mirar á Helga. Hubiérase dicho que la joven la asombraba más que todo.

Cuando estuvieron cerca de Narlunda, Helga entregó las riendas á Hildur diciendo:

—Ahora irá usted sola á hablar á Gudmund. Yo iré dentro

de un momento á contar la historia del cuchillo. Pero no dé usted á entender con una sola palabra que yo he ido á buscarla.

Gudmund estaba en la sala hablando con su madre. El padre, sentado á alguna distancia, fumaba su pipa. Veíase bien que, á su entender, todo iba perfectamente y que no tenía necesidad de intervenir.

—¿Qué diría usted, madre, si la propusiera á Helga por nuera?—dijo Gudmund.

La interpelada alzó la cabeza, y dijo con voz firme:

—Acogeré con gusto á la nuera que te plazca elegir, si sé que te quiere con el amor que una mujer debe tener á su marido.

Apenas se hubieron cambiado estas palabras, cuando vieron á Hildur Eriksdotter llegar al patio. Momentos después entraba en la habitación; pero casi estaba desconocida. No se adelantó con su aplomo habitual; parecía querer quedarse en la puerta como una pobre mendiga.

Fué, sin embargo, á estrechar la mano de los padres de Gudmund, y después dijo á éste:

—Quisiera decirte unas palabras.

Gudmund se levantó, y ambos entraron en la habitación de al lado. El ofreció una silla á Hildur, pero ella no quiso sentarse. Estaba roja de azoramiento, y las palabras salían torpes y tímidas.

—Yo estaba sin duda... Sí, tal vez fué un poco duro lo que te dije esta mañana...

—Nosotros llegamos un poco bruscamente—dijo Gudmund.

Ella se puso aún más encarnada de vergüenza.

—Hubiera debido reflexionar un poco. Hubiéramos podido... Mejor hubiese sido...

—Yo creo que todo ha sido lo mejor, Hildur. No vale la pena de hablar de ello. Pero es usted muy amable al haber venido.

Ella se tapó la cara con las manos y lanzó un suspiro que parecía á un sollozo, pero en seguida alzó la cabeza.

—No—dijo.—No puedo más. No quiero hacerte creer que soy más de lo que soy. Alguien ha venido á decirme que eras inocente, aconsejándome que viniera aquí cuanto antes para arreglarlo todo. No debía decir que conocía tu inocencia, porque entonces no harías gran caso de mi venida. Preferiría que se me hubiera ocurrido á mí tal idea; no la tuve, pero he estado pensando en ti todo el día y haciendo votos para que las cosas fuesen como antes. Y, de cualquiera manera que esto termine, necesito decirte que me alegro vivamente de tu inocencia.

—¿Quién fué á darte ese consejo?—preguntó Gudmund.

—No debería decirlo.

—Me choca que lo sepa ya alguien. Mi padre acaba de llegar de casa del comisario. Telegrafió á la ciudad, y le han contestado que está ya preso el verdadero asesino.

Al oír esto, Hildur sintió que flaqueaban sus piernas, y se dejó caer en la silla. Tuvo miedo ante la actitud tranquila y cortés de Gudmund, y empezó á advertir que no tenía ya su antiguo imperio sobre él.

—Comprendo que no puede usted olvidar mi conducta de esta mañana.

—Sí; no la guardo á usted ningún rencor—dijo él con el mismo tono tranquilo.—No hablemos más de ello.

La joven se estremeció, bajó los ojos y esperó.

—Tenemos que felicitarnos, Hildur—dijo él yendo á darle la mano—de que esto haya terminado así, porque hoy he adquirido la certeza de que amo á otra. Creo que la amaba desde hace mucho tiempo, pero no lo he sabido hasta hoy.

—¿A quién ama usted?—preguntó ella con voz sorda.

—No vale la pena de decirlo. No me casaré con ella, porque ella no me quiere, pero no me casaré con otra tampoco.

Hildur alzó la cabeza. Es difícil decir con exactitud lo que pasó por ella, pero comprendió claramente que ella, la hija del labrador rico, con toda su belleza y todos sus bienes, no era nada para Gudmund; pero tenía su orgullo, y no quiso se-

pararse de él sin hacerle ver que, además de esas cosas, tenía un valor personal.

—Deseo, Gudmund, que me digas si es Helga á la que quieres.

Gudmund no contestó.

—Porque si es á Helga, puedo decirte que también ella te quiere. Porque ella es la que vino á decirme lo que había de hacer para recobrar tu amor. Ella sabía que eras inocente, pero no te lo dijo porque quería decírmelo á mí antes.

Gudmund la miró fijamente.

—¿Y eso le parece la prueba de que me tiene un gran amor?

—Puedes estar seguro, Gudmund. Lo garantizo. Nadie en el mundo podrá amarte más que ella.

Dió unos pasos Gudmund por la habitación. Luego se dirigió á Hildur.

—¿Y por qué me dices tú todo eso?

—Porque no quería ser inferior á Helga en materia de generosidad.

—¡Ah, Hildur, Hildur!—exclamó él, poniéndola las manos en los hombros y presa de la más viva emoción.—No puedes imaginarte lo que te quiero en este momento. No puedes imaginarte lo feliz que me has hecho.

.....

 Helga estaba sentada á orilla de la carretera. Con la barbi-
 lla en la mano miraba al suelo. Trataba de imaginarse la felici-
 dad de Gudmund y de Hildur.

Mientras que estaba allí, acertó á pasar un criado de Nar-
 lunda, y se paró al verla.

—Has oído esa historia de Gudmund, Helga?

Asintió la joven con la cabeza.

—Felizmente, no era verdad. Ya han prendido al verdade-
 ro asesino.

Y el criado se fué, pero Helga siguió sentada á orilla de la
 carretera.

¿De manera que lo sabían ya en la casa?... Ya no necesitaba ir á contarlo.

Sintióse extrañamente abandonada después del ardor que le había animado durante el día. No había pensado en ella, preocupada solamente por la idea de reconciliar á los novios. Pero ahora vió todo lo sola que estaba. Era muy duro no ser nada para aquellos á quienes se ama. Ahora Gudmund no la necesitaba, y su hijo lo había hecho suyo la abuela. Apenas si la permitían mirarle.

Pensó que tenía que levantarse para ir á su cabaña. Pero se le aparecieron tan largas y penosas las cuestas, que no sabía si tendría fuerzas para subir las.

Acercábase un coche del lado de Narlunda. Helga vió sentados juntos á Hildur y Gudmund. Sin duda iban á Elvokra á llevar la noticia de su reconciliación. Y mañana se celebraría la boda.

Al ver á Helga pararon el caballo. Gudmund entregó las riendas á Hildur y se apeó. Hildur saludó con la cabeza á Helga y siguió.

Gudmund se quedó en la carretera ante Helga.

—Me alegro de que estés aquí, Helga—dijo.—Creía que iba á verme obligado á trepar hasta el Pantano Alto para encontrarte.

Dijo esto en tono brusco, casi duro, y, con ademán resuelto, la cogió por un brazo. Y Helga leyó en los ojos de él que ahora sabía á qué atenerse. Ahora ya no veía ella medio de escapársele.

SELMA LAGERLOF.

FIN

SALAMANCA

El Tormes y las ramerías.—La Celestina.—Lazarillo el de Tejares.—Don Diego de Torres Villarroel.—Los árcades.—Fr. Luis de León y visión de la Flecha.—Gabriel y Galán.—Aguas abajo: Garcilaso, Juan de la Encina.—Teresa.—La Escuela y los Colegios.—Las dos catedrales.—Las brujerías de D. Enrique de Villena.—Doña María la Brava.—Torres de Monterrey.—Conclusión.

Los que estudian las piedras en los libros, y no las piedras en las piedras, las de oro de Salamanca, encendidas y rojas, como el sol de las llanuras, les desalienta y aturde. Conocen el Romancero, y Zamora les da la sensación cabal. Saben de memoria el libro de Cervantes, y no conciben los sueños de Don Quijote más que en las llanuras de la Mancha.

Para desenterrar la vida de Isabel, visitan Talavera y Medina del Campo. Estudian el alma plácida del encendido Juan de la Cruz en Fontiveros, los paisajes teresianos en Avila y en Alba de Tormes, dan con las entrañas castellanas en Burgos. Como Castilla es tierra de hombres, quiero decir, de personalidades recias y fuertes, cada pueblo tiene su héroe—guerrero ó místico—que imprimió á su pueblo el marchamo de la personalidad. Salamanca no es un pueblo de un hombre, sino de muchos hombres; no de una generación, sino de muchas. Y Salamanca despista. Las impresiones de los ojos, cargados de lecturas y de crónicas, no saben encararse con las piedras; la sensación que les da Salamanca no es la sensación libresca; como el sol

ciega y las piedras se encienden en festival de luz, niegan su valor á Salamanca, que no es pueblo austero. Echó raíces en su ambiente la sencillez bizantina, la transición de lo románico á lo gótico, pero solamente florecieron con pujanza de vida, con entusiasta brío juvenil, las góticas magnificencias. La vida, el arte del Renacimiento, los primores platerescos de Salamanca comienzan para el espíritu español con la fundación de su Escuela; expansión de ella es toda la ciudad, que está saturada de su ambiente. Los muros de las calles llenos están de leyendas rojas, de vítores y novatadas universitarias; los conventos, henchidos de la vieja sombra de Daza, el amigo de Colón, de Fr. Luis, el cantor de la Flecha asentada en las plácidas llanuras del Tormes; el espíritu ciudadano de los rencores de los bandos que apaciguara San Juan de Sahagún, y de aquellos otros rencores mozos de las *naciones* estudiantiles, que en la Escuela comienzan y en la Escuela se apagan. Distintos elementos forman la vida de la ciudad é integran su encanto. Mil literaturas tienen en la noble ciudad leonesa su escenario favorito. A la entrada de Salamanca, junto al puente romano, flotando en el ambiente plácido de las tenerías, de las herrerías, de las posadas, surge la sombra del mancebo Calixto, de la dulce Melibea y de la cotorróna Celestina. Y allí mismo, bajo la peña famosa que bautizara la grey estudiantil con el nombre vulgar de la tragicomedia del bachiller Rojas y Montalbán, brota, graciosa, la tradición. ¿Sabéis por qué se llaman *rameras* á las mozas alegres y dádivosas? El Concejo salmantino echaba á tan despreocupada gentecilla de su recinto murado en los días austeros de la Semana de Pasión. El domingo de Ramos salían las mozas, acompañadas por los escolares procesionalmente, en barcas que hendían el Tormes, hacia el Matadero Viejo. Allí vivían las mozas, con su cohorte obligada de terceras y zurcidoras de voluntades, viejas proxenetas expertas y mocitos afeminados de voz de flauta, los días santos y la semana de Pascuas. Después, el lunes de Quasimodo—«lunes de Aguas» para toda la provincia, que la tradición cundió,

llevándola los escolares á sus pueblos—tornaban á la ciudad las mozas. Hoy mismo, se celebra la tradición con merendolas en mesones y ventas, junto al Tormes, consagrando la tarde, calurosa y limpia por lo común, á Venus y, más que á Venus, á Baco.

Y muy cerca del Puente Romano y de la Peña Celestina—destruyóse el torreón glorioso—Tejares, el puebluco vecino, arrabal de la ciudad, que también se contempla al espejo del claro río, henchido de quietud. Y el puebluco, sin embargo, es asiento de pícaros. Solamente en estas planicies abiertas al sol, abrazándose con la inmensidad del cielo, solamente en estos parajes donde no pasa nada y todas las cosas dejan su huella de eternidad, la mente es fecunda en sutilezas, escamoteos, aventuras y picardías. En el Tormes, por azares especiosos de la fantasía, nació el Lazarillo, «por la cual causa tomó el sobrenombre»; pero en Tejares vieron la luz sus padres, Tomás González, ladrón corriente y moliente, y su madre, Antonia Pérez, que lo pare, acaso, de retorno de alguna pillería por aceñas y mesones. Y Tejares es el principio del mundo para el pícaro inteligente y ducho en malas artes; Tejares es patria de hampones y de nómadas, de gente inquieta y trashumante. Del otro lado del puente se piensa y se rima, se ama y se parte á puñaladas el corazón de los bravos; del otro lado del puente, en Salamanca, los escolares de sopa boba, que comen las sobras á la puerta de los conventos entre regaños de un lego malhumorado; los segundones de casa solariega, que entretienen su hambre sutilizando, retorciendo silogismos, pariendo dilemas, cantando y poniendo en limpio las *liciones* de los maestros, pararán en Lázaros; en Tejares, quieto y manso lugarejo, el hijo de Tomás González y de Antonia Pérez, sin filosofías, azotado por la quietud y por la fantasía, pone desde luego en práctica lo que luego justificarán, entre rosarios de argucias, los letrados pobretones.

Y junto á Tejares, lugar de la picardía, el Zurguén. Acaso pensando en sus huertas escribió la donosa Condesa de Pardo

Bazán que «Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española». Al Zurguén van los poetas, que cantan el amanecer, pereciendo en el lecho hasta medio día; los árcades huecos, que huelen, no á romero, á tomillo ó á cantueso, sino á estufa y á cristales, á flores de trapo y á rosas deshojadas y mustias, de trapo también. Cantan el Zurguén los poetas artificiosos y vanos del siglo XVIII; D. Juan Meléndez Valdés, admirable en sus informes forenses, que fabrica, en los ratos de ocio, pastorcillos de cartón, en una calle donde suenan constantemente los martillos de los herreros, donde los artífices bordan y labran láminas de plata, donde reinan el barullo, la canción monótona, el prosaísmo y la ciudad; Iglesias de la Casa, preocupado en salir del callejón de sus achaques, luchando á puñadas con la vida ingrata, con un temperamento pobre, que no puede soportar el frescor del alba ni el *recencio* de la noche; Jovino, amanerado y trivial en temas campestres; Francisco Sánchez Barbero, hombre de recio temple, de gran saber de humanidades, ingenuo y descuidado versificador, que cree gustar del campo porque le gusta á Horacio... El que sabe gozar la quietud del paisaje, el que se llena de su mística armonía, mientras desconcierta á sus colegas á fuerza de paradojas, arbitrariedades y extraños embolismos, el muy humano, inquieto y zumbón doctor D. Diego de Torres Villarroel. Las gentes le creen un mago y un brujo, y él se ríe de las gentes. La plebe crédula y boba, el pueblo que oye de boca de los escolares toda suerte de fantasías y de hipérbolos, rodea á don Diego de una aureola de misterio, mientras D. Diego, amigo de desconcertar, de quemar troncos verdes de mollerías vacías, á fuerza de calor y de vida, pasea todas las tardes por las afueras de la ciudad dorada, antes de saborear el grato soconusco. Y no pierde nunca la mocedad de su brío ni el ímpetu de la energía contenida. Aumenta su vitalidad con los años «que le iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, discusiones y disparates».

Y del otro lado de Salamanca, en la ribera derecha del

Tormes, la Flecha. El paisaje es aquel donde dialogaban, en preñadísimos diálogos sobre los nombres de Cristo, Sabino, Marcelo y Juliano, en la quinta agustina. A lo lejos, se esfuman las torres de la ciudad, las catedrales, con su bosque de agujas, el cimborrio macizo de las Agustinas, la flecha pretenciosa de San Juan de Sahagún, los dos centinelas de la Clerecía. Corta la monotonía del llano, con sus tierras pardas, con sus surcos derechos que parecen curvos, la línea azul de la Sierra de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. El campanario de Aldearrubia, con sus casucas de adobes apretujadas; las motas blancas de las casas de los camineros; la silueta de algún gañán que canta una tonada larga á pulmón abierto para que impregne el aire y se la lleve aprisa, no son parte para distraer el espíritu de su unción religiosa. Solamente en aquel paraje, en tarde calurosa de Junio, en mañana fresca de Abril, oyendo el cantar de las aves no aprendido, oyendo las endechas aldeanas, bañándose en el río á la caída de la tarde, en que todos los ruidos de la ciudad se estrellan y agonizan, menos el tañido de alguna campanada grave que estremece la tierra, solamente allí puede olvidar el espíritu agitado las preocupaciones ciudadanas, el mundanal ruido y el fragor de los imperios que se hundieron; solamente en la Flecha, mientras el aire orea el huerto y menea los árboles con un manso ruido imperceptible para el profano, se olvida el aguión del oro, el peso del cetro imperial y se desea un plato de tosca loza de Alba en rural mesa de pino; solamente en la Flecha puede Fr. Luis calmar las violencias de su espíritu, hecho á las peleas del claustro, murmurador y cominero, que no le perdona su intuición artística, su elegancia horaciana y su amistad con Martínez de Cantalapiedra. Sigue la huerta, bien poblada de árboles, puestos sin orden ni concierto. Sigue la pequeña fuente, con su hilillo de agua fresca y cristalina. Sigue la alta y hermosa alameda. Sigue torciendo su curso el Tormes por aquella vega. Siguen los mozos sentados en la encina caída, cabe las aguas, gozando de la paz del campo y

E. M.—Julio 1911.

de la fresca sombra de los chopos amigos. Tornó á cantar aquella paz y aquel sosiego Gabriel y Galán. Sonó, serena y breve, la voz que pedía sementeras á los campos yermos y á los espíritus estériles. La musa del fraile agustino resucita, inconsciente, en el poeta labrador de las pardas onduladas cuevas, de los mares de enceradas mieses y de las castas soledades hondas. Roba el poeta el secreto al llano, á fuerza de arañar sus terrones, de removerlos y de solearlos. El campo, que es religioso, la llanura, que es templo para Gabriel y Galán, habla de eternidad y de vida. Pasan las ciudades, pasan los hombres, y queda la llanura fecunda, retoñando cada año y devolviendo con prodigalidad la simiente con que el hombre la nutre. Aquella ansia de perpetuación, de retoño, de paternidad copiosa y patriarcal, ¿no se la insinuó á Galán el campo, que le hizo poeta? Galán, que en viendo verde, como los pájaros y como su maestro, tiene que hablar ó cantar, renueva el gesto clásico en estos tiempos de olvido y farándula:

La vida era solemne;
 puro y sereno el pensamiento era;
 sosegado el sentir como las brisas;
 mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
 austeros los placeres,
 raigadas las creencias,
 sabroso el pan, reparador el sueño,
 fácil el bien y pura la conciencia.

Y el Tormes que nos recuerda sucesivamente el desenfado del bachiller, las andanzas de Lázaro, la bobería y artificio de los árcades, la zumba de D. Diego, el estro de Fr. Luis y la espontaneidad campesina de Gabriel y Galán, evoca, tierras abajo, los amores del cortesano Garcilaso, la frescura de Juan de la Encina y el empaque de Calderón de la Barca junto al castillo de los Duques de Alba. Allí también, á la sombra de la torre del homenaje del mismo castillo, flota el espíritu libre y simpático de Santa Teresa, la monja andariega y donairosa.

Mirad si habla al espíritu el «sacro río» que añorara Garcilaso en sus églogas elegantes y armoniosas, compuestas para ser recitadas calladamente al oído de alguna dama gentil.

*
* *

Recorramos una mañana temprano la ciudad á la hora en que el cimbaillo universitario despierta á los escolares. Vivimos, por ejemplo, en una calle típica, la de Libreros, junto al patio de Escuelas Menores. Y nos detenemos en el sugestivo patio. Poca gente. Chiquillos con el manualeté al brazo, que entran en el Instituto, cuya fachada coronan dos soberbios medallones. De oro mate son las piedras del patio. Una lápida de mármol, plebeya y fea, que recuerda una tragedia estudiantil reciente, rompe la armonía del tono. Los paredones llenos de trazos rojos. Enfrente, la fachada plateresca de la Escuela, recargada de adornos, elegante, detallista, labor mujeril, bordado en piedra roja y obediente. La fachada, que ocupa todo un lado del cuadro, vive aislada entre dos muros almenados. A la izquierda, la casa rectoral, de soberbio balconaje, suntuosa. El Hospital de Estudios, hoy Secretaría universitaria, sobrio y severo.

Entrad en la Escuela; el cimbaillo sigue trenzando sus notas alegres en el silencio de la mañana. Inscripciones latinas de viejos poetas; trazos contemporáneos, anecdóticos, de la edad presente. Penetrad en un aula. Todas las de la parte baja son iguales. Un púlpito fraileSCO al centro, unas estancias sombrías, oscuras, hechas para rumiar ideas ó para soñar pláticas de reja; los bancos rotos, con nombres de mujeres grabados á navaja; ventanales anchos, conventuales, hacia la calle, hacia el mundo. ¡Grato sosiego el de estas aulas! Veinte generaciones de mozos condensaron en este claustro sus ensueños. Si cantaran las sombras, sonaría un himno de mocedad que haría brincar de gozo á las piedras doradas. Y en el coro sagrado surgiría la voz de Fr. Luis, serena y armoniosa, cantan-

do las excelencias de la dama casta y limpia, enamorada de su marido, mirándose en sus hijos.

La cátedra de Fr. Luis de León, donde hoy los estudiantes de Salamanca celebran sus reuniones tumultuosas, es más grande que sus hermanas. Yérguese en el centro el púlpito del «de-cíamos ayer», frase que no pudo pronunciarse porque el maestro no tornó á explicar sus lecciones en la Escuela, después de sus querellas con el Santo Oficio. Constantemente el fraile reclama dineros al claustro, que se le adeudaban de los tiempos de su magisterio. Pero, ¿qué más da? Lo cierto es que Fr. Luis hubiera dicho la hermosa frase, llena de perdón, ante los escolares traviesos que ahondaron las divisiones del claustro para derribar al Agustino, que era hombre de fuertes pasiones, y quizás, poco cauto.

Pero la Universidad no es este patio, ni la espléndida escalera levantada en tiempo de los Reyes Católicos, ni la estu-penda biblioteca. En Salamanca, como en Bolonia, la Univer-sidad se extiende, se ramifica, desparrama su espíritu por la ciudad. La Escuela que en 1569 contaba, según Chacón, con diez cátedras de cánones, diez de leyes, siete de teología, siete de medicina, once de lógica y filosofía, una de astrolo-gía, otra de música, dos de hebreo y de caldeo, cuatro de grie-go y diez y siete de gramática y de retórica, no podía ence-rrarse en aquella angostura. Y comienzan, como en Oxford, los Colegios que viven hoy. Se levantan, primero, cuatro ma-yores: San Bartolomé ó el Viejo, el de Cuenca, el de Oviedo y el del Arzobispo. El Colegio Viejo copia los estatutos que para el Colegio de San Clemente, de Bolonia, estableciera su fun-dador el Cardenal Gil de Albornoz. Don Diego de Anaya, fundador del Colegio, instituye quince becas y dos cape-llanías.

Los colegiales serán de buena opinión y de sangre limpia. No han de ser de la ciudad ni de cinco leguas en contorno. Anaya nombra á su fundación heredera de sus bienes. De los claustros del Colegio que ahora mismo se alza gallardo frente

á la Catedral nueva, junto á la casa matriz, surgen el Tostado y San Juan de Sahagún. Luego, Cisneros copia aquellos estatutos para regir fundaciones análogas de Alcalá. Por aquel Colegio se desliza la vida de toda la ciudad. Benedicto XIII, Martín V y otros Pontífices cubren á los colegiales de privilegios. Tórnase el Colegio en señor de pueblos, en patrono de Iglesias. Pierde la humildad y la pobreza primitivas. Carlos V reforma el Colegio, extranjerizándole. Los colegiales tienen tan buen valimiento de fortuna al concluir sus estudios, que, luego, son en la vida cardenales, padres del Concilio de Trento, virreyes, grandes inquisidores, presidentes de consejo y de chancillería. El manto y la beca se codician con tesón por los nobles para sus mayorazgos. Las cátedras universitarias se cubren entre colegiales por concurso; de cinco vacantes, cuatro son para ellos y una para los colegiales menores ó de «manteo». Son rígidos en las etiquetas de corte; suscitan mil incidentes pintorescos, de los que están llenos los archivos universitarios. En la catedral, los canónigos no se atreven á desairar á los colegiales opositores. Carlos III intentó echar de los colegios gente ociosa; no le fué posible. Hoy, el rasero burocrático ha matado los internados, menos el de San Ambrosio, y los privilegios; pero no los excelentes efectos de tales instituciones que funcionan y que ya enviaban mozos al extranjero cuando el Estado no se acordaba de ello. Destrozaron las balas francesas los Colegios de Oviedo y de Cuenca. El del Arzobispo, habitado hoy por los nobles católicos de Irlanda, que se consagraron á la vida sacerdotal, merece detenida mención.

Goza del patio más bonito de la ciudad, y cuidado que Salamanca puede llamarse la ciudad de los patios. El de los Irlandeses es una muestra del arte plateresco, tan frecuente en Salamanca. Tan holgado y espacioso es, que en él caben unos cuantos millares de almas. Tiene dos cuerpos: los del primero dan un sabor clásico en la esbeltez de su medio punto; los del segundo, por fustes caprichosos, retroceden al arte de transición.

La portada que da al patio de Alonso de Covarrubias, aunque pertenece al Renacimiento, conserva huellas del greco-romano. La espaciosa capilla ojival—como el patio—es obra de Pedro de Ibarra, y el retablo de la capilla, del famoso Alonso de Berruguete, «quien—escribe el Sr. Villar y Macías,—según escritura otorgada en 3 de Noviembre de 1529, se obligó á hacerle en año y medio... y le fueron anticipados seiscientos ducados de oro».

Y los colegios se extienden por la ciudad, los mayores y los menores, convertidos ahora en cuarteles, en oficinas, en casas deshabitadas y tristes, y Salamanca recibe el alma de su Escuela, que hoy mismo, silenciosamente, incuba sueños de grandezas futuras en los estudiantes. Acaso torne de nuevo la edad de oro.

*
* *

¡Cuántas mañanas he pasado en la Catedral Vieja, saboreando el silencio, contemplando sepulcros de guerreros y princesas, en esa Catedral Vieja de Salamanca, de la que escribe el Baedeker: «avec des tombeaux et des tableaux insignifiants.»

¿Insignificante aquel silencio que tan mansamente susurra la historia pretérita? ¿Insignificante aquella paz, semillero de inquietudes?

Se fundó en el siglo ix. Los repobladores de Salamanca, Raimundo y Urraca, pusieron la primera piedra de la vieja iglesia, que es fortaleza y templo, castillo y altar, como la ruda religiosidad primitiva, como el alma nacional que nos legaron los visigodos. Treinta obreros comienzan á levantar la fábrica un lunes Santo. Alfonso el Emperador los declara exentos de pecho y tributo. Confirman el privilegio, según va levantándose la fábrica, otros Monarcas.

¡Y qué iglesia! Fuera, la torre del Gallo, pirámide de torreonos, perfectamente oriental, que nos da la sensación de tierras lejanas llenas de luz. En el Patio, lleno de cadenas, so-

bresale el brazo de un crucero, se descubren tres ábsides románicos; luego, en el interior, fresco y sedante, entre la doble serie de columnas que avanza hasta el crucero, se respira quietud. Hay ricos capiteles románicos en el sagrado recinto. Sobre los capiteles, ménsulas. Las ventanas, de arcos semicirculares.

Hay epitafios en los sepulcros, epitafios sabrosos, que vamos delectando con sosiego, queriendo llenar los nombres del contenido. Junto al retablo, á la diestra del presbiterio, está el enterramiento de D.^a Mafalda, hija del rey D. Alfonso VIII de Castilla... «que finó por casar en Salamanca, año de 1204». ¡Que finó por casar! Princesita lejana, que vivió para el amor y que llevó á la tumba su secreto, ¿no dice su epitafio mucho más que el relato menudo del cronicón farragoso?

¿Y la sombra de D. Jerónimo, el amigo del Cid? ¿Tampoco le inspira una página al Baedeker? Este D. Jerónimo, monje benedictino, oriundo de las tierras mimosas del Perigueux que, al decir del poema del mío Cid, era recio en manejar la espada y en domeñar el caballo, está enterrado en la vieja Catedral. El poema glorioso nos ha cantado las andanzas del obispo salmantino, guerrero y monje, amigo de Rodrigo Díaz de Vivar. D. Jerónimo ruega á su amigo que le permita pelear con moros, y Rodrigo quiere hacer del monje arzobispo de Valencia:

En tierras de Valencia fer quiero obispado,
 E dar-gelo á este buen christiano.
 Vos quando ydes á Castiella levaderes buenos mandados,
 Plogo á Alvar Fáñez de lo que dixo don Rodrigo;
 A este don Yherónimo y al otorgar por obispo,
 Diéron-le en Valencia ó bien puede estar rico,
 ¡Dios que alegre era todo christianismo
 Que en tierras de Valencia sennor avie obispo!

El viejo poema rudo nos recuerda, varias veces, al obispo salmantino. En medio de la llanura le contemplamos más tarde á caballo, recibiendo á las hijas del Cid:

El obispo don Yherónimo adelant se entraua
Y dejaba el cauallo pora la capiella adelinuaua.

Y hay un pasaje en que el obispo, después de decir misa, y de bendecir sus huestes, y de absolver á los pecadores, pide al Cid entrar en el combate, á la cabeza.

Pido-nos un don: é seam presentada
Las feridas primeras que las aya yo atorgadas.

¡Atorgarle las feridas primeras!

De esta recia estirpe espiritual son los varones que encierran los sepulcros de la Catedral Vieja.

Estas piedras nos hablan de las turbulencias de la Edad Media, del gracioso balbuceo del romance, de la formación lenta, segura, del espíritu leonés. Las piedras se levantan con sosiego; años y años dura la construcción de la fábrica. Desde 1102, en que empiezan las obras, la infanta D.^a Urraca y D. Ramón de Borgoña, su marido, colman de beneficios y legados, materiales y espirituales á la basílica; imítanles monarcas y pontífices. La Catedral nos habla de Alfonso VI y de Sancho IV. Y de D.^a Berenguela y D.^a Constanza, princesas castellanas, protectoras del culto.

Pero llega un momento en que el templo parece mezquino, estrecho, pequeño, para la piedad y la oración. Y construye la Catedral Nueva, opulenta, clara, elegante, rica, de fachadas suntuosas, de cúpula airosa y sencilla, amplia, risueña, amiga de la vida y de la pompa. Las dos catedrales juntas, tapando la novel á la hermana mayor, dan una sensación distinta. No he de descubrirlas menudamente; no hace falta. Acuda el erudito á sus libros, que yo vierto sólo mis recuerdos. No son estas páginas para turistas.

Se dijera que no es el mismo Dios el que se venera en ambas catedrales. La Catedral Vieja, silenciosa siempre, limpia de adornos y artificios, austera, con su claustro lleno de sarcófagos y sepulcros, remota, severa, llena el espíritu de unción y puebla la mente de recuerdos. La Catedral Nueva, mundana,

con el órgano que llora las tristezas de David, haciendo crujir la bóveda de espanto, cuando suenan las trompetas y los canónigos sostienen perezosamente la canturia lenta, hablan de multitudes llenas de fervor. La Catedral Vieja es dogma y la nueva liturgia; aquélla entraña y ésta vestidura. Espléndidas las dos, nos hace pensar si la Reforma no penetró con cautela en el dormido espíritu religioso de nuestra raza, heredando del paganismo su inconsciencia y su luz.

*
* *

Don Diego Pérez de Mesa, catedrático de la Universidad de Alcalá, que moceó en Salamanca en 1560, escribía, condensando sus recuerdos: «De la Universidad finge el mundo la cueva, que no sé por qué es llamada de Cledesín, en donde entraban debajo de tierra siete estudiantes á estudiar por siete años, aprendiendo el arte mágica de una cabeza de alambres, y al cabo de ellos, se quedaba uno allá adentro, sin tornar á verse más» (1). Y añadía Pérez de Mesa: «Estudiando yo en Salamanca, procuré averiguar la verdad, y hallé que el maestro Francés, gran filósofo y catedrático antiguo de Salamanca, estaba en opinión de que la invención de esta fábula fué de la manera siguiente: un cetre de la iglesia de San Ciprián sabía mucho de las artes mágicas vedadas y prohibidas: enseñábalas á algunos estudiantes, y entre ellos, á un hijo del Marqués de Villena, y porque no le hallaran en aquella lectura y pasantía, metióse con los discípulos á enseñarles en una cueva, ó concavidad grande, que había detrás del altar mayor de dicha iglesia; logró sacar á algunos discípulos bien diestros, y entre ellos al referido D. Enrique de Villena.» ¿Recordáis la famosa cueva de los brujos, las burlas de D. Enrique, la preocupación de la ciudad encarándose con el misterio? En 1322

(1) *Dorado*: Compendio histórico de la ciudad de Salamanca.— *Villar y Macías*: Historia de Salamanca, tomo I, pág. 522.

acaecen estas burlas y travesuras. Se habla en Salamanca de geomancia, de hidromancia, de piromancia, de aeromancia, de necromancia, de astrología judiciaria. El cetre de la iglesia de San Ciprián—iglesia que estaba junto á la Plazuela de Carvajal, unida con la iglesia de San Pablo—era harto diestro en engañar escolares, en ofrecerles, mediante dineros, la suerte de quebrar sin riesgos la honestidad de las doncellas, de asegurarles montones de oro para disiparlos en francachelas, de regalarles polvos milagrosos para sonrosar el cutis, aguas para remozar el cuerpo, fortificar el brazo, gozar de garbo y de apostura. El cetre ó sacristán tuvo siete discípulos, entre ellos D. Enrique de Villena. Dejemos la relación al profesor don Juan de Dios, que informa al curiosote Padre Feijóo de los incidentes de la famosa cueva: «Los siete primeros discípulos que tuvo el tal maestro—escribe D. Juan de Dios (1)—propusieron qué estipendio se le daría, y acordaron determinada cantidad, y echaron suerte entre los siete á cuál había de tocar pagar por todos, pactando primero, que al que tocase pagar, si no pagaba pronto, había de quedar detenido en un tránsito ó aposentillo que había en la misma sacristía, hasta que sus amigos se lo prestasen ó se lo enviasen de su tierra, y que habiendo otros siete discípulos, los nuevos hubiesen de hacer lo mismo, y creciendo el número siempre para la paga, se procediese por el número septenario. Sucedió que unos podían pagar luego y otros no, y así solían estar detenidos ó presos tres ó cuatro juntos. Duró esto hasta tres curias, en una de las cuales vino un hijo del Marqués de Villena; y como en el sorteo, los compañeros le barajasen la suerte, pagó una vez por todos. Pero haciendo con él la misma trampa segunda vez, quiso ser de los detenidos; pero fué para hacer una pesada burla al maestro, sin ser bastante á estorbarla cuantas artes sabía, y desde entonces cesaron dichos estudios en la cueva ó sacristía.»

El Marqués de Villena se hace invisible. Desaparece, se eva-

(1) Obras escogidas del Padre Feijóo, edición de Rivadeneyra.

pora; su destino excita el miedo, el terror, la fantasía juvenil de sus compañeros. En la cárcel de los tramposos, donde su triste destino le condujera, cuenta un viejo manuscrito que había una tinaja; en la tapadera trastos, achiperres y cachivaches de la sacristía. En la tinaja se metió D. Enrique, á la sazón en que su criado, acompañado por el cetre, le llevaba luz y cena. Al no verle los dos, quedaron mudos de sorpresa. Nadie más bobo que el engañador profesional, nadie más crédulo que el embustero recalcitrante. Encima de la mesa del aposentillo, extraños libros de artes mágicas. Criado y cetre salieron de la estancia, dejándola abierta. El mozo D. Enrique de Villena, salió de la tinaja, y presumiendo que la gente dormitaba ya, subió á la sacristía. Entró en la iglesia, y adviertiendo que un altar del Santo Cristo tenía cortinas, metióse detrás, hasta que á la mañana siguiente el monago abrió la puerta de la iglesia.

La aventura creó todo un fárrago de libros sobre la magia salmantina. Ercilla, hablando de Salamanca, escribe:

... Salamanca que se muestra
Felice en todas ciencias, do solía
Enseñarse también nigromancia.

Ora en una comedia de Ruiz de Alarcón, ora en un sainete de Cervantes, ora en una pieza de Rojas y Zorrilla, se alude dasembozadamente á los brujos y magos de la ciudad del Tormes. Hartzenbusch resucita la tradición clásica con *La Redoma Encantada*.

*
* *

Las agitaciones del reinado de Don Sancho, las minorías de Don Fernando IV y de Don Alfonso XI, llenan de rencores las ciudades leonesas. No puede sustraerse al ambiente tumultuoso Salamanca, ni otros pueblos cercanos, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Zamora, luchan con tesón, ya por la preponderancia de los blancos, ya de los negros. Los Estúñigas, los Solís, los

Monroyes, viven en continua pelea. Y de la historia de los bandos no hablaríamos, si ellos no hubieran servido para probar el temple de ánimo de la dama salmantina, Doña María la Brava, famosa en la historia y en la leyenda famosa.

Un cronista local, D. Alfonso de Maldonado, contemporáneo de Doña María la Brava, testigo tal vez de los sucesos, nos cuenta, sencilla y vigorosamente, el épico relato. Cuenta Maldonado que Doña María de Monroy casó con el caballero de la ciudad, Enrique Enríquez de Sevilla, señor de Villalba. Murió el marido; quedó la viuda harto moza y hermosa, solicitada por los galanteadores y enamorados, con dos hijos y una hija. Los varones, Luis y Pedro, trabaron amistad con dos mozalbetes, Simón y Alonso Manzano. Porfiaron los amigos y sobrevino una refriega. Se echó mano á las espadas; los Manzanos y sus domésticos hirieron mortalmente á los Monroyes, añadiendo al crimen la cobardía. Muerto Luis, los Manzanos decidieron, para ocultar su mala desgracia, rematar al pequeño. Huyeron los Manzanos, después de la perfidia, á tierras portuguesas. Conocido el crimen por toda la ciudad, fueron llevados los hijos muertos á la madre. «Doña Maria—dice el cronista—les ponía los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningun acto mujeril; mas estaba con el corazon tan fuerte, que ningun varon romano se le igualara; asaz se parecia en su gesto la ferocidad de su ánimo, y todos tomaban espanto de vella con tanto sosiego. Los parientes de los mancebos muertos le dijeron que los enterrasen; Doña Maria respondió: que ellos hiciesen dellos lo que quisieran; y en siendo noche, Doña María cabalgó, y se fué á Villalba.»

Se fué á Villalba Doña María la Brava, con veinte caballeros, á fin de sorprender á los Manzanos. Y recomienda á sus deudos que no sean traidores. Y en el camino, de noche, después de una larga y fatigosa caminata, arenga á los suyos Doña Maria. Dice que su corazón se nutre de odios y de rencores; que vive para la venganza; que hasta que no la sacie no tendrán luz sus días, ni reposo sus noches, ni manjares su

cuerpo, ni su lengua palabras. La arenga es fiera y recia. «En gran manera espantados los suyos—dice al llegar á este punto el cronista—le respondieron, que los Manzanos estarían ya en alguna fuerza de Portugal, adonde por entonces no podían ser habidos; Doña María respondió no haber cosa más fuerte que el corazón del hombre, y queste, queriendo, todo era suyo, y que ella quería dejar su hábito allí y usar el oficio de buen capitán; que en los peligros les prometía ser la primera; y diciendo esto, se fué á Portugal, y envió sus espías á saber dellos.»

La jornada es trágica. Doña María camina con los suyos por veredas desconocidas, aposentando en mesones plebeyos, en ventas donde discurre gente soez y mal nacida.

Un mes dura la investigación dolorosa. Al fin se topa á los Manzanos. Los veinte escuderos llevaban vigores y hachas para derribar portones. Llega Doña María á la posada de los matadores de sus hijos, ansiosa de sangre. Caen las puertas de la venta al suelo; diez escuderos protegen á Doña María en las piezas de la venta, dentro, y otros diez custodian las salidas. Los Manzanos pelean; llaman en su auxilio á los portugueses; arrecia la pelea. Llegan tarde las ayudas, y Doña María tiene las cabezas de sus rivales en la mano izquierda. Sin perder tiempo, al galopar de los caballos, torna á Salamanca, «fuése á apearse derecha á la iglesia donde estaban sus hijos enterrados, y puso las cabezas que traía sobre las sepulturas de sus hijos, y de ahí se vino á su casa».

Y concluye la relación del cronista: «Gran espanto puso este hecho en toda la tierra.»

En la Plaza de los Bandos hay una casona solariega, triste, negra: la de Doña María. Ella inicia una calleja estrecha y silenciosa. De noche, diríase que se siente el galopar de los caballos al retorno de la venganza de Villalba.

*
* *

Id á contemplar de noche las Torres de Monterrey. Tal vez regresáis del campo. El oro de las piedras se ha tornado mate. Anochece. Sobre el fondo de silencio de la ciudad se oye, á lo lejos, vocear de chiquillos en las plazas solitarias; luego, alguna guitarra escolar; después, un pianillo; finalmente, limpiando el aire de aquellas profanas estridencias, el tañido grave de una dulce campana de monjitas: *¡Ave María!* Por las calles de la ciudad, escolares. En alguna reja luminosa asoma una muchacha, que también espera, con anhelante esperanza, el final de un curso. Es Salamanca á la caída de la tarde, cuando el sol se ha hundido, dejando huellas de luz en el llano, encendiendo sus piedras, dorando las mieses de sus campos. *¡Las mieses!*

De eternidad nos habla la ciudad al recogerse, de mieses del espíritu; á cantar nos enseña las horas de mocedad que lloraremos luego.

Y entramos en Salamanca, por el campo de San Francisco, casi siempre. El cimborrio de las Agustinas pone una nota de inquietud en el ambiente plácido: misterio, esperanza, muerte; no lo sé. Acaso, al abocar la plazoleta, suena la esquila del convento. Y pensamos en las monjitas, en su vida quieta, en los deliquios y en las pláticas con el Esposo Amado; en la vida monótona, tranquila, limpia, de aquellas tapias. Pero, enfrente, se alzan románticas y soñadoras las torres de Monterrey.

Hablan de ensueño aquellas dos torres gallardas de la fachada, aquella graciosa sencillez de los muros. Solamente al remate, sirviéndoles de cimera, se alzan las galerías con sus arcos rasgados, con sus columnas de primorosos capiteles. Aquel encaje de atletas, dragmas, quimeras, desafía la limpieza del cielo, y dice que también la inquietud es noble, que bien vale el afán del vivir diario cuando unos ojos puros nos alumbran el sendero.

¡Torres de Monterrey! Se dijera que un juglar invisible dice endechas á la beldad de una dama; que detrás de los muros discurren pajes y bufones dialogando con sutiles razona-

res florentinos. Falta en aquella plazuela una mandolina, la queja llorona de un violín, la blasfemia de una guitarra que hace crujir sus cuerdas de celos; falta la princesa encantada.

En aquella hora, ante aquel silencio, las torres de Monterrey hacen resbalar por el espíritu toda la poesía, todo el encanto de la ciudad plateresca, sostenida por manos veladas de magas que no olvidaron que la ciudad era de mozos que estudian y, sobre todo, que sueñan.

Pero Salamanca, lentamente, por incuria, por dejadez, va encerrando sus recuerdos, haciéndose avara de ellos, ignorando acaso que los tiene.

Pocas ciudades más sugestivas y más nobles. Da la esencia de la raza, la piedad unida á la fantasía, la austeridad al verso, la sobriedad á la locura. Orgullosa de su tesoro, no quiere mostrarlo á plena luz. ¿Por qué? ¿Hay, por ventura, algunas piedras más evocadoras que las que escondieron las tercerías de Celestina, las malas andanzas de Lázaro, los encantamientos de Enrique de Villena, los sueños de noche estrellada de Fr. Luis de León, las boberías de los árcades y el canto aldeano de Gabriel y Galán?

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

PERIÓDICO DE LA BIBLIOTECA
ATENEÓ BARCELONÉS

Suspensión de garantías personales.—D. Pedro Antonio de Alarcón.
El Duque de Génova.

El 3 de Octubre (1) se presentó á las Cortes un proyecto de ley sobre suspensión de las garantías constitucionales, en vista del estado de rebelión en que se hallaba el Principado de Cataluña, al grito de ¡viva la república!, dando lugar á escenas sangrientas, que causaron la natural alarma en el país. *Ipsa facto* vino la suspensión mencionada.

Los diputados republicanos esperaban que el Gobierno tomase esta medida, y arremetieron contra él briosamente, arrojando la culpa, como en los sucesos de Jerez, de que ya hemos hablado, al desacierto de las autoridades.

Algo de esto ocurrió, pero no puede negarse que no hubo motivo para cometer ciertos actos, ni para quitar la vida al secretario del Gobierno civil de Tarragona (2), que hacía las veces de gobernador, por estar ausente el propietario. Veamos cómo refiere el hecho el mismo Estanislao Figueras, quien procuró atenuarle todo lo que pudo, con su fácil y correcta palabra:

«Así que llegó, ó poco antes de llegar el General D. Blas

(1) 1869.

(2) D. Raimundo Reyes García.

Pierrad, estaba la estación llena de gente, y tenían enhiesta la bandera los toneleros (1). Llegó el secretario del Gobierno civil, y les ordenó que quitaran el lema de la bandera. El lema de esta bandera estaba impreso ó escrito con letras de papel dorado sobre un *calicot* (2) colorado, que había estado expuesto mil veces á la acción del sol, y las letras estaban pegadas con goma. Sin embargo de que esto era ilegal y atentatorio á los derechos individuales, los toneleros despegaron con agua el papel dorado en que estaban impresas aquellas letras, y las quitaron; pero como el *calicot* se había descolorido, y como la goma había dado fuerza y mayor consistencia á los tejidos, resultó que, quitadas las letras impresas ó escritas con papel dorado, quedaba más fuerte el color del lienzo que las letras cubrían, y el lema estaba tan claro como antes. (*Risas.*)

«A poco de esto, llegó el general D. Blas Pierrad, entró en el coche que le tenían preparado, y al llegar á la mitad del camino de la ciudad bajó el desgraciado secretario del Gobierno civil de Tarragona, y fué á arrancar la bandera mencionada al que la llevaba en la mano en el pescante del coche: el que la llevaba la retiró; el secretario se empeñó en cogerla, y marchando el coche, fué cuando lo cogieron, sin que pudiera verle el General Pierrad, que estaba en el fondo del coche, y sin que oyera lo que pasaba. (*Risas.*) Los señores diputados saben que, desgraciadamente, el señor General Pierrad es sordo. (*Murmillos.*) Si se niega la sordera del General Pierrad es inútil que digamos nada. (*Risas.*) Puede ser que el General Pierrad se haya hecho el sordo toda su vida; pero en ese caso, no le alabo el gusto. Hirieron al secretario y lo mataron, sin que estuviera el grupo de republicanos federales que se había formado, no viéndolo el General Pierrad; porque si él hubiera

(1) Pierrad venía de Tortosa, adonde había ido para tomar parte en una sesión del pacto federal. La tonelería era una industria importante de Tarragona: llevaban una bandera con el lema de «¡Viva la república federal!»

(2) Percalina ordinaria.

visto lo que sucedía, de seguro que todos los que conocen sus nobles sentimientos no le harán la injusticia de creer que hubiera podido ser cómplice de aquel inicuo é infame asesinato.»

Los ministeriales negaban que el secretario dicho hubiera intentado arrancar la bandera republicana; pero aun como Figueras contaba el hecho, no tiene disculpa. El Gobierno necesitaba medios enérgicos de represión en aquellas circunstancias, cuando Cataluña estaba alzada en armas, y las Cortes votaron su proyecto de suspensión de garantías individuales. A Pierrad se le procesó por haberse ausentado del punto donde residía sin permiso del Capitan general, corriendo la misma suerte otro diputado republicano, D. Gonzalo Sarraclara, á quien se prendió en una de las barricadas que se habían levantado en Barcelona durante aquella insurrección.

Además figuraban sublevados, según comunicación del Presidente del Consejo de Ministros á la Cámara (1), los diputados siguientes: Joarizti, Alsina, Paul y Angulo, Suñer, Noguero, Blanc, Alvarez Acevedo, Ferrer y Garcés, Llorens, Castejón (D. Ramón y D. Pedro), Benavent, Fantoni, Cabello y Carrasco.

El 14 de Octubre las Cortes declararon que condenaban la conducta de dichos diputados, concediendo autorización á los jueces y Tribunales para que pudieran proceder contra aquellos individuos de la Cámara que apareciesen complicados en el delito de rebelión.

Desde los primeros momentos de ésta, la situación de los diputados republicanos dentro de la Cámara era muy violenta, pues no podían aplaudir ni censurar el movimiento revolucionario; así es que aprovecharon la suspensión de garantías personales para abandonar el Congreso, en són de protesta, según decían ellos; pero cuando vieron que Prim no se había achicado por esta determinación, realizando la represión del alzamiento, con próspera fortuna y en breve espacio de tiem-

(1) 9 de Octubre de 1869.

po, decidieron volver á la Asamblea, presentándose inopinadamente el 27 de Noviembre.

Al verles Prim, les dirigió la siguiente salutación:

«No pensaba ciertamente tener el gusto de ver tan pronto á la minoría federal en este sitio. En un día de dolor para mí, de dolor para mis compañeros de Gabinete y de dolor para todos los señores diputados de la mayoría, os retirasteis de este sitio para ir á tomar las armas. Nos hemos batido, os hemos vencido; no guardamos rencor: seáis bien venidos al camino legal.»

Esta entereza de ánimo recordaba al Duque de Valencia y la suspensión de garantías personales también.

*
*
*

Dió mucho juego (1) un proyecto de ley para que se abonase á los militares las pagas que dejaron de percibir durante su emigración. Principió combatiéndole Méndez de Vigo, quien, sin oponerse á la esencia de la proposición, pidió que se diera á conocer el importe á que ascendían dichos haberes, á fin de no votar á ciegas cantidades que no se conocían. Abrigaba Méndez de Vigo el temor de que se repitiera el caso de 1854, pues en una provincia donde se habían sublevado diez y seis militares, luego solicitaron recompensa por aquel acto ciento cincuenta y cuatro individuos.

Prim contestó que se nombraría una Comisión para que formara los expedientes oportunos, y que el importe de las pagas en cuestión no era una cantidad exorbitante.

El Marqués de Sardoal se puso al lado de Méndez de Vigo, y pidió que en el proyecto se hiciera constar los nombres de las personas que merecían la recompensa.

Alvarez Bugallal (2) atacó el proyecto en su esencia, y ma-

(1) 28 de Octubre de 1869.

(2) Antiguo *unionista*, disidente á la sazón.

manifestó que en éste se establecía el principio de que la nación estaba obligada á sostener dos ejércitos, uno rebelde y otro leal, uno que la atacaba y otro que la defendía.

Madoz dijo que esta recompensa se había otorgado otras veces, como sucedió en los años de 1841 y 1843, pues él recordaba que varios oficiales, amigos suyos, cobraron las pagas que habían dejado de percibir en la emigración.

Habiendo sido aludido Alarcón (3) durante el debate, se creyó en la obligación de dar explicaciones de su consecuencia política, y dijo:

«Nosotros somos muy consecuentes, Sr. Bugallal; yo, al menos, lo he sido toda mi vida, desde que era demócrata y escribía en *El látigo*, hasta hoy. Cuando yo era demócrata, á los veinte años de edad, y con la fogosidad propia de ese tiempo, ya señalaba al país que el cáncer que le devoraba era la dinastía. Me alegro tener ocasión de hacer esta declaración, que hace diez y seis años pudre dentro de mi corazón. Yo en el año 1854, á los veinte de edad, hablé contra la dinastía de los Borbones; sucedieron cosas, es cierto, que no quiero referir, pero de las que toda la responsabilidad fué de los que con más energía me aconsejaron. Pasaron los años; adquirí experiencia de los hombres y conocimiento de mi país; vi levantarse al ilustre general O'Donnell, con el pensamiento de hacer compatible el trono con la libertad; acerquéme á él en los momentos más legítimos, más solemnes en que un hombre puede acercarse á otro, cuando, ceñido con el laurel de la victoria en Africa, levantaba el nombre español á la altura de las épicas edades. Entonces me acerqué á ese General ilustre, y me acerqué para estar á su lado, como estuve cinco años, apoyándole con mi pluma y mis simpatías, sin tener puestos oficiales y sin conseguir otra condecoración que aquella con que me honró en el campo de batalla de Tetuán. Así, espontáneamente, estuve al lado del general O'Donnell, mientras el general O'Donnell

(3) D. Pedro Antonio.

creyó que era posible hacer compatible la dinastía con la libertad; pero el día en que comprendió que aquello era imposible, seguimos defendiendo la libertad contra los atropellos del Ministerio Narváez, en aquella célebre protesta que nos trajo á todos el destierro.»

Conviene advertir al lector que el autor de *El sombrero de tres picos* era un liberal á lo Posada Herrera.

El proyecto de la recompensa á los militares emigrados quería Prim que se aprobara como se había presentado, y se aprobó por 87 votos contra 14, entre los que figuraban Sardoal, Sánchez Ruano, Cruz Ochoa, Navarro Rodrigo, Moret, Elduayen, Alvarez Bugallal y Cánovas del Castillo.

*
* *

Se dijo por entonces que, decidido Prim á abordar la cuestión magna y grave para el Gobierno de designar la persona que había de ocupar el Trono, el Presidente del Consejo había reunido una noche á la mayoría en sesión secreta, planteando desde luego el problema; y se dijo también que en aquella reunión quedó designada la candidatura del Duque de Génova (1) por 128 votos contra 52, que eran los unionistas, declarados partidarios del Duque de Montpensier. Lo positivo es que el ministro de Estado (Silvela), el de Hacienda (Ardanaz) y el de Marina (Topete), presentaron la dimisión de sus carteras, y fueron sustituidos, respectivamente, por Martos, Figuerola y Prim, que conservó también la de Guerra y la Presidencia.

Explicó Prim la crisis, haciendo creer que había sido para formar un Ministerio homogéneo por consejo de los mismos *unionistas*; pero esto no satisfizo á nadie, tanto más, cuanto que Topete se clareó el día 8 de Diciembre, al dar las razones por que había salido del Gobierno, manifestando que él continuaba al lado de la situación.

(1) Tomás Alberto Víctor, nacido en 16 de Febrero de 1854: era sobrino de Víctor Manuel, rey de Italia.

«Siempre he creído que todos nosotros estamos aquí comprometidos á aceptar lo que determinase la mayoría de esta Cámara. Hasta ese momento puede tener cada diputado convicciones propias; desde ese instante, desde que vosotros digáis: *éste va á ser vuestro rey*, ya concluyeron todas las aspiraciones, todos los deseos individuales; desde aquel momento, aquel será mi rey y lo defenderé; yo os lo prometo en mi nombre y en el de la Marina.»

No olvide el lector que Topete ya se había declarado abiertamente en la Asamblea partidario *enragé* del Sr. Duque de Montpensier.

Y, para remachar el clavo, dijo Prim el día 10, contestando á D. Fernando Garrido: «Yo no he oído á nadie que diga con cuántos batallones se contará para proclamar al rey, sino cuántos votos tiene hoy el Duque de Génova; y por cierto que no le faltan votos; que tiene muchos, y que antes de poco tendrá tantos, que habrá los bastantes para hacerle rey. Ya sé yo que el Sr. Garrido, lo mismo que el Sr. Castelar, no creen esto que estoy diciendo; pues créanlo SS. SS., porque se lo digo de una manera muy seria: antes de poco, tendrán SS. SS. el disgusto, y la mayoría y yo la satisfacción, de que se presente esa cuestión oficialmente, y de ver aquí coronado rey al Duque de Génova.»

Estas declaraciones confirmaron los rumores de que hemos dado cuenta, y ponían de manifiesto las discrepancias que, en cuestión tan importante, existían entre los diputados que apoyaban al Ministerio. Del Duque de la Torre no hablemos; ese estaba *preso en una jaula de oro*, como decía Castelar.

Ya nos habíamos convencido todos de que el Duque de Génova, se iba á sentar en el trono un día próximo, cuando el 4 de Enero (mal principio de año), al abrirse la sesión, y después de leída el acta de la anterior, anunció Rivero que el Ministerio estaba en crisis, por lo cual creía oportuno proponer á las Cortes, que éstas suspendieran sus sesiones hasta tanto que se constituyese el nuevo Gobierno. Así se acordó, y el día 11 se

presentó éste formado del modo siguiente: Gobernación, Rivero (1); Marina, Topete; Estado, Sagasta; Gracia y Justicia, Montero Ríos; Fomento, Echegaray; Hacienda, Figuerola, y Ultramar, Becerra. Prim quedó con el Ministerio de la Guerra y la Presidencia. Ahora bien; ¿cuál fué la causa de la crisis? Figueras nos lo dijo el mismo día 11: el gran fracaso de la candidatura del Duque de Génova. Y de que fué fracaso no hay duda: el mismo Prim, contestando al diputado republicano que calificó de ligereza la declaración de que el Duque de Génova sería rey de España, dijo:

«No hubo tal ligereza, á pesar de los resultados que tocamos; porque con los datos que poseía y los antecedentes que tenía, estaba más que autorizado para hacer aquella declaración; y añadido á S. S. que, á no haberse atravesado un inconveniente invencible é inesperado, imposible de prever, *como es el de una madre cariñosa que teme por la existencia de su hijo*, en cuyo caso no hay argumentos que basten para convencerla de lo contrario, la declaración que yo hice se hubiera realizado, y el Duque de Génova se hubiera proclamado Rey de España por las Cortes Constituyentes.»

Al andar del tiempo parecerá extraño que el General Prim quisiera coronar la Revolución colocando en el trono de España un niño extranjero, de diez y seis años no cumplidos, desconocido completamente para el país que iba á ponerse bajo su Gobierno; pero el hecho es positivamente cierto, y ante las afirmaciones de Prim no cabe duda alguna de que así sucedió. Castelar había también manifestado días antes que tenía la seguridad de que la madre del Duque de Génova no permitiría, en cuanto de ella dependiera, que su hijo se sentara en el trono de España.

Este fracaso hizo renacer las esperanzas de los montpensieristas; por eso entró otra vez Topete en el Ministerio.

(1) Le sustituyó en la Presidencia del Congreso D. Manuel Ruiz Zorrilla, el 17 de Enero de 1870.

Las alhajas de la Corona.—Los estudiantes.—Castelar contra el Duque de Montpensier.

Durante la discusión del proyecto de ley sobre *desvinculación y venta de los bienes del patrimonio que fué de la Corona*, el señor Ramos Calderón preguntó (1) qué había de verdad en lo que se dijo á principios de la Revolución acerca de las alhajas que se habían llevado D.^a Isabel II y su madre D.^a María Cristina en tiempos anteriores.

Figuerola contestó que *las alhajas de la Corona habían sido robadas, y robadas de la manera más escandalosa, porque podía decirse que había sido un robo doméstico*. Hizo la historia de la vinculación de las alhajas de la Corona, desde Felipe II hasta la muerte de Fernando VII, con idea de demostrar su afirmación de que existían alhajas en Palacio y que tanto Doña Cristina como su hija Isabel, las habían hecho desaparecer, reconociendo el orador la circunstancia de que el *rey intruso*, según inventario que se inserta en el *Diario de las Sesiones*, se llevó alhajas por valor de 22 millones de reales.

Don Víctor Balaguer presentó en el mismo día una proposición incidental para que las Cortes declarasen que habían oído con satisfacción las manifestaciones dadas por Figuerola respecto á los Borbones.

Tutau y García López, diputados republicanos, hablaron en contra, censurando al Gobierno por no haber presentado ante los tribunales á los delincuentes, tan luego como habían tenido conocimiento de los hechos denunciados por el ministro de Hacienda.

La íntima relación que había entre la familia de los Borbones y la de los Orleans, á la que pertenecía el Duque de Montpensier, cuya candidatura al trono patrocinaban muchos individuos de la mayoría, hizo que la cuestión entrase en un sen-

(1) 1.º de Diciembre de 1869.

dero escabroso; así es que Prim, para no crear más dificultades al Gobierno, pidió á la mayoría que desechase la proposición de Balaguer, y, en efecto, fué desechada aquella misma tarde.

Pero al día siguiente, D. Cruz Ochoa, comprendiendo el partido que se podía sacar del asunto, á fin de desunir á la mayoría, presentó otra proposición para que las Cortes decretaran que, en atención á la gravedad de los hechos denunciados por el ministro de Hacienda, sobre robo de alhajas de la Corona, se nombrase una Comisión que abriese una información parlamentaria con el objeto de averiguar la verdad de lo referido, y se impusiese la responsabilidad correspondiente á quien la tuviera.

Pasada la proposición á la Comisión respectiva, ésta emitió dictamen favorable, que se presentó á las Cortes en 13 de Diciembre, consumiendo el primer turno en contra del Sr. Elduayen.

Inventarios, escrituras, cartas, documentos de todo género presentó Elduayen en su defensa, encaminados á probar el exiguo número de alhajas que constituían el vínculo de la Corona desde Felipe II hasta la muerte de Fernando VII, la desaparición de las joyas en tiempo del *rey intruso*, y el perfecto derecho que D.^a Isabel de Borbón y su hermana la Duquesa de Montpensier tenían á poseer las que habían heredado del peculio particular de su padre, según escritura otorgada en 29 de Enero de 1858 por los abogados D. José Cassaus, D. Santiago de Tejada y D. Manuel Cortina, en representación, respectivamente, de la Reina Isabel, de su hermana la Infanta y de la Reina madre D.^a María Cristina.

Esta señora había recibido de su esposo un caudal de alhajas por valor de 58.155.800 reales (cuyo pormenor consta en la sesión de 13 de Diciembre), y en la fecha indicada de 29 de Enero de 1858 las repartió entre sus dos hijas D.^a Isabel y doña Luisa Fernanda, entregando á cada una 29.077.900 reales, que forman en total la cantidad dicha de 58.155.800 reales (1).

(1) Según las palabras de Cánovas (15 de Diciembre de 1869), las joyas

Alvarez Bugallal estudió la cuestión jurídicamente, en favor de la ex-reina Isabel, y Cánovas apeló á todos los recursos de su ilustración y de su talento, tratando de llevar á la Cámara el convencimiento de que D.^a Isabel II y su hermana la Duquesa de Montpensier habían sido poseedoras de buena fe.

«No hay, pues, robo ninguno—decía,—no hay aquí delito; no le hay, sobre todo, clara y evidentemente, por parte de dos de las personas directas ó indirectamente acusadas; no lo hay, á mi juicio, por parte de ninguna de las acusadas, absolutamente ninguna. Lo que cabría aquí, en la participación de bienes de la testamentaria de D. Fernando VII, ó en lo que toca á las alhajas incluídas, ó no, entre los bienes reservables de D.^a María Cristina, sería una acción civil que ejercitar, si hay algún fundamento, que yo creo que no le hay.»

El asunto, más jurídico que político, merecía un estudio desapasionado, al que podrían servir de base los interesantes y curiosísimos datos que se manifestaron en esta discusión. Nos hemos concretado á dar cuenta del hecho como cronistas, renunciando á examinarlo detenidamente, porque esto nos apartaría de nuestro propósito.

Ríos y Rosas se levantó á decir que él y sus amigos se abstendrían de votar, y Topete manifestó que votaría en favor, á fin de que se hiciese luz en el asunto, y en la firme creencia de que las acusadas podrían probar su inocencia.

El dictamen de la Comisión pidiendo que se formara una para esclarecer el asunto de la desaparición de las alhajas de la Corona, fué aprobado por 130 votos, incluyendo á los republicanos, contra cinco.

*
*
*

En sesión de 20 de Enero de 1870 interpeló D. Gabriel Rodríguez al ministro de Fomento (1) sobre ciertos alborotos,

fueron reclamadas por D.^a Isabel á su madre, acto que induce á sospechar cierta tibieza de relaciones entre una y otra.

(1) Echegaray.

promovidos en la vía pública por los estudiantes de la Universidad, contra un Reglamento publicado por el Rector, D. Fernando de Castro. Los estudiantes habíamos gritado de lo lindo en las calles de Madrid, especialmente delante de la casa del Rector, en la calle de Leganitos, y de la de Echegaray, en la del Barquillo, si no recordamos mal, esquina á la de Gravina, manteniendo la población en un estado de alarma, parecido al que causamos durante los días 9 y 10 de Abril de 1865, de que hemos hecho mención en *Las Cortes de Isabel II*.

El Reglamento dividía los alumnos de cada asignatura en tres clases: matriculados inscriptos, simplemente matriculados y oyentes. Los primeros *tenían derecho* á ocupar en el aula un asiento con número fijo, formando parte la lista, y debiendo contestar á las preguntas y lecciones cuando el profesor lo estimase oportuno. Los alumnos inscriptos se entendía que renunciaban á los *derechos* enunciados anteriormente, cuando no asistían continuamente á clase ó se excusaban varias veces de tomar parte en las conferencias, es decir, cuando no se sabían la lección. Estos eran los puntos capitales de la protesta, porque los demás artículos no tenían nada de particular.

Los estudiantes considerábamos atentatorio á la libertad de enseñanza el *soi disant* derecho de que nos pasaran lista, pues comprendíamos que los que no hubiesen querido figurar en ella, iban á sufrir en el mes de Junio las consecuencias.

Este procedimiento lo había seguido, *á la tática*, en los años anteriores, D. Alfredo Adolfo Camús, catedrático de Literatura Griega y Latina: durante los primeros meses del curso se aseguraba de quiénes eran los asistentes asiduos para preguntarles la lección con la frecuencia que el desarrollo de las conferencias permitía, dejando á los otros *entregados á su consciencia*. «Vosotros tenéis—decía—ocho meses para reiros de mí: yo, en cambio, tengo un solo día en el mes de Junio para ser un *Júpiter justisiero*.»

Como antecedente curioso, merece consignarse lo que nos ocurrió con el catedrático D. Vicente Lafuente, famoso por

sus ideas clericales, y á quien apreciábamos todos, aun los que simpatizábamos con la Revolución. Como Lafuente pasase lista diaria, y pusiera faltas de asistencia, se acercaron al profesor unos cuantos, en son de respetuosa protesta, diciéndole que, declarada la *libertad de enseñanza*, no debía obligarnos á asistir á clase; pero contestó que por lo mismo que se había proclamado la Libertad de enseñanza, *él enseñaba como le parecía bien*. Con lo que nos dejó corridos.

El propósito de obligarnos indirectamente á asistir á clase era bueno, archibueno y *non plus ultra* bueno; pero las circunstancias y el estado de ánimo de los estudiantes no ofrecían ocasión favorable á su implantación.

Echegaray defendió el Reglamento con verdadero entusiasmo, llegando hasta decir que lo hacía suyo: le gustaba porque era un acto vital de la Universidad.

Disculpó á los estudiantes, manifestando: «Esta agitación no debe alarmar á nadie; es el aprendizaje de la libertad de enseñanza. La libertad no se aprende en un día; la libertad no se establece inmediatamente después de conquistada. Es necesario que se encarne en el pueblo, que se infiltre en las costumbres, que se comprenda y se practique.»

El diputado D. Pedro Mata (1) quiso dar á entender, y era voz corriente, que los promovedores del tumulto habían sido estudiantes de la Facultad de Derecho. No es cierto. «Jurisprudencia y Medicina están siempre unidas—decía un alumno del Colegio de San Carlos;—y en cuestión de alborotos no hay más que una voz, una lengua, una garganta.»

La distinción de alumnos *oficiales* y *libres* ha resuelto, en lo moderno, aquel conflicto que preocupaba á D. Vicente Lafuente y á D. Fernando de Castro.

*
* *

El 24 de Enero (2) se puso á discusión una proposición de

(1) Catedrático de la Facultad de Medicina.

(2) 1870.

Castelar declarando inhabilitados á todos los individuos de la familia Borbón para ejercer la alta dignidad que al Jefe del Estado concedía la Constitución.

Castelar sabía de antemano que su proyecto no podía prosperar; pero quiso aprovechar la ocasión para promover un debate esencialmente político y poner á prueba la paciencia de los ministeriales antimontpensieristas, que forzosamente habían de votar en contra. Hizo un discurso, como todos los suyos, modelo de oratoria parlamentaria, encaminado á inutilizar en la opinión pública la candidatura del Duque de Montpensier, fustigando de camino al Ministerio con ingeniosas frases.

Vayan de muestra algunos párrafos:

«El iniciador de la Revolución, Sr. Topete, nos ha dicho mil veces, con esa franqueza que le es propia, y que tanto realza su carácter, que él no había pensado ni un momento, cuando abrazó la bandera revolucionaria, en destronar á los Borbones.»

.....

«El Duque de Orleans tenía medios para haber ascendido al trono vacante por la caída de Luis XVI; tenía montañeses y girondinos, tenía clubs, tenía ejército para luchar en los campos de batalla. ¿Cómo no subió? ¿Por qué no subió? Porque una noche célebre, la Convención votó la muerte de Luis XVI. Aún resonaban en el aire aquellas palabras del defensor del Rey: *Busco jueces y sólo encuentro acusadores*. Iban subiendo á la tribuna de la Convención los convencionales, y cada uno votó en público, y votaban en alta voz su decisión suprema sobre el Rey.

»De pronto todas las miradas se fijan absortas en un hombre. Aquel hombre era un Borbón (1), y aquel hombre subía las gradas de la tribuna para erguirse y decir: *Voto la muerte del tirano y la muerte inmediata*. Entonces, los concurrentes que habían aplaudido á otros votantes de la muerte inmediata,

(1) El famoso Felipe Igualdad.

estallaron en una indignación sublime, lo cual ahogó aquel voto con uno de esos espontáneos arranques, en los cuales palpita siempre la conciencia, y que nos reconcilian con el género humano hasta en las épocas más tempestuosas del mundo.

»Aún no ha perdonado ese voto la humanidad; aún no lo ha perdonado la Francia; no lo perdonará la conciencia de los futuros siglos; y no será jamás redimido ni purgado en los eternos infiernos que para todos esos crímenes de lesa humanidad guarda en su seno la Historia.

»¿Y qué hay aquí, señores diputados? El sentimiento de familia es más vivo en España que en Francia. Nosotros tenemos una familia más efusiva, más afectiva, más amante: la casa de los abuelos, es la casa de los nietos; los hermanos de nuestros padres, son segundos padres para nosotros; esta es una gran virtud de la raza española.

»Pues bien; aquí nadie puede comprender, nadie puede explicarse cómo un Príncipe que debía ser en sentimiento superior á los demás hombres, va, después de aquella hospitalidad, de aquellos honores, de aquellas distinciones, de aquellas grandezas concedidas por la Reina Isabel, á conspirar contra la Reina su pariente, que había convertido en paraíso su destierro. Los españoles, y sobre todo los liberales, no se explican cómo de aquellas dos tiernas niñas, las cuales dormían en una misma cuna durante la guerra civil, adoctrinadas por el gran Quintana y protegidas por el gran Argüelles, cómo de aquellas dos niñas, por cuyos derechos combatieron en Luchana y Morella, la una ha ahogado, quiero decir, ha destronado á la otra.»

.....

«Yo recuerdo todavía que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, en la primera sesión que aquí celebramos, se levantó, y hablando de la restauración de los Borbones, dijo: *Jamás, jamás, jamás*. Yo me preguntaba: ¿cómo es que S. S., de ordinario tan sobrio y conciso, usó tres veces el adverbio *jamás*? Pues yo me contestaba: el primer *jamás* fué para la dinastía

de D. Carlos; el segundo *jamás* fué para la dinastía de Doña Isabel II; el tercer *jamás* fué para la dinastía del Duque de Montpensier» (1).

.....

«Yo creo que el mismo Sr. Topete, así como sacrificó el Duque de Montpensier á D. Fernando de Portugal y al Duque de Aosta (2), sacrificará ahora el Duque de Montpensier á una solución aceptable.»

Echegaray le contestó con un discurso de esos que se llaman habilidosos, sin defender, ni censurar al Duque de Montpensier, porque no era santo de su devoción, y al mismo tiempo no quería disgustar á los partidarios de esta candidatura. Tuvo rasgos de humorismo que le valieron el aplauso de la Cámara.

«La Revolución representa—dijo—sobre todas las demás cosas, como principio supremo, el punto final de las dinastías de derecho divino y el comienzo de la soberanía (*nacional*). Bien puede decirse que cuando sonó el grito de Cádiz, que cuando Isabel de Borbón huyó de nuestra patria y atravesó las hondas gargantas de los Pirineos, si aquellas gargantas hubieran tenido voz, por ronca que hubiese sido, y hubieran tenido memoria, aunque ésta hubiese estado un poco oscurecida, habrían podido decir: «¡Ah, reina Isabel, último vástago de la raza de reyes de derecho divino, qué á menos han venido los tuyos! Yo recuerdo haber visto pasar también por entre mis abismos y mis gigantes de piedra, otros reyes de derecho divino. Yo recuerdo ha tiempo, ha mucho tiempo, uno que llamaban Carlo-Magno; era un hombre; tú, eres una pobre y triste mujer; él traía corona de hierro en su frente; tú traes sombrero á la francesa; él traía espada de dos filos; tú traes un pañuelo empapado en lágrimas; él traía sus Doce Pares de

(1) Prim negó aquel mismo día la interpretación que Castelar había dado á sus *jamases*.

(2) Nuevo candidato.

Francia, magníficos, gigantescos, épicos; tú no llevas ninguno..... ¡Ah! sí; llevas un par: Marfori y González Brabo. ¡Qué par, reina Isabel!» (*Aplausos y risas.*)

Declaró que el intento de la proposición presentada por Castelar, era el de dividir á los monárquicos, y que sería desechada por cuatro razones: 1.^a, porque era un procedimiento de estrategia parlamentaria; 2.^a, porque era una añagaza de la minoría; 3.^a, porque tendía á modificar el programa del Gobierno; y 4.^a, por su carácter eminentemente republicano. La proposición fué, pues, desechada por 151 votos contra 36; pero la candidatura del Duque de Montpensier quedó descontada ante la opinión pública.

Otra vez los Consumos.—La iglesia de las Calatravas.—Tentativa de Castelar para dividir la mayoría parlamentaria.—Desacato al General Prim.

La abolición del impuesto de Consumos que suministraba sus mejores y más seguros recursos á los pueblos, y la tenaz resistencia que en todas partes se demostró contra el llamado *impuesto personal*, sugirió al ministro de Hacienda la idea de dar una ley dejando en libertad á los Ayuntamientos para que impusiesen nuevas exacciones á sus administrados, mediante bases acordadas por la Cámara, ó que volviesen á los consumos, si no se les ocurría cosa mejor.

El impuesto de Consumos era odioso, más bien por la forma, que por su fondo, pues bien estudiado, resulta equitativo que cada cual abone su contribución sujetándose estrictamente á lo que consume; pero en aquel tiempo formaba parte del credo *progresista* la supresión de los Consumos, al tanto de que el Marqués de Albaida decía una vez, en la época de Isabel II: «Las revoluciones *progresistas* consisten en quemar las casillas de los Consumos, apalear á un polizone y cantar el himno de Riego.»

Figuerola, siendo ministro de Hacienda, propuso, como ya

se ha dicho, para sustituir á los Consumos, un tributo que llamó *impuesto personal*, dándole por base que se estableciera en razón directa de los inquilinatos, y en razón inversa de los individuos que compusiesen la familia de cada vecino. La Comisión de Presupuestos rechazó esas bases, y estableció que el repartimiento de la contribución personal se hiciese sobre las utilidades de cada vecino, y la llamó *impuesto de capitación*: ni una ni otra forma fueron del gusto de los contribuyentes, y hubo que renunciar á la cobranza de la exacción; pero como algunos de los individuos que formaban el Gobierno, y muchos de la mayoría parlamentaria, habían ofrecido en la oposición suprimir los Consumos, Figuerola, para sacar del compromiso al Ministerio, inventó el proyecto de ley de *arbitrios municipales*, á fin de sacudirse las pulgas, pues, una vez aprobado, podría decir, parodiando al personaje del drama de Zorrilla:

«Que luego los municipios
se las compongan con él.»

El ministro de la Gobernación, D. Nicolás María Rivero, que había sido durante más de un año Alcalde de Madrid, confesó que el estado del Ayuntamiento de la Corte era en extremo afflictivo, y que no se encontraba manera de cubrir las atenciones perentorias y constantes del Municipio. Esta situación que apareció imponente y abrumadora desde los primeros momentos de la Revolución, obligó á Rivero á contratar un empréstito con la casa Erlanger y Compañía, por valor de 19 millones de pesetas, que se gastaron en *cuchiflainas*, como decía un antiguo concejal, y si no fueron *cuchiflainas* en el sentido que familiarmente damos á esta palabra, bien puede decirse que aprovecharon poco ante la necesidad apremiante de salir de los gastos corrientes, sin mejorar servicios ni desarrollar obras públicas. Hoy está todavía pagando el pueblo de Madrid la rotura de aquellos vidrios.

El proyecto de arbitrios municipales quedó aprobado en 15 de Febrero de 1870, y el Gobierno durmió tan tranquilo

aquella noche, creyendo que había hecho algo beneficioso para los Ayuntamientos.

Lo que tiene gracia es que el Gobierno había quitado á éstos el recargo que cobraban en la contribución territorial y de subsidio industrial, dándoles en cambio el *impuesto de capitación* que él desechaba como incobrable; y para mayor escarnio, Rivero dijo que con el proyecto de *arbitrios municipales* se realizaba la descentralización económica de los Municipios, que constituía una de las aspiraciones de la Revolución.

El presupuesto municipal de Madrid era de 44 millones de reales: los Consumos daban una entrada de 22 á 24 millones y los recargos de las contribuciones de territorial y subsidio unos 12 millones; de modo que el Ayuntamiento se encontraba que las reformas hacían desaparecer su presupuesto de ingresos. Rivero se encontró únicamente 40.000 reales en las arcas municipales el día en que tomó posesión, y se debían de atrasar 7.500 duros (1). Por efecto de la crisis obrera, acentuada durante el invierno de 1868 á 1869, á consecuencia, naturalmente, del estado que al país había causado la Revolución, el Ayuntamiento se vió en la necesidad de dar ocupación á 19.300 jornaleros, que de otro modo hubieran sido una amenaza constante contra el orden público. Todo hay que tenerlo en cuenta.

* * *

Por un decreto del Gobierno provisional, dictado en los primeros meses de la Revolución, se declaró la supresión inmediata de todas las Comunidades religiosas establecidas desde 1837, excepto las de Hermanas de la Caridad y otras Asociaciones de beneficencia ó enseñanza, y el Gobernador de Madrid, Moreno Benítez, cumpliendo lo establecido por el citado decreto, dispuso que se trasladaran al convento de Comendadoras de Santiago las del llamado de las Calatravas, sito en la calle

(1) Rivero: 19 de Marzo de 1870.

de Alcalá; pero D. Manuel Silvela, en unión del General López Domínguez, de D. Cirilo Alvarez, D. José Luis Albareda y del Marqués de Sardoal, pidieron al Congreso que si se persistía en la traslación de la Comunidad de las Comendadoras de Calatrava, se conservase el templo abierto al culto, como recuerdo de un pasado glorioso, consagrando el resto del edificio á la enseñanza ó á otras atenciones del Estado.

La iglesia de las Calatravas era la predilecta de las damas elegantes de aquellos contornos y aun de barrios allende, y allí se daba cita, piadosamente, la aristocracia de la sangre y del dinero, para oír la misa de once ó de doce, acudiendo por aquellos alrededores el joven y el viejo, para ver entrar y salir de la iglesia á las mujeres de buen palmito, de finos modales, de airoso porte, que lucían las últimas prescripciones de la moda.

Silvela, en un buen discurso, pronunciado con aquella naturalidad y sencillez que era la nota característica de su oratoria, consiguió convencer á Moreno Benítez y á Figuerola, el ministro de Hacienda, que accedieron á lo de que quedase subsistente la iglesia. No había más que siete religiosas en el convento, y, por lo tanto, resultaba mucha casa para tan poco personal; así es que las religiosas fueron trasladadas al dicho convento de Comendadoras de Santiago, en la calle de Quiñones, por más que éstas eran agustinas y las otras cistercienses. No hubo más remedio; el edificio de la calle de Alcalá se derribó, y se construyeron en el solar unas casas de buen aspecto con tiendas que dan animación al paraje. La iglesia subsiste, gracias á la defensa que las señoras hicieron por voz de D. Manuel Silvela.

*
*
*

Como el Gobierno no resolvía la cuestión de la persona que había de ocupar el trono, y el país estaba ignorante de las gestiones que para el caso se estaban practicando, Castelar (1)

(1) 12 de Marzo de 1870.

hizo una interpelación al Ministerio, llamando la atención sobre todas las cuestiones que en aquellos momentos preocupaban á la opinión pública.

Con Prim estuvo despiadado. «Un orador ilustre de esta Cámara—decía—llamaba al General O'Donnell la unidad seguida de ceros; pues yo llamo al General Prim un cero capaz de ser sumado con todas las cantidades imaginables. Dentro, se entiende, porque yo no quiero que mi palabra vaya más allá de mi pensamiento, dentro, se entiende, de las combinaciones políticas que caben en el interior de esta Cámara, y, señores, le llamo cero, no por lo que el cero tiene de nulo, porque ya sé yo que el General Prim es muy inteligente, es muy poderoso, es muy fuerte y es muy hábil; le llamo cero, por lo que el cero tiene de indeterminado. Vamos á un ejemplo: imaginaos que el papel de las probabilidades de una monarquía se cotiza en nuestra Bolsa política, es decir, en el *salón de Conferencias*, á 9: pues poned resueltamente en su favor, es decir, poned á su derecha al General Prim, y ese papel se cotizará mañana á 90. Poned á su izquierda, en su contra, al General Prim, y mañana descenderá ese papel á la categoría de un número decimal.»

Hizo alusiones directas, intencionadas á Madoz, á Topete, á Martos, á Ríos y Rosas, á Posada Herrera, á López de Ayala y á todos los ministros en particular; pero ninguno se dejó caer en el anzuelo.

«El Sr. Martos es mi amigo—dijo para hacerle hablar,—pero nunca tiene la dignación de hacerme confidencias políticas; yo conozco, yo adivino sus ideas por su actitud misteriosa. Esta Asamblea, en realidad, parece una Asamblea de sombras. Aquí nadie habla. Aquí no hay más que dos cosas francas, señores diputados: mi palabra y la cara del Sr. Topete. (Risas y aplausos.)

»El Sr. Martos se encuentra disgustado, profundamente disgustado con esta situación. El dijo aquí en cierta sesión célebre, con una sinceridad perfecta, que no podía salir el Go-

bierno de tan grandes y extraordinarios obstáculos como le rodean si no daba un cuarto de conversión á la izquierda. El Gobierno se ha empeñado en ir dando cuartos de conversión á la derecha. Y el Sr. Martos lo ve esto con gran disgusto, con gran dolor. ¿Por qué no habla? ¿Por qué? ¿Por qué no despliega su bandera? Hará este jefe lo mismo que los demás jefes: se cerrará en su silencio. Hará este grupo lo mismo que los demás grupos: se envolverá en el misterio. ¿Queréis la clave de tan extraño enigma? Yo os la daré. Callan todos porque todos esperan algo del General Prim para sus respectivas soluciones.»

Delineó primorosamente la situación de Rivero, el demócrata de toda su vida.

«¿Qué era el Sr. Rivero desde el 29 de Setiembre al 12 de Noviembre? Todo. Él mandó que las Juntas se disolvieran, y se disolvieron las Juntas; él mandó que las Juntas reconocieran el Gobierno provisional, y las Juntas reconocieron el Gobierno provisional. Cuando estaba en comunidad de ideas con su antiguo partido, lo fué todo. ¿Qué fué el Sr. Rivero después que firmó el manifiesto de conciliación? Nada, absolutamente nada. Yo creo que la ascensión del Sr. Rivero á esa silla (*señalando la Presidencia*), aunque fué la más alta investidura legal que pudieron darle los partidos conservadores, no representa otra cosa que una mera honra, desde la cual, desde cuyas alturas S. S. estaba asistiendo, como Carlos V en Yuste, según la tradición ó la leyenda, á sus propios funerales.»

Prim le contestó que su propósito había sido dividir á la mayoría, sin conseguirlo; Rivero pronunció cuatro párrafos, y no habiendo más señores que hubieran pedido la palabra, se pasó á otro asunto.

Los ministeriales dijeron que aquello había sido un fracaso de Castelar; pero sus principales cargos quedaron sin contestación.

*
* *

El día 13 de Marzo de 1870 recibió el General Prim la primera prueba de que había perdido su popularidad, porque habiéndose encontrado casualmente, yendo él á caballo por las afueras de la Puerta de Alcalá, con una manifestación contra las quintas, fué silbado y apedreado, según él mismo lo refirió al día siguiente en el Congreso. Circularon del hecho varias versiones; pero la que más crédito nos merece es la del interesado. Oigamos al General Prim.

«El caso fué, señores diputados, que teniendo mi hijo el honor de pertenecer á los Voluntarios de la Libertad, como oficial de Estado Mayor y agregado al segundo batallón del Hospital, que manda el muy digno patriota Sr. Más, estuvieron ayer de maniobras. Yo salí á paseo con un ayudante, y me fuí á encontrar el batallón del Sr. Más para verle maniobrar y para recoger á mi hijo. No creía, ciertamente, que la manifestación política de los señores federales anduviese por allí.

»Vi un grupo, por cierto que en aquellos momentos les estaba perorando nuestro compañero y amigo el Sr. Sorní; pero yo, conociendo ya lo que es esa multitud, di un gran rodeo para llegar hasta donde estaba el batallón. Estuvo éste maniobrando bien: es un batallón muy lucido, y creí conveniente dirigirle la palabra, haciéndolo en un sentido que satisfizo á todos, porque les dije que era altamente satisfactorio para mí, como lo debía ser para todos los hombres liberales, ver que en aquella gran llanura había grupos donde se bailaba con todo regocijo, sin acordarse del mundo político para nada; que en otros grupos se veía la fraternal expansión y la alegría con que merendaban, mientras á su alrededor un gran grupo de federales hacía una manifestación política, y un batallón de la Milicia ciudadana estaba instruyéndose en el manejo del arma, en militares maniobras, por si un día la patria les necesitaba y les necesitaba la libertad. Les decía yo: Este es un magnífico espectáculo que debe regocijar el alma de todos los hombres liberales; que cada uno use de su derecho sin molestar el derecho del vecino, porque desde el momento en que usa de un de-

recho coartando el de los demás, el derecho no es derecho, es un abuso, es un atentado. Pues esto es lo que yo hubiera querido y lo que yo quisiera que los señores federales, que los señores diputados, que todos nuestros compañeros, les explicaran bien á esos hombres que, como he dicho, se les ha de enseñar como el *b a ba* á los muchachos, y como la doctrina cristiana, porque si no, son incapaces de comprenderlo.

Acababa de dirigir esas palabras al batallón de Voluntarios; todos, llenos de regocijo, vitorearon á la libertad, á los voluntarios y al General Prim. Yo, satisfecho también, me despedí de ellos y me retiré para volver á la Fuente Castellana; pero, ó fué casualidad de que había llegado la hora de disolverse el *meeting*, ó que algún buen intencionado les hizo saber que yo pasaba por allí; el caso fué que cuando estuve en frente de aquel tropel, acudieron á mí, me rodearon, empezaron con gritos desaforados, no con faltas de respeto, porque la verdad es que la mayor parte de aquellos hombres estaban con el sombrero ó la gorra en la mano, pero gritando como unos desaforados: ¡Abajo las quintas, fuera las quintas, no queremos quintas y no habrá quintas! Este grupo se componía, en su mayor parte, de muchachos y mujeres.

»En semejante situación fué creciendo aquella multitud hasta que me tuvieron completamente rodeado, así como á los ayudantes, á mi hijo y á dos ordenanzas, y ya casi en imposibilidad de moverse. Había algunos ciudadanos que hacían esfuerzos para que abrieran paso: acudió también mi amigo el Sr. Sorní, muy sofocado, pálido de pena de que tal cosa sucediese, y le repetí lo que le he dicho otras veces: ¿Qué quiere usted hacer con semejante gente, si no le tienen ningún respeto á usted mismo, que es uno de los jefes de su partido?

»Quise yo mismo dirigirles la palabra; hice la señal acostumbrada, para cuando uno quiere hacerse oír; me proponía explicarles de qué manera los ciudadanos deben usar de los derechos individuales, y cómo la cuestión de quintas pertenece por completo á las Cortes Constituyentes; pero no era posible,

por más que un corneta de órdenes que llevaba el batallón de Voluntarios que venía detrás] los tocaba á silencio; nada, como si tal cosa. No me fué posible, pues, restablecer allí el silencio; como no les fué posible tampoco hacerlo ni al Sr. Sorní, ni al Sr. García, director de *La Discusión*, que con la mejor voluntad se acercaron á mí, y algunos otros señores que habían acudido con el deseo de que aquello se apaciguara. Vi ya que no había medio de hacerme oír, piqué espuelas á mi caballo y, naturalmente, me abrí paso.

»Pero tuve el disgusto de ver que la gente me fuera siguiendo, siempre con las mismas voces que me tenían ya atronado, y esto duró hasta cerca del Ministerio de la Guerra. Mas no fué esto lo más grave, sino que al llegar al arco de la Puerta de Alcalá hubo un desdichado que me tiró una piedra. Al sentir yo la piedra revolví el caballo: esto bastó para que toda aquella turba se dispersara, y el que me tiró la piedra tuvo la fortuna de que no lo vi; que si le hubiera visto, no lo hubiera pasado bien, porque en aquellos momentos seguramente no hubiese podido ser dueño de mí mismo.»

Añadió que luego los agentes de policía le presentaron al individuo que había tirado la piedra, jurando éste, *por todos los santos del cielo*, que era inocente de lo que se le imputaba. El General ordenó que le dejasen en libertad.

D. Juan Pablo Soler y D. José Cristóbal Sorní hablaron después para quitar importancia al hecho, deseando hacer constar que los grupos que acorralaron al General Prim no eran de republicanos, sino de gente extraña á la manifestación, instigada por los antiguos polizontes de González Brabo.

Y con esto quedó terminado el incidente.

¡Radicales, á defenderse!—Ley de Orden público.—La dimisión de Becerra.—Don José Echegaray íntimo.

Había marejada política, sin que hayamos podido descubrir la causa interna que la motivase. Vamos, pues, á exponer los

hechos, y el lector, con su buen juicio, formará, como fiscal en la causa, las conclusiones que estime oportunas.

Las apremiantes necesidades de la Hacienda obligaron á Figuerola á presentar un proyecto de ley para hacer una operación de crédito sobre los bonos del Tesoro y los que existían en garantía en la Caja de Depósitos. La Comisión dictaminó favorablemente, y se puso á discusión el proyecto en 18 de Marzo de 1870, manifestando desde los primeros momentos uno de los señores de la Comisión, García Briz, que aquella cuestión no era económica, aunque lo parecía, sino que llevaba envuelta la idea de dar un voto de confianza al Gobierno, á fin de que éste fijase el tipo y la ocasión de negociar los bonos y de determinar las condiciones todas de la operación.

Hablaron en contra Tutau y Cánovas, el uno republicano y el otro desafecto á la República, por lo que sus censuras no alarmaron á nadie; pero se presentó una enmienda, firmada por D. Manuel Silvela, Santa Cruz, Ríos y Rosas, D. Augusto Ulloa, Posada Herrera, Vega Armijo y D. Fermín Lasala, caracterizados unionistas y amigos hasta entonces de la situación, y como la enmienda venía indirectamente á desnaturalizar el proyecto, de aquí que se consideró este acto como una división de la *Unión liberal*.

«No concibo—decía Prim (1),—lo declaro con la sinceridad del hombre honrado, la actitud en que se han colocado los señores de la *Unión liberal*; porque si bien mi distinguido amigo el Sr. Silvela ha revestido de bellas y elegantes formas la oposición, oposición y ruda es la que hace S. S., no sólo al señor Figuerola, ministro de Hacienda, sino al Gobierno todo. Y así como á los federales y á los carlistas, y al mismo Sr. Cánovas, no tengo que interrogarles acerca de lo que se proponen, porque ya lo sé, que es acabar, no sólo con el Gobierno, sino con la situación y realizar sus fines, á la *Unión liberal* tengo necesidad de preguntarla: ¿Qué queréis? ¿Qué os proponéis?

(1) 19 de Marzo de 1870.

¿A dónde vais? Vais, indudablemente, á acabar con el Gobierno que tengo la honra de presidir, puesto que sabe el Sr. Silvela, porque he tenido el honor de decírselo, que el Gobierno pensaba hacer cuestión de gabinete el triunfo ó la derrota de la enmienda de S. S.

«¿Qué sucedería si el Gobierno fuese derrotado en esta cuestión? A los señores que se sientan enfrente les importa poco; cuanta más descomposición haya en la Cámara, cuanto más se quebrante la situación y más desorden se produzca, mejor para ellos y mejor para los carlistas. Pero ¿la *Unión liberal* puede querer eso? ¡Si no puede ganar nada con ello, políticamente hablando! Pues entonces, ¿qué es lo que se proponen? Y es tanto más extraña la conducta observada en este asunto por la *Unión liberal*, cuanto que con esa conducta, con esa actitud, destruye su pensamiento capital, que es el coronamiento de la obra.»

Estas últimas palabras produjeron sensación en la Cámara, porque lo del *coronamiento* creyeron algunos que se refería al Duque de Montpensier, y Prim en esta cuestión no transigía.

Siguió exponiendo sus quejas contra los amigos de D. Manuel Silvela, y terminó su discurso diciendo: «Yo he rogado á los señores de la *Unión liberal* que tuvieran todo eso en cuenta; sin embargo, no he tenido la fortuna de que así fuera. Sus señorías presentan la batalla, y á mí no me queda que decir más que ¡radicales, á defenderse! ¡Los que me quieran, que me sigan!»

(*Estrepitosos aplausos en todos los lados de la Cámara. Momentos de gran agitación. Los unionistas se pusieron de pie, vociferando. El Ministro de Marina, con cara de mal humor, abandonó de mal talante el banco azul.*)

Resumen: la enmienda de Silvela no se tomó en consideración por 123 votos contra 117; es decir, que el Gobierno contaba con media docena de votos más que las oposiciones. Y gracias que en la votación del proyecto se retiraron muchos unionistas, y pudo obtener 129 contra 79. Ya era algo.

Topete hizo dimisión del Ministerio de Marina, y le reemplazó el General Beránger.

* * *

«Qué el orden público es la necesidad más imperiosa de los pueblos, como que sin él no se concibe la libertad, la garantía más segura de los derechos y de los intereses de toda sociedad, es una verdad evidente; reconocida por todos los publicistas, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan. Por doloroso que sea, la historia de todos los tiempos nos demuestra que todos los pueblos, aun los más libres, apelaron siempre, en circunstancias extraordinarias, al salvador principio de *salus populi suprema lex, etc.*; y si poderes arbitrarios y despóticos, abusando de la fuerza, han conculcado por sí solos todos los respetos debidos á la santidad de los derechos del hombre, y hollado las leyes, con ofensa de la justicia, no por eso es menos evidente que en momentos supremos es una necesidad velar la estatua de la Ley. Cuando la Nación, representada en Cortes, acuerda cubrir temporalmente con un velo la tabla de tan preciosas garantías, hay una seguridad completa de que la arbitrariedad no se erige en sistema, y de que la imperiosa ley de la necesidad exige ese sacrificio. Cuanto más libre es un pueblo, más severo debe ser el Gobierno con aquellos que abusan de su derecho, violando el de sus conciudadanos.»

Así se expresaba la Comisión correspondiente en el dictamen que dió referente al proyecto de ley de Orden público.

Y añadió Rivero en su defensa (1):

«Nadie puede poner ni un instante en tela de juicio que en las sociedades humanas tienen lugar perturbaciones, agitaciones, convulsiones, durante las cuales si el Poder conservara todas las limitaciones que la Constitución establece para garantizar estos derechos (*los llamados individuales*), y además hubie-

(1) 29 de Marzo de 1870.

ra de combatir la insurrección, la acción del Poder sería imposible, sería completamente estéril.»

Rivero tenía razón; pero como había defendido la teoría opuesta siendo revolucionario, Bugallal le contestó:

«Yo sostengo, señores, que los partidos que han estado hace mucho tiempo alejados del Poder, y que, por efecto de ese alejamiento, han profesado doctrinas en cierto modo anárquicas (1) de guerra abierta y constante contra el Poder público, al pasar por aquel banco (*el azul*), por esa región del Poder, que tanto enseña y que tanto educa, modifican algún tanto, modifican á veces mucho sus principios absolutos. Y esto es una cosa lógica, que impone á los hombres de capacidad que ejercen hoy el Poder la gravitación natural de su talento, la elocuencia paavorosa de las necesidades públicas, que demanda la conservación del orden público, el planteamiento de los principios conservadores, principios comunes á todos los Gobiernos, principios á los cuales vosotros (*señalando al sitio donde se sentaban Castelar y sus amigos*), el día que seáis Poder, apelaréis, si no queréis entregaros desde los primeros momentos á la demencia, que yo nunca consideraré sublime, del suicidio.»

La ley se aprobó sin tropiezos el 31 de Marzo de 1870.

*
* *

El 1.º de Abril se dió cuenta á las Cortes de que el ministro de Ultramar, D. Manuel Becerra, había presentado la dimisión del cargo, siendo nombrado para sustituirle D. Segismundo Moret y Prendergast, Subsecretario de Gobernación y segundo Vicepresidente de las Cortes.

¿A qué obedeció la dimisión de Becerra? A una cuestión personal que tuvo con Romero Robledo.

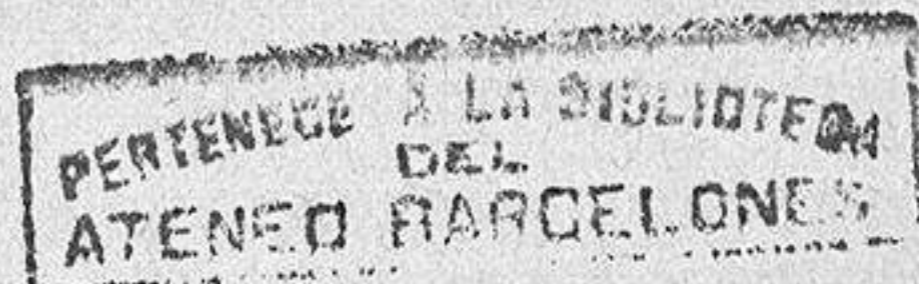
Cuando se estaba discutiendo el proyecto de Constitución de la isla de Puerto Rico, Romero, que era de los abiertamen-

(1) Esta palabra no tenía una acepción tan determinada como hoy.

mente contrarios al Gobierno, presentó una enmienda, que no fué tomada en consideración, pero que dió lugar á una accidentada discusión.

Contó Romero (1) que varios amigos se le habían acercado, diciéndole: «Prepárese usted, porque el ministro de Ultramar le va á dirigir á usted un ataque que lo va á destrozar.» Al saber esto el batallador diputado antequerano, se presentó en el Congreso, armado de todas armas, y dirigió un reto al ministro, que seguramente lo buscaba. Parece que había un documento, una carta particular, que sin saber cómo, había *surgido* sobre la mesa del citado ministro, en la cual carta resultaba comprometido el buen nombre de Romero Robledo, porque, según el contexto de ella, un empleado de la Habana le ofrecía dos mil pesos, á cambio de que le proporcionase una credencial de administrador de Aduanas de Cienfuegos ó de Cárdenas, ó contador de Cuba. Romero abordó la cuestión á pecho descubierto; leyó en el Parlamento la carta original, facilitada por Becerra, y consiguió desvanecer, con fundados razonamientos, la atmósfera que en derredor suyo se había condensado. La carta era indudablemente apócrifa; el ministro, por exceso de buena fe, quedó en una posición desairada, y tuvo que dimitir. A Romero Robledo se le restituyó en su fama de caballero, pero el concepto de la administración ultramarina quedó muy quebrantado.

*
* *



Preguntó un día (2) el Sr. Alvarez Bugallal si era cierto, como manifestaba un periódico, que el ministro de Fomento preparaba un decreto prohibiendo en las escuelas públicas la enseñanza de toda religión positiva.

«La pregunta que me ha dirigido el Sr. Alvarez Bugallal—contestó Echegaray—es grave. Yo no sé hasta qué punto tie-

(1) 29 de Marzo de 1870.

(2) 2 de Abril de 1870.

ne S. S. derecho para dirigirme esa pregunta. Sin embargo, yo pudiera contestar al Sr. Bugallal, y le contestaré de una manera concreta respecto á mis opiniones particulares; no contestaré respecto á hechos, porque los hechos no se han realizado. Mis opiniones son claras y concretas, mis opiniones particulares son radicales también; yo creo que, dada la solución que aquí se ha dado á la cuestión religiosa, llegará un día en que no podrá enseñarse en ningún establecimiento público docente, sostenido por el Estado, ninguna religión positiva. Pero sobre esto no hay todavía nada concreto, no hay ningún decreto formulado ni presentado al Consejo de Ministros.»

Acto seguido, Bugallal, Moreno Nieto, D. Francisco Silveira y Posada Herrera presentaron una proposición incidental, pidiendo á las Cortes que declarasen haber oído con sentimiento las palabras del ministro de Fomento sobre la enseñanza de la religión positiva. Tomada en consideración, Bugallal atacó duramente el criterio sustentado por Echegaray. Éste se defendió con valentía y con ingenuidad, diciendo:

«Yo no he de combatir la proposición apoyada por el señor Alvarez Bugallal; yo os la abandono completamente, yo os la entrego: resolved sobre ella lo que creáis en vuestra conciencia. Pero yo debo referirme á otro cargo que pudiera hacerse-me. ¿Cuál ha sido mi conducta desde que tengo la honra de ocupar este puesto? ¿He sido causa de cisma? ¿He provocado algún conflicto? ¿He traído al Gabinete alguna resolución que produzca alguna tempestad política? No. Yo he estado aquí tranquilo, silencioso, encerrado en mi tienda; demasiado tranquilo, demasiado silencioso, para lo que mis aspiraciones, mis ideas, mis deseos y mi amor extremado á la libertad absoluta me aconsejan. Yo me he reducido á la nulidad, y sólo á resolver las cuestiones administrativas.»

.....

«Y protestando por última vez de que por ninguna práctica parlamentaria, de que en ningún Parlamento del mundo se puede exigir á un ministro que diga qué es lo que está pensan-

do, qué es lo que existe en el fondo de su alma, sino que únicamente sobre sus actos han de recaer los juicios y los votos, dicho esto, repito, concluyo dando las gracias á S. S. por haberme proporcionado la ocasión de manifestar cuál es mi pensamiento como diputado constituyente, no como ministro, sino como hombre político; y, por última vez, declaro que en todas ocasiones mi bello ideal, mi aspiración suprema, será la separación completa, absoluta, radical, de la Iglesia y del Estado.» (*Aplausos en los bancos de la izquierda.*)

Hablaron, defendiendo las ideas contrarias á las emitidas por Echegaray, Moreno Nieto y D. Francisco Silvela, y quedó bien patente la escisión que venía iniciándose entre la mayoría, al extremo de decir D. Gabriel Rodríguez:

«La Unión liberal, es, pues, la que se separa de la conciliación; y permitidme que haga esta apreciación, porque es en el concepto político, y tengo derecho á hacerla: la *Unión liberal*, de algún tiempo á esta parte, va haciendo un movimiento sobre la derecha, acaso para evitar el célebre movimiento sobre la izquierda, de que otra vez se ha hablado aquí (1). Y en tanto que en otras ocasiones veíamos al Sr. Ríos y Rosas levantarse á representar á la *Unión liberal* y hablar en su nombre cuando estabais conciliados con nosotros, hoy vemos que se levantan los Sres. Bugallal y Cánovas del Castillo.»

Verdaderamente, Cánovas no llevaba entonces la voz de la *Unión liberal*, pero sí defendía sus ideas y se ponía de su parte en las votaciones.

En esta cuestión obtuvo el Gobierno 78 votos contra 75, y en vista de este fracaso moral, presentó Echegaray la dimisión, que no le fué admitida.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará).

(1) Se refería á una frase de Martos.

PARNASO INTERNACIONAL

FANTASÍA

(De Augusto Lacaussade.)

Móvil estrella, de alas luminosas,
Que tarda cruzas la cerúlea esfera,
¿Nunca en tu ruta sideral reposas?
¿No tiene fin ni pausa tu carrera?
¿No hay ningún sitio en la extensión del cielo
Donde recojas tu incesante vuelo?

Dime, pálida luna pensativa,
En olas de éter triste navegante,
¿En qué seno de sombra ó de luz viva,
Buscas tú siempre con afán constante
Feliz descanso y plácido retiro,
Que pongan fin á tu cansado giro?

¡Oh, viento, que cual un desheredado,
Sin hogar vas, errante, á la ventura!
Benévolo contesta, viento airado:
¿Te reservó la próspera natura
Un remanso en los mares, ó escondido
En el bosque frondoso un blando nido?

Responde á mis preguntas, mar bravía,
Que agitan sin reposo las tormentas,
Y ruges y te quejas noche y día,
Y con tu propio esfuerzo te atormentas,
¿Encuentras á lo lejos dulces playas
Donde, apagando tu fragor, desmayas?

—
Y tú, sensible corazón, inquieto
Más que el viento y el piélago iracundo,
Y á insaciable ansiedad siempre sujeto,
¿Habrá un lugar, en este ú otro mundo,
Donde puedas, tras loco desvarío,
Olvidar y dormir, corazón mío?

UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE

(De Grandmougin.)

Duerme y se extiende á lo lejos
Silenciosa la campiña;
Bajo el cielo, cuyas luces
El otoño debilita,
Dan su perfume á los aires
Las últimas florecillas.
Entolda los horizontes
Vapor de grisáceas tintas,
Y los caminos blanquean,
En sus prolongadas líneas.
En desiertos y arenosos
Altozanos, sacudidas
Por el viento, secas ramas
Negros árboles agitan.
La tristeza del ocaso
Todo lo melancoliza;

E. M.—Julio 1911.

De vez en cuando, una estrella
Aparece á nuestra vista,
Y en el cielo macilento
Apenas pálida brilla.

Mas, de súbito, allá abajo
Solitario se divisa
El resplandor tembloroso
De dorada lucecita;
Es la Religión, que vela
Sobre la Tierra, solícita;
A los pies de una Madona
En una estrecha capilla
Arde entre sombras piadosa
Una candela encendida.

Entre dos verdes senderos
Se alza la modesta ermita:
¿Quién aquella luz extraña
Encender pudo? ¿Sería
Algún marino salvado
De borrasca enfurecida,
O un amante cuyo pecho
Pasión volcánica abriga,
O una mujer desdichada,
Que lloró allí sus desdichas?

Fuera quien fuese, marino
Que gratitud atestigua,
Amante desesperado,
Que en la Madona confía,
O mujer desventurada,
¡Quizás bella y joven víctima!
Recibid, buenos creyentes,
Entre brumas y neblinas,
El saludo respetuoso
Que un soñador os envía.
Crear es goce supremo,

Que hasta el tormento mitiga;
Ser impertérito y fuerte
En los trances que lo exijan;
En los amores crueles
Es celestial medicina;
Es transfigurar nosotros
La naturaleza misma;
Es perfumar para siempre
El corazón y la vida.

TEODORO LLORENTE

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

LA AMÉRICA MODERNA

La corrección de la doctrina de Malthus: el poder productivo de la población. Ejemplos europeos y americanos. La experiencia argentina: aumentos de población, de comunicaciones y de exportación.—Relaciones de posesión agrícola: Argentina y Estados Unidos.—Los graneros del mundo. Los científicos europeos y sus descripciones. La guerra de los trigos. Situación de España; olvidos de los agrarios.—El mal de montaña ó puna de los Andes.—Los institutos de educación para las razas inferiores. Los proyectos del Perú.—El loco-dios de los argentinos.

El material humano que conforme á la concepción malthusiana es apreciado principalmente en su aspecto consuntivo, es imprescindible como factor de producción, y en este aspecto le ofrece la experiencia histórica corrigiendo, aquella concepción teórica.

Población y densidad son dos supuestos de progreso. El bienestar y poder de los Estados están condicionados en primer término por la población. La población constituye el punto central de la economía social y los estados sociales; costumbres y cultura dependen de ella.

La magnitud de la población es hasta un cierto grado determinante para la fuerza de trabajo económico y para el poder político. Véase el esfuerzo de los franceses, que prolongan el tiempo de servicio militar, ya que la fecundidad francesa no da bastantes soldados.

Entre dos países que tengan iguales condiciones sociales, será más fuerte el más poblado. Esta consideración es elemental.

Un país que aumenta, puede llegar á alcanzar una significación importante con división social y económica del trabajo, y desenvolvimiento del tráfico y solidaridad social. Todo esto se traduce en poder político necesariamente.

Sin densidad de población no es posible realizar ni un progreso cultural, es decir, ni el proceso espiritual ni el fomento económico. Las investigaciones de los tratadistas sobre materias de población como Wappäus, los estudios de Courtenay de Kalb sobre América, de Blerzy sobre las colonias inglesas, confirman la conclusión del profesor Conrad, de Halle.

Hasta política hidráulica no es posible sin población.

«Desecaciones y riegos en gran escala, sólo pueden conseguirse mediante un gran número de fuerzas de trabajo. Un resurgimiento económico es imposible, pues, mientras la población esté diseminada. Todavía es menos realizable, en este supuesto, el cambio espiritual, la fundación de escuelas suficientes para ensanchar la vida espiritual», dice Conrad.

La Siberia, con todos sus millones esparcos, tiene menos fuerza económica que Bélgica ó Sajonia.

En 1850 tenían los Estados Unidos una población de 23,2 millones y en 1900 de 76,6 millones de habitantes; el patrimonio nacional se calculaba, en 1850, en 7.136 millones de dollars, y en 1890 en 65.037 millones. En cincuenta años, pues, la población tuvo un incremento relativo de 231 por 100, es decir, se hizo nueve veces mayor. Parecido ejemplo nos ofrecen durante todo el siglo XIX dos grandes Estados europeos: Alemania, cuya población se elevó desde 25 hasta 60 millones, é Inglaterra y Gales, de 9 á 32,5 millones, en tanto que la riqueza nacional subió mucho más y con ella el bienestar general.

La magnitud de la población ejerce decisivo influjo en la organización de la economía nacional y en el ulterior desenvolvimiento de la producción. Ahí está el ejemplo de la coloniza-

ción interior, ensayada en el siglo XVIII en España, Prusia y Austria; de Rusia en el comienzo del XIX en los distritos del Sur, de los adensamientos provocados por los Estados Unidos y las colonias inglesas como Canadá, Australia y Nueva Zelanda, en el XIX.

En la República Argentina se encuentra la más reciente confirmación de la importancia de la población desde el punto de vista productivo. He aquí la demostración estadística que claramente transparenta la relación en que está el aumento de población con el desarrollo técnico, agrícola y comercial (1).

AÑOS	EXPORTACIÓN Valor en pesos oro.	
	Productos agrícolas (2)	General.
1865	—	26.126.440
1873	98.000	47.398.291
1888	16.300.000	100.111.903
1891	26.542.926	103.219.000
1895	41.448.012	120.067.790
1900	77.426.359	154.600.412
1901	71.596.099	167.716.102
1902	68.171.332	179.486.727
1903	105.251.309	220.981.524
1904	150.328.529	264.157.525
1905	170.235.235	322.843.841
1906	157.654.692	292.253.829
1907	164.091.621	296.204.369
1908	241.677.164	366.005.341
1909	230.503.996	397.350.528
1910	—	—

(1) Véase F. T. Molinas: «La colonización argentina». Buenos Aires, 1910. Las fuentes utilizadas para la confección de los cuadros son:

La «República Argentina», por la Comisión de Inmigración de Buenos Aires, 1866.—«Las Colonias», informe á la Com. Nac. de Inmigración por Guillermo Wilcken, 1872.—Censo nacional, 1895.—«La producción Agrícola y Ganadera», informe por Alois E. Fliess, 1891.—«Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires», 1865-1873.—Anuario de la Dirección General de Estadística de la Nación», 1888-1909.—Estadística de Ferrocarriles, Ministerio de Obras Públicas de la Nación (varios años).—Memoria de la Dirección de Inmigración (varios años).—Boletín Anual de la Dirección de Estadística y Economía Rural del Ministerio de Agricultura, 1899 á 1910.—Censo Agropecuario de la Nación, 1908.—Boletines de la Oficina Demográfica del Ministerio del Interior (varios años).

(2) No comprende la producción forestal.

AÑOS	PRINCIPALES PRODUCTOS: HECTÁREA			PRODUCCIÓN EN TONELADAS		
	Trigo.	Lino.	Maíz.	Trigo.	Lino.	Maíz.
1865	—	—	—	—	—	—
1873	73.116	45	130.430	—	—	—
1888	—	—	—	—	—	—
1891	1.202.208	58.000	825.495	845.000	50.000	968.000
1895	2.049.683	387.324	1.244.182	1.263.000	232.000	2.240.000
1900	3.250.000	355.329	1.009.000	2.766.589	225.185	1.412.600
1901	3.379.749	607.352	1.255.346	2.034.438	389.954	2.510.692
1902	3.296.066	782.880	1.405.796	1.534.405	365.035	2.134.165
1903	3.695.343	1.307.196	1.801.644	2.823.853	711.352	3.783.452
1904	4.320.000	1.487.000	2.100.000	3.529.100	937.601	4.450.000
1905	4.903.124	1.082.890	2.287.040	4.102.600	740.000	3.574.153
1906	5.675.293	1.022.782	2.717.300	3.672.231	591.912	4.951.000
1907	5.692.268	1.190.647	2.851.300	4.245.434	825.584	1.823.000
1908	5.759.987	1.391.467	2.719.260	5.238.705	1.100.710	3.456.000
1909	6.063.100	1.534.300	2.973.900	4.250.086	1.088.852	4.500.000
1910	5.836.550	1.455.600	3.005.000	—	—	—

AÑOS	Población.	Inmigración radicada de 1857-1909.	FERROCARRILES		
			Kmtros	Capital invertido: pesos oro.	Extensión cultivada: hectáreas.
1865	1.860.000	66.874	372	5.379.898	96.548
1873	2.045.028	300.998	1.104	30.653.587	560.000
1888	3.158.914	1.085.042	7.571	197.148.973	2.459.120
1891	3.490.417	1.305.242	12.475	380.343.952	2.996.048
1895	4.094.911	1.453.749	14.116	485.360.121	4.892.005
1900	4.894.149	1.731.700	16.563	541.575.623	6.127.417
1901	5.026.913	1.776.400	16.907	548.338.499	7.311.048
1902	5.102.248	1.793.053	17.377	560.946.206	7.683.475
1903	5.240.986	1.830.948	18.404	573.089.585	9.114.616
1904	5.460.028	1.925.429	19.428	588.597.929	10.685.511
1905	5.728.197	2.064.279	19.794	627.230.616	11.424.438
1906	6.024.771	2.262.676	20.560	671.688.874	13.081.461
1907	6.210.428	2.382.537	22.126	775.964.416	13.897.593
1908	6.484.023	2.558.617	23.722	847.587.343	18.141.344
1909	6.805.684	2.695.957	25.551	909.800.000	19.078.948
1910	—	—	—	—	18.775.672

En el transcurso de cuarenta y cinco años, la población en la Argentina, ha llegado á alcanzar incrementos á los cuales ha acompañado un gigantesco desarrollo ferroviario, en el cultivo, en la producción é inversiones capitalistas y en la exportación. Sin la afluencia del material humano, el desenvolvi-

miento argentino, como en todos los pueblos sucede, no habría alcanzado el nivel actual.

*
* *

Un aspecto importante del estado agrícola argentino, es la relación del cultivador con la propiedad. El Censo Agropecuuario de 1908 no investigó la condición de los agricultores en la República, como lo hizo el Censo general de 1895, y es de sentirlo, porque sus cifras habrían servido para deducir otras consecuencias muy interesantes. Pero á pesar de esta dificultad, se pueden establecer comparaciones suficientes para confirmar las opiniones vertidas, valiéndonos al efecto de datos igualmente oficiales y autorizados.

En el total de propiedades exclusivamente agrícolas que, en número de 180.495, anotó el censo de 1895, se comprobó que el 60,7 por 100 eran explotadas por su propietarios; 30,6 por 100, por arrendatarios, y 8,7 por 100, por medieros y terceros.

Estudiando el Boletín anual de la Dirección de Estadística y Economía Rural, correspondiente al año 1908, se observa que del total de chacras exclusivamente de trigo y lino, que son las más y que figuran en los registros de cosecha, las explotadas en la provincia de Buenos Aires por sus propietarios sumaron sólo 26,2 por 100 mientras que ascendían á 61,8 por 100 las de arrendatarios y á 12 por 100, las de medieros. En Córdoba, los propietarios representaban 34,3 por 100; los arrendatarios, 51,5 por 100, y los medieros, 14,2 por 100.

Santa Fe y Entre Ríos ofrecían estos otros promedios:

	Provincia de Santa Fe.	Provincia de Entre Ríos.
Chacras explotadas por propietarios.....	48,3 por 100	51 por 100
Por arrendatarios.....	40,7 »	25,5 »
Por medieros.....	11 »	23,5 »

Comparando estos porcentajes con los generales averiguados por el censo de 1895, se evidencian las proposiciones notables que ha asumido la explotación de tierras arrendadas, sin perjuicio del aumento habido de propietarios, como resultado del adelanto del agricultor. El aumento en el número de propiedades vendidas durante el quinquenio de 1901-1906, nos lo enseña también el Boletín de la Dirección de Estadística Agrícola, registrando para la provincia de Buenos Aires el 35 por 100; para la de Santa Fe, 49,8 por 100; para la de Córdoba, 31,4 por 100, y para la de Entre Ríos, 44,9 por 100.

El sistema de arrendamiento que proporciona tierra laborable al colono sin propiedad y el cultivo extensivo que exige poco capital, han facilitado la colonización interior en la Argentina.

El número de propietarios ha aumentado durante el período que nos ocupa, pero la notable disminución del cultivo de las tierras por sus propietarios es algo que debe preocupar al político argentino.

La formación de una clase de propietarios territoriales absenteístas es de consecuencias funestas para el Estado. Los Estados Unidos, país que ofrece grandes analogías con la Argentina, en lo que á la colonización interior se refiere, ofrece una relación entre la actividad y la propiedad más tranquilizadora. El número de propiedades existentes (farms) en los Estados Unidos, en 1880, era 4.008,907; el por ciento de las mismas cultivadas por el propietario (Owners) era 74,5; por los arrendatarios (Cashtenants), 8,0; por medieros (Sharetenents) 17,5. En 1890, la relación era: propiedades explotadas, 4.564.641; tierras que estaban cultivadas por el propietario, 71,6; por arrendatarios, 10,0; por medieros, 18,4. Año de 1900: número de propiedades, 5.737.372; propietarios trabajadores, 64,7; arrendatarios, 13,1; medieros, 22,2 (1).

*
* *

(1) *Abstract of the Tirelfth Census, 1900.*

Cuando el distinguido escritor agrario Dr. Pohle examinaba, en su libro notable *Deutschland am Scheidewege*, las condiciones de concurrencia de la producción triguera ultramarina, hacía singular detenimiento en las condiciones agrícolas argentinas y de otros países concurrentes de la producción cereal de la Europa central del Sur (1).

Todos los grandes tratadistas agrarios coinciden en afirmar el carácter extensivo de la agricultura ultramarina, consideración que precisa tener muy en cuenta para averiguar la causa de su empuje como concurrentes de la agricultura europea. La cuota de producto neto es en media mayor en el cultivo extensivo que en el intensivo, al paso que el producto bruto es en media mayor en el intensivo que en el extensivo. La economía privada sale más beneficiada en el cultivo extensivo cuando éste se aplica en grandes extensiones de tierras de colonización que exigen poco capital.

El profesor Sering, de Berlín, estudió en 1887 la concurrencia norteamericana, y hacía las siguientes comparaciones de la producción del trigo (2). Número de hectolitros producidos por hectárea en los siguientes países: Gran Bretaña, 26,9; Bélgica, 24,3; Holanda, 21,6; Noruega, 20,3; Alemania, 17; Francia, 14,9; Rumanía, 12; Hungría, 11; Estados Unidos, 10,7. Otro tratadista famoso, y, como estadístico, superior á Sering, el profesor Ballod, confirma que hasta fines del siglo XIX la relación no ha cambiado (3). La media de producción de trigo por hectárea fué en kilogramos la siguiente: Alemania (1893-99), 1.700; Rusia (1893-99), 726; Estados Unidos (1896-1900), 875. Esto prueba el carácter extensivo del cultivo ultramarino y ruso. En esta categoría está comprendida la agricultura de la Argentina, Canadá, Australia, etc. En la

(1) Doctor L. Pohle: *Deutschland am Scheidewege*. Leipzig, 1902.

(2) Sering: *Die landwirtschaftliche Konkurrenz Nordamerikas in Gegenwart und Zukunft*.

(3) *Schriften des Vereins für Sozial politik*. Bol. 90.

Argentina, según Pohle (1), el producto medio por hectárea del cultivo del trigo fué, en 1900, de 853 kilogramos; en Australia (1899-900), 560 kilogramos.

Tal estado de la producción se comprende con la simple lectura de las descripciones de los países que se estudian. Los trabajos del profesor Schulze-Gävernitz (*Volkswirtschaftlichen Studien aus Russland*) y del Dr. Lehmann y Parvus (*Das hungernde Russland*), presentan á Rusia y su cultivo extensivo como una economía agraria, en la cual el capital invertido es enormemente pequeño. Consiste en una casa de madera en el Norte; en el Sur, de un almacén de mimbres cubierto con estiércol seco, las paredes se blanquean de cal y las techumbres son de paja; un pequeño corral, en donde se amontona el trigo, y unos cobertizos para el ganado; pero falta el granero: sobre unas tejas se deposita el estiércol, que el labrador emplea como combustible y como material de construcción. Tanto en el Norte como en el Sur, impera el sistema del cultivo á tres campos, al que va unida una pequeña porción de ganado. El trigo chamorro es lo que más se cultiva. La labor se hace á 1½ pulgadas de profundidad cuando se emplea el gran arado ruso; si se emplea el pequeño, la labor penetra hasta de 2-3 pulgadas; muchas veces queda diseminada la semilla al pasar el rastrillo; la trilla se hace con dos rodillos, y el abono apenas se utiliza, á no ser en raros casos. Aun en las grandes explotaciones, el cultivo, siendo más cuidadoso, es extensivo. En las famosas tierras negras del Sur se cultiva casi siempre sin abono, trabajando las tierras durante cinco años y dedicándolas á barbecho después, durante quince años.

Los norteamericanos cultivan, según describe Sering, á diferencia de la Europa central y occidental, que hace intensivo el aprovechamiento de pequeñas parcelas, escogiendo grandes extensiones de terreno, trabajándolas con el menor empleo de trabajo y costo. El mismo Jorge Wáshington, en sus cartas,

(1) Obra citada.

aconsejaba este sistema. Esta clase de cultivo no significa atraso; antes al contrario, perfecto conocimiento económico de la explotación, pues si se empleasen procedimientos intensivos para obtener el mayor producto bruto posible, resultaría que, dados los altos salarios de Norteamérica y el gran valor de los capitales, la explotación no resultaría rentable.

En la Argentina, según el profesor Dr. Kaerger, muy conocedor de la América española (1), el cultivo extensivo imprime carácter á la agricultura del país. Tan característico como el arado es en la provincia de Santa Fe la profundidad de las labores. «Yo mismo—escribe—he medido algunas veces la profundidad de los surcos, y nunca han sido más grandes que la anchura de mi mano: ¡venían á tener de 8-9 cms.» En Alemania, las labores no se hacen de menos de 15,20 cms., y en los cultivos extensivos sajones son de 30-35 cms. Esta pequeña profundidad de los surcos, unido á que el ganado de labor es fuerte, es la causa de que, á pesar de la dureza de la tierra de Santa Fe, se pueda labrar diariamente tres veces más de lo que se consigue en Alemania ($1\frac{2}{3}$ contra $\frac{1}{2}$ hectáreas). Para el costo de producción del trigo, esta circunstancia es de gran importancia, lo mismo que el hecho de no abonar nunca los campos.

Considérese, pues, la fuerza que tienen estos países concurrentes de Ultramar y la situación de algunos pueblos europeos.

La Argentina es el país que produce cereales á más bajo costo. Una síntesis de las estadísticas publicadas durante buen número de años, arroja que el valor comercial de los productos cosechados ha representado, por cada hectárea sembrada, un término medio de pesos 58,73 para el trigo, 66,00 para el lino y 70,17 para el maíz.

(1) Kaerger: *Landwirtschaft und koloniation un Spanischen Amerika*. Leipzig, 1901.

El costo aproximado de los productos, por hectárea, es el siguiente, según las observaciones de F. T. Molinas (1):

	Trigo. — Pesos.	Lino. — Pesos.
Preparación de la tierra.....	4	4
Segunda preparación y siembra.....	4	4
Semilla.....	5	7
Siega y emparve.....	8	8
Trilla (800 kilos).....	8 (670 kilos).	7,37
Bolsas á pesos 0,27.....	3,40	2,57
Acarreo á estación.....	1,60	1,34
Repuestos para máquinas y útiles.....	2,50	2,50
Contribuciones, impuestos y patentes.....	1,35	1,30
Fletes ferrocarriles (término medio, 250 kilos, á pesos 0,55 los 100 kilos).....	4,40 (pesos 0,75).	5,03
Costo por hectárea.....	42,25	43,11

	Pesos.
Preparación de la tierra.....	4
Siembra y semilla.....	5,50
Aporcar.....	4
Cosecha (1.620 kilos, á pesos 0,65 por 100 kilos).....	10,53
Desgrane, á pesos 0,15 los 100 kilos.....	2,44
Bolsas, á pesos 0,18.....	2,50
Acarreo á estación.....	3,24
Repuesto para máquinas y útiles.....	1,50
Contribuciones, impuestos y patentes.....	1,35
Fletes ferrocarriles, á pesos 0,48 los 100 kilos.....	7,78
Costo por hectárea.....	42,84

Nos hemos servido, dice Molinas, para fijar el rendimiento de los productos, de los términos medios que nota la estadística oficial en los últimos diez años (1900-1909), admitiendo también como transportada toda la producción para simplificar los cálculos, porque si bien las cantidades necesarias para semilla quedan en poder del agricultor, no tienen, empero, mayor importancia. La de trigo, que es el cultivo más exigente, sólo representa un 7 por 100.

(1) Obra citada.

Si tomamos ahora estos términos medios del costo y los del valor que han representado las cosechas, llegaremos al siguiente resultado:

	Pesos.
Valor comercial de la producción de trigo (1900-1909). Toneladas, 34.197.441..... \$ m/m	2.522.121.000
Valor comercial de la producción de lino (1900-1909). Toneladas, 6.936.185.....	728.015.000
Valor comercial de la producción de maíz (1900-1909). Toneladas, 32.595.062.....	1.535.293.000
	<u>4.785.429.000</u>
Costo de la producción de lino, hectáreas, 10.406.514..... 448.625.000	448.625.000
Costo de la producción de maíz, hectáreas, 20.111.586..... 861.580.000	861.580.000
	<u>3.117.726.000</u>
Beneficio neto á favor de la producción.....	1.667.703.000

Este beneficio representa el 54 por 100 anual del capital invertido en el costo de los productos. Se puede también estudiar la parte correspondiente á los demás factores de producción.

Los agricultores han gastado para levantar sus cosechas (segar y emparvar), de acuerdo con el cálculo anterior, una suma anual de 65.239.000 pesos, que ha debido pasar, en su mayor parte, á manos de los braceros, y el resto á las del comerciante; las faenas de trilla han absorbido otros 63.075.000 pesos, beneficiando á los empresarios de máquinas, á los peones de éstas y al comercio; y siguiendo en este orden de deducciones, anotaremos además otras cantidades en que va incluido el beneficio comercial:

	Pesos.
Bolsas.....	22.249.000
Carros para el acarreo á la estación.....	15.956.000
Casas de máquinas, herrerías, etc., por piezas de repuesto y composturas.....	12.199.000
Fletes ferrocarrileros, exclusivamente del transporte de los tres productos.....	39.696.000

Estos enormes capitales que han representado anualmente las cosechas, son la mejor explicación que podemos darnos del origen y causa del paulatino aumento en el valor de las tierras, de la actividad del comercio, del incremento de la inmigración, ferrocarriles y puertos, como de todo el conjunto de elementos de progreso que realzan actualmente á la República, y que han tenido como impulso eficiente la gran industria nacional.

No hemos incluido en el costo la parte correspondiente á la tierra, teniendo en cuenta que el agricultor-propietario no acostumbra anotar en sus cálculos suma alguna de compensación por el capital invertido en ella, porque sabe de antemano que, con su propio trabajo y el colectivo, así como también con el conjunto de bienes económicos que se incorporan á los centros de producción, surge la valorización constante de la propiedad rural, en proporciones muy superiores á las que representaría el interés del capital empleado.

La renta de la tierra, en caso de arrendamiento ó de medianería, gravita alrededor del 27 por 100, cantidad que deja el remanente de producción necesario para que el trabajador llegue á ser propietario. En España tenemos ejemplos como los siguientes, que conviene recordar constantemente: la hectárea dedicada al cultivo de trigo en la Coruña exige un gasto de 183 pesetas, y da un beneficio de 20,36 pesetas; el gasto absorbido por la renta de la tierra, es de 112,60 pesetas; la renta representa en aquel litoral el 61 por 100 del total de los gastos.

Añádase á esto, que el cultivo en España es en su mayor parte extensivo: de 1896-1905, el promedio de hectáreas cultivadas es 3.671.375, correspondiendo al promedio de seco 3,4 millones y al de regadío unas 219.000 hectáreas. La producción media por hectárea es de 800 kilogramos de trigo. De donde resulta que la ventaja económica del cultivo extensivo queda en España neutralizada por la altura desproporcionada de la renta. Los 100 kilogramos de trigo argentino se venden en la Argentina á 15,40 pesetas; y como el flete es bajo, puede competir con la producción triguera española, la cual, por los gran-

des costos de producción, no puede tener precio remunerador sino desde 25 pesetas los 100 kilogramos.

Esta es la gran ventaja de la Argentina, éste el gran problema agrícola español; y digo problema, porque no puede llamarse otra cosa al estado de una producción que, como la del trigo en España, representa un valor de 780 millones de pesetas anuales.

¿Cómo se quiere resolver entre nosotros cuando, como ahora sucede, el precio del trigo está por debajo del precio remunerador? Recargando el Arancel en 2,50 pesetas sobre las 8 que, por cada 100 kilogramos, paga el trigo importado. ¿Es ésta una solución? No entro á discutirla, pero hora es ya de que comiencen los políticos á pensar en la conveniencia de hacer remunerador el cultivo del trigo en España, no recargando el Arancel, es decir, neutralizando la acción bienhechora de la desgravación del pan; perseguida con la reciente ley de transformación del impuesto general de consumos, sino rebajando los costes de producción, atacando el capítulo de la renta de la tierra.

*
* *

Un libro notable acaba de ser publicado por el profesor de la Universidad de Córdoba, Dr. Ducceschi, sobre *El mal de montaña ó puna de los Andes*. En este libro se hacen observaciones de excepcional interés para geógrafos, físicos, médicos, etcétera.

Según Ducceschi, el primero que ha descripto el mal de montaña en el hombre, fué el padre jesuíta español José Acosta, allá por el año 1580.

Este intrépido jesuíta recorrió varias veces los Andes peruanos. Al trepar la altísima sierra de Paviacaca con algunos compañeros, dice el padre: «Cuando subí, me dió una congoja tan mortal, que estuve con el pensamiento de arrojarme de la cabalgadura en el suelo, y porque aunque, íbamos muchos, cada uno apresuraba el paso por salir presto de aquel mal paraje,

sólo me hallé con un indio, al cual le rogué me ayudase á tenerme en la bestia. Y con esto, tantas arcadas y vómitos, que luego pensé dar el alma... Finalmente, digo que si aquello durara, entendiera ser cierto el morir...»

Por su parte, el Dr. Ducceschi dice: «Solamente quien ha subido á pie arriba de los 4.000 metros de altitud, se da cuenta de la transformación que sufre nuestro organismo en las altas montañas. Los pulmones, el corazón, el cerebro y el estómago se hacen el asiento de malestares en gran parte insólitos... El recuerdo de estos sufrimientos dura toda la vida junto con el majestuoso y fascinante panorama que se goza desde las altas cumbres.»

Con razón, entonces, los incas, según el P. Acosta, en los parajes más elevados de la montaña, erigían pequeños monumentos de piedra rústica, en homenaje á sus divinidades tutelares, para que les permitieran atravesar las cumbres sin sufrimientos. Sobre esos monumentos, llamados «apachitas», arrojaban calzados viejos, plumas y coca mascada. Por lo visto, las divinidades de los incas eran muy poco exigentes. Ahora, la simple buena voluntad de un funcionario público terrestre cuesta mucho más.

Casi dos siglos después del P. Acosta llega á los Andes la célebre expedición de la Academia francesa, compuesta por los sabios Bouguer, Condamine, Godin, etc., acompañados por los oficiales españoles Jorge y Antonio Ulloa. No deja de sorprender que estos sabios eminentes pasaran casi por alto el extraordinario fenómeno de la «puna», ó, mejor dicho, que sus conjeturas fuesen tan superficiales y erróneas. En cambio, los célebres oficiales Ulloa, de quienes se rieron al principio los sabios franceses, se ocuparon del asunto con una penetración y clarividencia admirable: ellos fueron los primeros que explicaron el fenómeno desde el punto de vista científico. Han sido, pues, los españoles los primeros que describieron y explicaron «el mal de montaña». No todo ha de ser peteneras.

Según Ducceschi, el mal de montaña en los Andes se ma-

nifiesta por un cansancio inexplicable, palpitaciones cardíacas, confusión de ideas, incapacidad mental, inapetencia, náuseas, vómitos, zumbido y dolor de oídos, hemorragias y atonía genésica. Después de haberse adaptado al nuevo medio, la mayor parte de esas dolencias desaparecen, menos la incapacidad mental y la atonía genésica.

De todo esto podríamos deducir muchas consecuencias interesantes: por ejemplo, vemos que los efectos del mal de altura físico son inversos á los de la altura del poder: recordemos la lucidez de espíritu de Sancho Panza cuando ascendió á la cumbre del poder en la ínsula. A más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, la inteligencia más brillante se nubla; en la cima del poder, el hombre más malo resulta un lince; se le aclara la vista, un apetito desordenado lo invade, no conoce el cansancio, ni mucho menos las náuseas, acabando por aumentar de peso y de volumen rapidísimamente.

Si consideramos otro de los fenómenos fisiológicos apuntados, creo que podría establecerse, con éxito, á más de cuatro mil metros de altitud, sanatorios para enamorados crónicos y eróticos. Así se explica la vida apacible y dulce de los monjes ermitaños: después de cierta altura sobre el mar, el tercer enemigo del alma desaparece espontáneamente. Pero sigamos con más seriedad. El estudio del Dr. Ducceschi tiene méritos resaltantes. Pone de manifiesto algunos errores y prejuicios de otros sabios y exploradores de los Andes que estudiaron nuestro mal de montaña, y abre nuevas vías y horizontes al estudio del fenómeno. Es un trabajo genuinamente argentino, pues no ha necesitado salir del país para ejecutarlo.

La cuna histórica del mal de montaña está en los Andes, y en los Andes argentinos se encuentran las mayores alturas, no superadas sino por algunas montañas del Asia. Esto es, sin duda, una novedad para muchos, pues, hasta hace poco tiempo, el Sorata é Illimani de Bolivia eran considerados como los picos andinos más elevados; sin embargo, recientes triangulaciones han dado el triunfo á nuestro Aconcagua y Tupungato.

El Dr. Ducceschi ha llevado á cabo sus estudios en las sierras de Famatina, á 29 grados de latitud y cuatro y cinco mil metros de altura, donde se encuentran varios establecimientos mineros, con numeroso personal, ofreciendo un vasto campo de observación, experimentación é informe. Las dos regiones del mundo donde se ha estudiado el mal de montaña son los Alpes, en Europa, y los Andes, en América del Sur. De más está decir que el curioso fenómeno tiene por causa fundamental la disminución de la presión atmosférica. Cuando el barómetro marca alrededor de 76 centígrados, la atmósfera ejerce una presión sobre nuestro cuerpo igual á un kilo y fracción por centímetro cuadrado. A cuatro y cinco mil metros sobre el nivel del mar—punto de referencia,—esa presión ha disminuído cerca de la mitad. Ahora bien; en los Alpes, los síntomas del mal aparecen ya á los tres mil metros; en los Andes, sólo á los cuatro mil. Esta diferencia sedebe, según Ducceschi, á la fatiga que ocasiona la ascensión en los Alpes—á pie,—mientras que en los Andes se hace cómodamente en mula. El frío en los Alpes es otro factor adverso. Cuando últimamente se trató de analizar, desde el punto de vista fisiológico, los fenómenos provocados en el organismo por la depresión barométrica en los Alpes, no se pudo deslindar muy bien los efectos del frío y del cansancio con los del enrarecimiento del aire, como ser algunas manifestaciones nerviosas, cardíacas y gástricas. Las investigaciones de Ducceschi en los Andes ponen en claro estas dudas.

Otra cuestión interesante y nueva es la que Ducceschi llama «puna de la bajada», fenómeno que da á conocer por primera vez este distinguido profesor. Después de estar adaptado al medio, si se desciende rápidamente más de dos mil metros, aparecen nuevamente los síntomas del mal. El estudio del mal de montaña en los Alpes se refiere exclusivamente al hombre, mientras que en los Andes las investigaciones pueden extenderse hasta los animales de carga, mulas y caballos. La muerte de éstos por hemorragias es muy común. Ducceschi saca

gran partido de ello. Recordemos que á San Martín, el paso de los Andes por Los Patos (3.565 metros) le costó la pérdida de cuatro mil mulas y setecientos caballos. Con la fatiga, la «puna» se agrava y complica. Investigadores europeos han confundido la puna de los animales en los Andes con envenenamientos de origen vegetal, como «la tembladera», etc. El Dr. Ducceschi deslinda la cuestión. En fin, las teorías en boga hasta hoy, acerca del mal de montaña, tendrán por fuerza que modificarse, basándose en las observaciones del profesor Ducceschi.

El fenómeno más simple en apariencia, si se analiza, si se le penetra, inmediatamente se complica. Dijimos que la causa fundamental del mal de altura es la gran depresión barométrica, el aire rarefacto; sobre esto no hay discusión; sin embargo, no es la causa única. Porque ¿cómo se explicaría entonces el fenómeno, tan conocido por los exploradores y viajeros en los Alpes y en los Andes, de que hay regiones mucho más bajas que otras, donde, sin embargo, el mal ataca con violencia?

Si el mal de montaña fuese una función simple de la presión atmosférica, de antemano ya sabríamos á qué altura exacta debíamos esperar el ataque; y no hay tal cosa. Los guías conocen muy bien esos lugares «apunados» ó endiablados, los que no siempre son los más altos. El nuevo factor no puede ser otro que la electricidad, la reina madre de todas las fuerzas en el Universo. Ya en 1833, los viajeros Cunningham y Scott, observaron en los Andes, que allí donde el mal de montaña era más intenso, correspondía siempre un potencial eléctrico muy elevado. Fisiólogos como Zuntz, Mosso y otros, son también partidarios del factor eléctrico, ó, para ser más estrictos, de una alta ionización de la atmósfera. Cualquiera que tenga un ligero ideal del papel que juega la electricidad en todos los fenómenos de la Naturaleza, le costará muy poco aceptar la sospecha. Basta recordar, que sobre las montañas de cuatro y cinco mil metros de altura, el potencial atmosféri-

co puede llegar á dos mil voltios! Viajeros y exploradores de los Andes refieren casos curiosísimos.

De noche, con frecuencia, las velludas orejas de las mulas se convierten en dos penachos luminosos; al tocar las ropas de lana ó vicuña, saltan chispas que pican y mortifican. Darwin dice, refiriéndose á su viaje por los Andes, «que si se frotaba en la obscuridad una camiseta de lana, aparecía como si hubiese sido lavada con fósforo». Los exploradores Tschudi, Bertrand, Güssefeldt, también refieren casos extraordinarios. En la Puna de Atacama sobre el pico de El Cadillal, de cinco mil metros de altitud, con motivo de unos trabajos de triangulación, al ir á coronar la columna de un hito, con una piedra larga y puntiaguda, se oyó una espantosa detonación, cayendo de espaldas los peones que operaban. Se trataba de un rayo en seco y cielo límpido. Esto refiere el explorador San Román.

Según Ducceschi, el Dr. Doering recorrió la Puna de Atacama, en 1900, sin comprobar ningún fenómeno eléctrico. «Esto indica—dice el primero—que no siempre son evidentes dichos fenómenos, y que la sequedad del aire no es tal vez la única causa necesaria para producirse.» Yo me permitiría indicar una causa que ha sido pasada por alto, quizá por encontrarse á gran altura: quiero referirme á la acción electromagnética del sol. Hoy en día es cosa sabida que la carga eléctrica terrestre varía según el estado de actividad del sol, especialmente cuando la región perturbada del astro cruza el Meridiano central, ó, si se quiere, más cincuenta horas después de este momento. Las oscilaciones del potencial eléctrico del sol en esa región perturbada, deben repercutir por inducción sobre la carga terrestre, aunque sea difícil explicar el cómo. Después de los experimentos y comprobaciones del ilustre especialista (1909) Dr. Nodón, astrónomo, químico é ingeniero, no puede dudarse ya. Ahora bien: ¿cómo se explicaría esa discrepancia absoluta entre los exploradores de los Andes, respecto á los fenómenos eléctricos? ¿Por qué razón algunos no han notado nada anormal, y otros, como Darwin, Schudi, Bertrand, Gús-

sefeldt y San Román, refieren casos sorprendentes? ¿No sería lógico suponer que esas variaciones tan grandes del potencial eléctrico en las montañas se deben al estado del sol en esas distintas épocas ó momentos?

Si tratáramos, por lo menos, de orientarnos «grosso modo» en este problema tan complejo, creo que debiéramos principiar por comparar las épocas de las observaciones de los exploradores con las del «máximum» y «mínimum» de la actividad solar, aceptando la manera de ver, casi unánime, de que á las épocas del «máximum» correspondería una sobrecarga en el potencial eléctrico del sol, y lo contrario en el «mínimum».

Veamos: el Dr. Doering no observa ningún fenómeno eléctrico en el año 1900. Período del «mínimum» del sol: 1900.

El Dr. Ducceschi tampoco observa nada extraordinario en 1910. Período del «mínimum» del sol: 1910.

Schudi, en 1838, observa fenómenos extraordinarios. Período del «máximum» del sol: 1838.

San Román, en 1896, fenómenos extraordinarios. Período del «máximum» del sol: 1894.

Bertrand, en 1885, fenómenos extraordinarios. Período del «máximum» del sol: 1883.

Darwin, en 1833, fenómenos extraordinarios. Período del «mínimum» del sol: 1833.

Güssefeldt, en 1888, fenómenos extraordinarios. Período del «mínimum» del sol: 1889.

En estos siete casos, podríamos decir que hay cinco favorables á la sospecha, y dos adversos, pues las fechas de Bertrand y San Román corresponden cada una á dos años después del «máximum», cuando todavía el sol pelea brillantemente en retirada. Los dos casos netamente contrarios serían los de Darwin y Güssefeldt. Esto no es más que un ligero revuelo, que me permito ejecutar por mi cuenta y riesgo, pues ignoro si el asunto ha sido tratado alguna vez desde tal punto de vista.

*
* *

Uno de los problemas más interesantes de los pueblos ibero-americanos es el que plantea la existencia de la gran masa de población aborígen, que no ha sido asimilada por el elemento conquistador ni mezclada en la población mestiza, aborígenes que viven, ó aislados socialmente ó refractarios á toda adaptación de vida civilizada. No es posible dar ni un cálculo aproximado de la población americana aborígen existente hoy en distintas Repúblicas, pero puede afirmarse que es importante su número, y que constituyen una magnitud no despreciable como fuerzas de trabajo.

En el Perú, los indígenas de la sierra y de las montañas son objeto de un estudio pedagógico del ingeniero y profesor peruano Sr. Guarini, quien, inspirándose en los esfuerzos hechos por los Estados Unidos, Francia y Bélgica, en la educación de negros y pieles rojas, plantea para la República peruana, como cuestión tan trascendental como la colonización y las comunicaciones, la de la educación del indio. En los Estados Unidos fué imposible realizar la reexportación de toda la población negra al Africa, y se acometió la tarea de la educación de los negros, creando escuelas especiales.

En el Estado independiente del Congo existen varias escuelas profesionales para enseñar á los negros los diferentes oficios.

Al principio, la enseñanza de los indígenas en los Estados Unidos fué académica, pero los resultados fueron poco felices. Se debe al Instituto de Hampton el haber reaccionado con éxito contra esa tendencia, creando un gran Instituto profesional especial, donde predominan los cursos de agricultura y de los diferentes trabajos manuales.

El trabajo manual es la forma redentora de la enseñanza, para las razas atrasadas en general, y, sobre todo, para los indígenas de la sierra y de la montaña. Dichos indígenas son inteligentes, pero rebeldes á los estudios teóricos y abstractos. El cálculo, el dibujo, así como las nociones fundamentales de la Física y de la Química, no deben ser separadas de los he-

chos prácticos, porque su concepción no va más allá de los hechos particulares y del concreto.

No es sino difícil y gradualmente como se llega á las generalizaciones y deducciones, sacadas de un gran número de hechos, que impresionan sus sentidos.

En el Instituto de Hampton, donde existe una Escuela normal, para formar el profesorado especial de indígenas para los indígenas, toda la organización escolar tiene como objeto dar á los jóvenes indios la ambición en la vida, el valor y la habilidad, para abrirse un camino en las industrias y en los oficios.

Para resolver el problema de la educación de la raza indígena, el Sr. Guarini propone los siguientes medios:

«Poner á los indios en el más inmediato contacto con nuestra civilización.

Hacer lo posible para levantar su espíritu, en lugar de oprimirlo.

Generalizar la instrucción primaria entre los indios.

Atraer los hijos de los indios á la escuela, dándoles todas las facilidades posibles, por ejemplo, proporcionándoles almuerzo y comida en la escuela.

Para los indígenas adultos, organizar cursos ambulantes, eminentemente prácticos é intuitivos.

Llamar, bajo las armas, á un gran número de indígenas; enseñarles á leer y escribir, dándoles hábitos de trabajo, enseñándoles un oficio, dándoles una pequeña remuneración y utilizando sus servicios para la construcción de obras públicas, como se ha hecho ya, varias veces, en diferentes países europeos.

Crear en las escuelas de Artes y Oficios una sección especial para aprendices indígenas, donde se principiaría á enseñarles á leer y escribir, y después se les daría los mismos cursos que actualmente se dan á los aprendices existentes.»

Entre los inscritos se escogerían los más inteligentes y los más aptos para cursar en las divisiones superiores, con el obje-

to de formar instructores de la raza indígena, siguiendo así el sistema del Instituto de Hampton.

El estudio del profesor Sr. Guarini (1) hace pensar en otros países americanos que, como Bolivia, tienen una gran masa predominante de población aborígen. Como la inmigración no puede sustituir rápidamente ni desplazar la población aborígen, precisa sacar el mayor partido posible de ella; y, aunque la cuestión no se plantease de esta manera, siempre habría que pensar en si era conveniente la conservación de los elementos aborígenes en beneficio de las razas superiores que gobiernan las Repúblicas.

En la división del trabajo corresponde el trabajo no calificado, el esfuerzo puramente manual, á los trabajadores étnica ó socialmente inferiores. El trabajador que procede de una raza superior, que tiene capacidad progresiva, rápidamente se adapta á trabajos calificados; mientras que los trabajadores pertenecientes á razas inferiores, difícilmente se adaptan á grados superiores de actividad. Los psicólogos afirman que los hijos de los blancos, al aprender un trabajo, parece que no hacen más que recordar, mientras que los negros todo lo reciben como cosa desconocida.

La conservación de las razas inferiores, para dedicarlas á trabajos propios de su bajo nivel intelectual y de su potencial de trabajo, tiene un positivo valor económico, por cuanto su tenor de vida no exige consumos costosos y su capacidad productiva es superior á su consumo. Fuerzas de trabajo baratas, utilización de brazos desaprovechados para la civilización moderna, es lo que, en último término, significa, la educación de los elementos aborígenes de las Repúblicas americanas.

* * *

La Argentina celebra el centenario de Domingo Sarmien-

(1) *El problema de la educación nacional*. Lima, 1910.

to. La figura de este hombre es para la Argentina un ídolo, para la América un símbolo, para el resto del mundo que sin pasión mire las cosas, la fusión de varios temperamentos é idealidades en el cuerpo de los soñados escultores de pueblos.

La mentalidad de Sarmiento era la síntesis de voluntarismo avasallador de una imaginación creadora, de una cultura conseguida con devoción incesante, de un filoneísmo propio de los espíritus vírgenes y profundamente idealista. Por esto fué soldado, conspirador ante esos abortos de la política americana que, como Rosas y Melgarejo, no representaban progreso alguno; fué maestro de escuela, literato y... estadista de un pueblo en formación; que no otras podían ser las bases de su preparación para misiones de tal índole.

Admiro las glorias de Bismarck; pero admiro más á Cavour, porque Bismarck recibió una Prusia hecha, y sobre ella fundó el Imperio; Cavour tuvo que hacerlo todo ó casi todo. De la misma suerte que el gran estadista latino-italiano, el estadista latino-argentino tuvo que hacerlo todo, y para ello empleó la espada y la escuela, á fin de moldear con un material bárbaro una nacionalidad de alma ardiente.

La influencia intelectual más poderosa sobre la juventud de Sarmiento se debió al presbítero D. José de Oro, su tío. El clérigo Oro era todo un carácter, apasionado de la veracidad. *Recuerdos de provincia* trae este animado boceto de aquel despertador primario del alma de Sarmiento: «Mi inteligencia se amoldó bajo la impresión de la suya, y á él debo los instintos por la vida pública, mi amor á la libertad y á la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razón formada á los quince años; valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas y recargado de hechos, de recuerdos y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad

el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama. Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud, que yo fui siempre taimado y pacato, su alma entera transmigró á la mía, y en San Juan, mi familia, al verme abandonarme á raptos de entusiasmo, decía: «Ahí está D. José de Oro hablando», pues hasta sus modales y las inflexiones de voz alta y sonora se me habían pegado.»

La persecución política obligó al clérigo Oro y á su sobrino Sarmiento á refugiarse en una serranía de San Luis, en San Francisco del Monte. Allí continuó el trabajo escolar de Sarmiento. Su fe apostólica por la cultura le convirtió en maestro á los quince años, maestro de jóvenes mayores que él, y ricos por añadidura que no sabían leer. Su devoción por la cultura nació de su formación escolar; su fe apostólica, de la contemplación de las masas bárbaras de llaneros, que le hizo comprender la necesidad de regenerarles por la cultura y arraigar en él el sentimiento del deber de sacrificarse en tal empresa. Esas hondas emociones de que habla Lombroso, y como determinantes en la juventud de la vocación que ha de constituir después el trabajo de toda una existencia, las sintió el joven Sarmiento cuando vió entrar en San Juan á los montaraces llaneros de Quiroga.

«—¡Era yo comerciante y estaba parado á la puerta de mi tienda, frente á frente de lo que hoy es providencialmente la escuela Sarmiento, viendo llegar seiscientos... con el alarde triunfal que da el polvo y la embriaguez! ¡Qué espectáculo! Habían montado en briosos corceles, tomados de los prados artificiales, y entonces usaban para guarecerse, en los Llanos de los montes, de *garabatos*, enormes guardamontes, que son recios parapetos de cuero crudo, á fin de salvar sus piernas y aun la cabeza del contacto de sus espinas de dos cabezas, como dardo de flecha. El ruido de estos aparatos es imponente, y el encuentro y choque de muchos, como el de escudos y

de armas en el combate. Los caballos briosos, y acaso más domesticados que sus caballeros, se espantaban de aquellos ruidos y encuentros extraños, y, en calles sin empedrar veíamos los espectadores avanzar una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras empolvadas aún, entre greñas y harapos, y casi sin cuerpo, pues que los guardamontes les servían de ancha base, como si hubiera también querubines de demonios medio centauros.»

Para formarse una idea de la vida de Sarmiento, habría que hacerse la ilusión de que pasaba ante nosotros una cinta cinematográfica con escenas de destierro, batallas, peregrinaciones, momentos de estudio, de gestación de obras, de discursos políticos, de lecciones de aula, de artículos de polémica... Esta fué la vida de Sarmiento. En el destierro, cuando se encuentra en contacto con un pueblo inferior á su cultura, se dedica á enseñar: tal vez una de las mayores glorias de Sarmiento fué la de haber enseñado á leer á millones de chilenos con su *Método gradual de lectura*; cuando se pone en contacto con un pueblo más culto que el medio donde se formó el héroe argentino, estudia, asimila y difunde después en su patria el ideario conquistado.

Llegó á ser gobernante. Como todos los argentinos reconocen, desde aquel momento comenzó el movimiento decisivo en la formación de la República.

Se empezó á subvencionar la educación común en las provincias, violando felizmente la Constitución, que da esa atribución á los Estados; creáronse premios á los que sobresalieron, y se edificaron escuelas. Se implantó el sistema de escuelas normales, introduciéndose «cerebro cultivado» con maestros, y esas admirables maestras norteamericanas que han modificado la cerebración argentina, desalojando la tradición escolástica; se crearon los colegios nacionales para localizar la instrucción y crear focos de vida intelectual independientes, con un plan de estudios, al que debiera volverse aún hoy en el concepto de

los entendidos; se fomentaron las bibliotecas populares; se crearon la Academia de ciencias exactas y el Observatorio astronómico, llamando á sabios ilustres, cuyos trabajos nos han acreditado mucho más en el mundo que las hazañas de nuestro heroísmo. Se crearon las escuelas militar y naval para corregir aquellas «montoneras con música», en que habían degenerado nuestras huestes, con jefes politiqueros. Se construyó la primera escuadra regular, adecuada á las necesidades de la época. Se creó el Arsenal de marina en Zárate.

Se sancionaron los Códigos Civil y Penal, y se impuso el sistema métrico. Los seminarios conciliares fueron destinados á preparar un clero nacional ilustrado, ya que el patronato nos defiende de la intromisión de prelados sin patria.

Se crearon el departamento de agricultura, las escuelas de agronomía, parques de aclimatación de plantas. La fundación del glorioso Parque 3 de Febrero, contra el indulgente escepticismo de sus amigos, contra la apasionada oposición de sus enemigos y contra el dictamen científico del higienista Rawson, en época en que nadie admitía su utilidad, es la obra personal de Sarmiento, su empeño individual y su gloria propia. Caminos, puentes, correos, ferrocarriles y telégrafos se construyeron y se impulsaron sin tasa. Se hizo la primera Exposición industrial en estas regiones, y leyes y decretos establecieron premios y facilidades para la expansión industrial. Se adelantó la conquista del desierto, introduciendo orden y método en las operaciones de frontera y, como consecuencia, se dió gran impulso á la colonización agrícola que transforma la pampa del pastoreo y de las incursiones de jinetes, en vastas regiones de cultivo, destinadas á ser un grande granero del mundo.

Se intentó la creación de un gran puerto en Buenos Aires. En la Administración se corrigieron abusos y despilfarros, á los que no pudo atender el honrado Presidente anterior, entre las dificultades que le tocaron en lote. Se introdujo regularidad en las finanzas, mediante la ley de contabilidad y prácticas

administrativas de alta moralidad. Se realizó el primer censo de la República. Al terminar su período, pudo anunciar que la inmigración había triplicado, que el correo había duplicado su movimiento, que el consumo de papel, que era en 1868 de doce mil resmas, había subido en 1874 á doscientas mil, y de 51.000 pesos gastados en libros, se había subido á 174.000, y las máquinas auxiliares del trabajo, que se evaluaban en 5.360, habían subido á 70.000. Como la población no había aumentado en esa proporción, era evidente que cada habitante había multiplicado la suma de bienestar de que gozaba, desarrollando más recursos, inteligencia y actividad. El estudio que compulsara los documentos de esa presidencia, hallaría en sus iniciativas, realizadas ó frustradas, todo un sistema de legislación, ampliamente humano y profundamente equitativo, que hubiera marcado rumbos sociales luminosos, siendo su empeño en hacer de las instituciones republicanas un organismo viviente que penetrara en la práctica de la vida, y no una entidad intangible, encubridora de todo capricho. Los debates políticos, enconados y ardientes, daban lugar, sin embargo, á la discusión luminosa de doctrinas, á que Sarmiento contribuía con mensajes conceptuosos, y hasta exponiendo sus ideas en la prensa diaria. Se mandaron traducir al castellano los mejores libros de la literatura política norteamericana, para formar conciencia de una nueva manera de entender la salvaguardia y el ejercicio de la libertad.

Estas son las ejecutorias de Sarmiento.

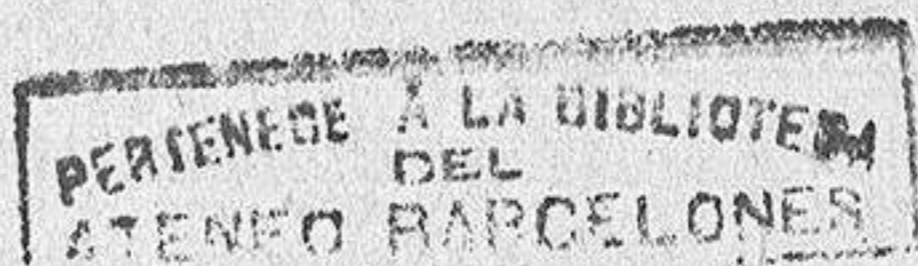
Fué llamado *loco* por sus enemigos. He aquí lo que pensaba el *loco* Sarmiento: camino del destierro grabó sobre una roca la frase de Fortoul:

On ne tue point les idées.

...Y en ellas buscó su fuerza el loco-dios de los argentinos.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

EL ARCAÍSMO EN LA ARGENTINA



Hace algunos meses han podido conocer los lectores de esta importante publicación mis vistas sobre el porvenir que tocará en suerte al castellano usado en América. Ya que he tratado en tal ocasión del movimiento que se opera en nuestra habla común, voy á mostrar ahora que muchos de nuestros vulgarismos, contados por algunos de mis compatriotas, y por otros americanos, como voces y giros nuevos, como manifestaciones de un idioma propio en plena gestación, son, simplemente, voces y locuciones arcaicas que han florecido por España, allá por la edad de oro de la literatura castellana, y que traídas por los conquistadores españoles, se mantienen aún por nuestros campos, y llegan á las veces hasta las ciudades. Podrá desdeñarlas, cuanto se quiera, el habla culta y literaria; pero son moneda corriente, no sólo en el vulgo de la República Argentina, sino en el de toda América, y se verá también que aun en España mismo sobreviven no pocas empleadas por rústicos y plebeyos.

Cuántos, al oír en mi tierra en boca de alguna persona culta el expresivo y certísimo refrán de nuestros hombres de campo, «al que nace barrigón es al ÑUDO que lo fajen»; no se harán cruces, sorprendidos ante todo por el dichoso ÑUDO que supondrán un mero aborto de las pampas, ignorantes de que tie-

ne el alto honor de aparecer estampado en las obras clásicas, como pueden mostrarlo estos versos de Fray Luis de León:

«Si estrecha el ÑUDO dado» (*Oda á Felipe Ruiz*);
 «ÑUDOS de amor estrechos, ciegos, crudos,
 ÑUDOS de amor doy firmes y AÑUDADOS» (*Egloga VIII*).

En *Martín Fierro*, celebrado poema gauchesco del argentino José Hernández, se lee:

«Y más malo que su AGÜELA
 Se hacía astillas el bagual.»

Bien sabido se está que así habló Sancho: «Tanto vales cuanto tienes, decía una mi AGÜELA, y del hombre arraigado no te verás vengado.» (*Quijote*, 2.^a parte, cap. XLIII.) Y hasta el presente están los rústicos de esos mundos por enmendar el término que así dijo un campesino español: «Y el AGÜELO ¿qué quería *usté* que hiciese?» (*El Destino*, cuento de D.^a Emilia Pardo Bazán, inserto en *Lecc. de Lit.*, pág. 127.) La misma atracción fonética que convierte la *b* en *g* se observa en GOMITAR, voz tan propia de nuestro vulgo:

«GOMITAO y trompezando
 Del fogón pasé á la sala.»

(*Gobierno gaucho*, Estanislao del Campo);

como del habla arcaica, pues cita Nebrija, y hace de esto algunos siglos, la voz GÓMITO en su *Gramát. Cast.* (libro II, capítulo IV). Y no habrán dejado de oirse en España, alguna vez, expresiones como las que subrayo en estos versos:

«Deje: le hemos de buscar
 La GÜELTA por otro lao.»

.....

«Ya es GÜENO *dir* ensillando.»

(*Fausto*, poema gauchesco de E. del Campo.)

Quien haya leído la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada, habrá dado con este pasaje: «Pues qué más quieres tú que comenzar *desde agora* á ser bienaventurada, y recibir DENDE acá las arras de aquel divino casamiento» (libro 1.^o,

parte 2.^a, cap. 16); donde, como se ve, se muestran á la par nuestro *desde* y el arcaico DENDE que perdura en *Martín Fierro*:

«Hace *trotiadas* tremendas
DENDE el fondo del desierto»;

y en *Gobierno gaucho*:

«Mando que DENDE este instante
Lo casen á uno de balde.»

Y cuéntese que tampoco han olvidado esta anticuada forma los campesinos españoles: DENDE decía también *Bruno el Tejedor*. (Véase la comedia así titulada, de V. de la Vega.)

Todo aquel que se haya regocijado con las admirables páginas del *Quijote*, recordará la célebre carta enviada por Sancho á su mujer; allí se lee esta gran verdad: «De aquí á pocos días me partiré al Gobierno, *adonde* voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicha que todos los gobernadores nuevos van con este MESMO deseo. Este MESMO, que aún emplean los rústicos de España, circula también entre nuestro vulgo, como lo prueban estos versos:

«Mas quiso la suerte INDINA
De aquel maula que me errase,
Y hay no más lo levantase
Lo MESMO que una sardina.»

(*Martín Fierro*.)

«Pues allí la MESMA cosa
Le pasó al DOTOR, paisano.»

(*Fausto*.)

Esa *g* que perezosamente omite nuestro popularísimo *Martín Fierro* al decir INDINA, tampoco la usan algunos provincianos españoles (véase *Los hombres de pro*, cap. II, y otras obras de Pereda), y tal pronunciación es arcaica:

«Toda la verdad del cielo
A tu mentira REPUNA.»

(Cervantes. — *El rufián dichoso*. Jorn. 2.^a);

«Con aquellas palabras más me INDINAS.»

(Cervantes.—*La casa de los celos*. Jorn. 1.^a)

Y fué tan propio del siglo de oro como lo sigue siendo para nuestro vulgo el suprimir también, por asimilación, la *m*, la *p*, la *c* y la *x* cuando figuran ante otra consonante de distinta sílaba, especialmente en las combinaciones *mn*, *pt*, *cp*, *ct*, *cc* ó *xc*. He aquí algunas muestras de antaño:

«COLUNA que sustenta el edificio
Donde moran las ciencias y el juicio.»

(Cervantes.—*Pedro de Urdemalas*. Jorn. 1.^a);

«La multitud del pueblo estaba atenta
A ver el ESPETÁCULO SOLENE.»

(Rufo.—*La Austriada*. Canto XIX);

«De este modo, yo lo ACETO.»

(Cervantes.—*Pedro de Urdemalas*. Jorn. 1.^a);

«El cual manifestando su CONCETO
Le ha escrito con fervor extraordinario.»

(Rufo.—*La Austriada*. C. XX);

«Sé en EFETO

Una, que sana el aprieto.»

(Cervantes.—*Pedro de Urd.* Jorn. 2.^a);

«Llegó en EFETO, como todo llega,
Si no es el bien PERFETO, en vida humana.»

(Rufo.—*La Austriada*. C. XX);

«Le juzgo por engañado
A nuestra SATISFACIÓN.»

(Cervantes.—*El rufian dichoso*. Jorn. 1.^a);

«O el cordobés poeta castellano
Intitulado así por ECELENCIA.»

(Rufo.—*La Austriada*. C. XXI.)

Y para no dejar de poner otras citas de ogaño, vayan si- quiera las siguientes:

«Cuasi le da el ACIDENTE

Cuando á su casa llegaba.»

(E. del Campo.—*Fausto*);

«Mando, hoy que soy SUESELENCIA,
Que el que quiera ser *pulpero*
«Se ha de confesar primero
Para que tenga *concencia*.»

(E. del Campo.—*Gobierno gaucho*.)

Y no es raro hallar á las veces entre nuestros campesinos quien diga ACEUTO, EFEUTO, etc.; y es más común tal vocalización cuando obran dos c: se oirá, pues, á nuestros rústicos el mismo DESTRUICIÓN que puede leerse en *La Perfecta Casada*, de Fray Luis de León (cap. IV).

Volviendo á nuestro dichoso *Martín Fierro*, y sea por vez postrera para no cansar al lector con tanta cita, tiénese:

«NAIDES me puede quitar
aquello que Dios me dió»;

y volviendo una vez más al *Gobierno gaucho*:

«NAIDES tiene que pedir
Pase para otro partido.»

NAIDE dice también el mentado *Bruno el Tejedor*, de V. de la Vega. Y ha de saberse que este NAIDE, afortunada metátesis, que sobreviene al través de no pocos siglos (y metátesis ha de ser, pues del latín *nati* ó del bajo latín *nadi* mal podía nacer NAIDE antes que *nadie*), fué puesto en letra de molde hace ya buen rato por Santa Teresa, por Lucas Fernández y por T. S. de Iriarte:

«Ca no habrá NAIDE en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.»

(*El retrato de Golilla*.)

En la misma condición está NIERVO, tan común en nuestro vulgo como lo fué en el habla popular del siglo XVI:

«De osos las presas, de león los NIERVOS,
Y cuernos duros de ligeros ciervos.»

(Valbuena.—*El Bernardo*, libro IX.)

Escribió Villaviciosa:

«Sobre ella tanta máquina no cabe,
Y por pasar de presto se ARREMPUJA.»

(*La Mosquée*, canto XII);

la *a* (de la prep. latina *ab*) habrá holgado siempre, como huelga en ARRECOSTARSE, AMELLAR, ARREMEDAR, ABOSEGAR y ABAJAR, arcaísmos que también conserva fielmente nuestro vulgo; y hasta la *rr* suena mal hoy entre gente culta. Con *empujar* basta y sobra, aunque el Dic. académico dé carta cabal á *rempujar*.

Ercilla, primer cantor de las hazañas americanas, nos ha dejado estos versos:

«Era llegada al mundo aquella hora
Que la ESCURA tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el Occidente retrayendo.»

(*La Araucana*, canto XIV);

en ellos se muestra el vulgarísimo ESCURO, que puede verse también escrito por Fray Luis de Granada: «El cielo dice, yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes á ESCURAS,» (*Guía de pecadores*, libro 1.º, parte 1.ª, cap. 3); y este ESCURO ó ESCURA, como ESCURECER, ESCURIDAD y ESCURANA ruedan aún por nuestros campos.

En el *Quijote* puede tomarse nota de otros muchos arcaísmos que son de uso corriente entre nuestro vulgo: «Vivamos todos y comamos en buena paz y COMPAÑA» (2.ª parte, capítulo XLIV); «le había dado un BOLSICO con doscientos escudos de oro» (2.ª parte, cap. LVII), etc. «Cuando le VIDO tan al vivo» (2.ª parte, cap. LVII), etc.

Y, para dejarme de tanta cita, básteme advertir que siguiendo los clásicos se irán hallando, cual otros tantos fósiles, nuestros comunes vulgarismos ADEVINAR, AGUAITAR, AGREARSE, ANSINA (es también voz del bable), ASEGÚN, COMPARANZA, CONOCENCIA, DISPAREJO, EMPRESTAR, ENDENANTES, ESCREBIR, LAMBER (usado también en Andalucía), NENGUNO, ÑUBLADO, ÑUBLAR,

ONDE (1), RECEBIR, TRISTURA, TROMPEZAR, TROMPEZÓN, TRUJO, VACIDO, etc., términos éstos que no revivirán en el lenguaje literario. Recorren, como se ve, su última etapa en boca del vulgo; pero, la civilización y el adelanto mismo de la lengua están llamados á hacerlos de lado, á extinguirlos completamente. Sólo quedarán entonces en las obras citadas, como corresponde á su fósil condición, pues ha de ocurrir en la vida de los vocablos lo que acontece en la evolución lingüística, donde se comprueba que las lenguas extinguidas no reaparecen jamás.

Por algo viene resultando infructuoso el afán del P. Mir, de la Pardo Bazán y de otros hablistas y escritores eminentes, por revivir algunas voces y giros arcaicos, dando en usarlos para concederles nervio y nueva vida, que no así como quiera se levantan los muertos.

Y aquí es muy del caso advertir que la docta Corporación encargada, según su propio lema, de *fixar, pulir y dar esplendor* al idioma, no se anda muy mesurada en la clasificación de los arcaísmos, ó trae como corrientes voces que ya han caído en desuso, ó se aventura dando como «anticuados» á vocablos que, si bien pueden estar en algún olvido allá por España, aún tienen vida potente por estos mundos, como que se oyen á cada paso en boca de gente culta y son puestos en letras de molde por escritores de valía. Creo que *ativianar, apasionamiento, atronante, deficiencia, desayuntar, enseñable, espectable, espigoso, expandir, prestigiar, resurgir*, y como éstas, muchas otras voces, bien pueden reclamar contra el dictamen académico que pretende lapidarlas. Y no haya cuidado, por ejemplo, de que esa abreviación «ant.» que sigue á *resurgir* en el Diccionario, alcance á desmerecer un ápice la insuperable be-

(1) La forma más usada por nuestro vulgo, y especialmente por el gaucho, es ANDE; se me ocurre que el cambio de o en a nace de la común contracción con á (Á ONDE = ANDE) y con PA, apócope viciosa de *para*; PA ONDE = P'ANDE).

lleza de «El Misionero», inspiradísima poesía de Ricardo Gutiérrez, donde se lee:

«¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización que alza en su huella
El hombre hasta la gloria,
Al *resurgir* la cruz renació en ella!»

Arcaísmos tenemos que sólo subsisten en la elocución poética; así la preposición, *cabe* que antaño no desdeñó la prosa, como puede verse en este pasaje de Santa Teresa: «Acaecíame en esta representación, que hacía de ponerme *cabe* Cristo,» (*Vida*, 1.^a parte, cap. 10). *Domeñar*, está en igual condición, aun cuando no conste como anticuada en el Léxico académico para uso alguno. Y otro tanto nos toca decir del adjetivo *silente*, que ni es mentado siquiera en el Diccionario:

«Como surgiendo de *silente* abismo,
El Mundo Americano
Alborozado se escuchó á sí mismo.»

(*Echevarría*, por R. Obligado);

«¡*Silente* asombro!... por la vez postrera
Tu voz escucha el mundo»...

(*La gloria del Libertador*, F. G. Pardo.)

Muchos, muchísimos de los vocablos que anota como anticuados el Léxico sobreviven, al menos en la República Argentina, á la par de las voces llamadas á reemplazarlos; en esta cuenta están *aflojadura* y aflojamiento, *barrial* y barrizal, *benefactor* y bienhechor, *brocato* y brocado, *cargoso* y cargante, *creatura* y criatura, *cuotidiano* y cotidiano, *decaimiento* y decaecimiento, *degollamiento* y degollación, *dejarretar* y desjarretar, *desavenimiento* y desavenencia, *desbaratamiento* y desbarato, *descargamiento* y descargo, *desfavor* y disfavor, *desfundar* (1) y desenfundar, *erro* y yerro ó error, *falla* y falta, *fístola* y fístula, *gradación* y graduación, *habitud* y hábito, *li-*

(1) Y bien puede subsistir *desfundar* sin dar motivo á confusión ó dificultad alguna, así como se admite á *desencaminar* y *descaminar*, *desengoznar* y *desgoznar*, *desentornillar* y *destornillar*, *desenfrenar* y *desfrenar*.

berar y *libertar*, *llamado* y *llamamiento*, *maza* y *cubo* (de la rueda), *mensura* y *medición*, *mestura* y *mistura*, *mesturar* y *misturar*, *ramada* y *enramada*, *salvuarda* y *salvanguardia*, *temperado* y *templado* (hago constar que subsiste el verbo «temperar»), *tusar* y *atusar*, *yantar* y *comer*, *yeguarizo* y *yegüerizo*, voces éstas que pudo dejar coexistir la Academia, ya que concede esta gracia á *cuasi*, *fierro* y *luengos*, que se mantienen tan puestos en razón como *casi*, *hierro* y *largos*. A fe que de algunas sé decir que más lozanas se muestran por estas tierras las que trae el Diccionario como anticuadas así: *barrial*, *cargoso*, *decaimiento*, *mestura*, *mesturar*, *turar*, *yeguarizo*, etc., tan usadas por la gente inculta como por la de guante blanco; y de *mistura*, por ejemplo, cúpleme advertir que también está como quien peina canas, que la usaron, y va de esto un buen rato, Fray Luis de León:

«Casó Niso con Mopso ¿Qué *mistura*
No templara el amor? El tigre fiero»... (*Egloga* 8);

y Cervantes:

«¿Si viene con *mistura* de candela
Tan Grande novedad?»

(*La casa de los celos*, Jor. 1.^a)

Y de otras bien podemos aseverar que no tienen á menos usarlas, y con mucho donaire y gallardía, los mejores escritores de la madre patria; tal ocurre con *yantar*, por ejemplo, que donosamente pluraliza la Pardo Bazán en un artículo de la «Ilustración Artística» de Barcelona (número de Mayo de 1908), titulado «Vida contemporánea», donde comienza un párrafo con estas palabras: «*Yantares* eran aquellos muy de varones...»

*
* *

Filón muy rico en vulgarismos que constituyen á la vez formas arcaicas, ajeno á los léxicos y poco explorado por filólogos y gramáticos, es el que ofrece la conjugación. El uso de los verbos y pronombres resulta en América, y muy especial-

mente en mi patria, la Argentina, de lo más ocasionado á infracciones gramaticales, precisamente por la intromisión de arcaísmos en el lenguaje vulgar.

Dice Bello (*Gramática Cast.*, Cap. XIII): «Hay en la segunda persona pluralidad ficticia cuando se dice *vos* por *tú*, representándose como multiplicado el individuo en señal de cortesía ó respeto; pero ahora no se usa este *vos* sino cuando se habla á Dios ó á los Santos: ó en composiciones dramáticas, ó en ciertas piezas oficiales, donde lo pide la ley ó la costumbre.»

Buen enredo nos ha dejado esta dichosa «pluralidad ficticia», que nos explica el insigne maestro, como que á ella debemos los hispano-americanos el andar tan retrasados en el uso correcto de las formas verbales que corresponden á la segunda persona: tenemos que este *vos*, forma primitiva ó apócope de *vosotros*, reemplaza á *tú*, acompañándose con formas arcaicas que fueron plurales, ó concordando disparatadamente con las que hoy corresponden al singular; el pronombre *ustedes* toma indebidamente para sí las formas verbales que han de ser regidas por el pronombre *vosotros* y las transporta á la tercera persona, de modo que el plural de la segunda sólo queda en la estantería gramatical para los usos literarios y para una que otra persona bien hablada, que no dejará de ser vista como re-dicha por los ignorantes.

Trataré de desenvolver algunos hilos de esta madeja, y advierto de paso que es misión noble de nuestros maestros el salvar estas corruptelas, en cuanto es posible, desde la escuela primaria.

En la segunda persona del presente de indicativo y del subjuntivo de los verbos pertenecientes á la primera conjugación, y en muchos de la segunda, mantenemos impropriamente las formas arcaicas *AMÁS*, *AMES*, *PASÁS*, *PASÉS*, *TENÉS*, *TENGÁS*, etc., que han precedido á las que corresponden actualmente al plural de la misma persona ó que con ellas han coexistido; y no es raro que tales formas anden aún por estos mundos desde que eran de uso vulgar en España, allá por la época de

la conquista. Granada, en su «*Vocabulario Rioplatense*» (página 87), aduce ejemplos tomados de las recomendaciones que dejó escritas D. Pedro de Mendoza, primer adelantado del Río de la Plata, á su lugarteniente D. Juan de Ayolas, donde se leen los MIRÁ, TRATÁ, CURÉS, y PONÉ, que hoy siguen viviendo en nuestro lenguaje vulgar, á la par de vos, que á la sazón fué también de uso común para dirigirse á inferiores ó personas de confianza, aunque siempre considerándolas como pluralizadas. Cuervo, el más ilustrado filólogo del habla castellana, en comprobación de esto mismo, transcribe en sus *Apuntaciones* (página 205, edición de 1907) algunos párrafos de un escrito en que Fernández de Oviedo, gobernador del Darién, habla á un subordinado suyo tratándole de vos y empleando las formas TENÉS, MURMURÉS y MEDRÉS; y en la misma obra (*Apunt.*, página 161) cita estos versos de Micael de Carvajal:

«No TENGÁS de eso cuidado
Que todo *vuestro* dinero
Yo lo tengo muy entero»;

y trae ejemplos del Marqués de Santillana, de Lucas Fernández y de otros autores, lo que basta para dejar probada la arcaicidad de tales formas y usos.

La misma aplicación de las formas del plural, al dirigir la palabra á una sola persona, tiénese, usaba desde antaño, también en verbos de la tercera conjugación. Tal se ve en esta pregunta de Sancho: «¿Qué *decís vos* de esto, buen viejo del báculo?» (D. Quijote, 2.^a parte, cap. XLV); y en estos lugares de Tirso de Molina:

«¡*Venís* bueno?

Alférez.

Y espantado

De la virtud que os ha honrado.» (*Marta la piadosa*);

«A qué *venís*, secretario?» (*El vergonzoso en palacio*.)

En las provincias de Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis), como en Chile, dice la gente del pueblo QUERÍS, VENÍS, TENÍS, VERÍS, VOLVERÍS, JUNTÍS, etc., por *quieres, vienes, tienes, verás,*

volverás, juntés, etc. Este trueque vicioso de *e* ó *a* por *i*, que se extiende á casi todos los verbos de la 2.^a conj. y á muy pocos de la 1.^a, en la 2.^a pers. sing. del presente y del futuro de indic., es, á mi ver, una asimilación de la desinencia arcaica *és* (y *ás* en muy contados casos) que ha venido á fundirse por analogía con la que es propia de los verbos de la 3.^a conjugación. No lo ve así el muy ilustrado filólogo español don R. Menéndez Pidal, quien dice: «como contracciones vulgares de esta persona, vos pueden señalarse *presumás, acordás, sabés*, usadas en el siglo xv-xvi, y hoy en la Argentina, y *vis, comís, querís*, de que se señalan ejemplos en Aragón y Chile; esta última no es una asimilación á la conj. -ir, porque también se ofrece en el *eis* del subj. -ar: *juntís*» (1). (*Gramát. Histor.*, pág. 207.)

Es hoy de todo punto intolerable la *s* final de AMASTES, BUSCASTES, HICISTES, etc., que tanto empleamos los argentinos, y cuéntese que caen en esta trasgresión hasta personas muy cultas que no andan al tanto con la Gramática. Corresponde la terminación *ste* para el singular:

«Todo, rey de la lira, lo *abarcaste*,
Resiste en todo la medida tuya»

(M. M. Pelayo.—*Epístola á Horacio*);

y para el plural, la terminación *steis*.

Lanchetas (*Morfología del verbo cast.*, pág. 12) dice respecto á esto: «La Edad Media, con una lógica y fidelidad sorprendente, empleó casi exclusivamente la forma *stes*, lo mismo refiriéndose á una sola persona, cuando se trataba de *vos*, como refiriéndose á muchas»; y apoya esta aserción en citas

(1) Al menos en las provincias de San Luis y Mendoza, que he tenido ocasión de visitar, no he advertido en el habla popular el uso de la 2.^a persona en plural. Ha de ser contadísimo, si lo hay, la persona que diga, por ejemplo: «No os *juntéis* (ó *juntés*) vosotros»; lo común será oír: «no se *juntan* ustedes», produciéndose la trasposición de personas que he indicado en párrafos anteriores.

de Alfonso VI, de Berceo y de Guevara. Ya puede colegirse de cuanta distancia nos trae esta vulgar trasgresión el dichoso *vos*; y aun perdura esta forma arcaica en pleno florecimiento literario del siglo XVI, como puede verse en estos ejemplos:

«No os envié yo á llamar; vos me BUSCASTES
Y con falsas promesas me ENGAÑASTES.»

(Valbuena.—*El Bernardo*, libro VII);

«Calla, marido; y adonde lo PLANTASTES?»

(Lope de Rueda.—*Las aceitunas*);

«Tan en hora mala SUPISTES vos rebuznar, Sancho; y ¿dónde HALLASTES vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado?» (1). (*Quijote*, 2.^a parte, cap. XXVIII); y llega también al siglo XVII:

«Esa dama á quien HICISTES
Conforme vos me DIJISTES,
Anoche fiestas en el río
Es causa de mi tormento.»

(Juan Ruiz de Alarcón.—*La verdad sospechosa*.)

No se ha librado el modo imperativo de los trastornos que aporta este *vos*; antes bien, dada su misma naturaleza, desde que quien manda, ordena ó ruega no está por lo común en ánimo de entrar en dilaciones para discernir cuál es la forma más correcta, cuál la que aconsejan gramáticos ó hablistas, viene á ser de suyo, el imperativo, muy ocasionado á yerros. Siendo, por otra parte, el modo verbal que más se acompaña, con pronombres, da ocasión sobrada para que el terrible *vos* haga de las suyas.

No es, pues, de extrañar que aún se mantengan en el habla de América formas del imperativo, que ya desde el XVI, y especialmente en los albores del siglo XVII, comenzaron á des-

(1) Aun cuando he confrontado con la 1.^a edición (facsimile publicado por la casa Montaner y Simón) todas las citas del *Quijote* que anoto, creo innecesario el transcribir todos los términos con la ortografía original.

aparecer del lenguaje literario, que es reflejo fiel del decir más culto y correcto.

En *Las aceitunas*, de Lope de Rueda (edición de Ochoa), se lee: «Hora *andad*, vecino; entraos allá dentro, y TENÉ paz con vuestra mujer»; ya, en este pasaje, si no se trata de un error de imprenta, se tiene oportunidad de ver indistintamente usadas las dos formas, la que hoy es correcta (*andad*), y la arcaica (TENÉ), que sigue viviendo en nuestra habla popular.

Recorriendo *El vergonzoso en palacio*, de Tirso de Molina, he podido contar los tres siguientes ejemplos, que prueban cómo han alcanzado tales formas al siglo XVII:

- «ECHÁ vino, Hernán Alonso;
- Beba el cura y vaya arreo» (Acto II, Esc. XIV);
- «Responded; DEJÁ el temor» (Acto III, Esc. VIII);
- «Ahora bien, CORTÁ una pluma» (Acto III, Esc. XVII)

Los *mirad*, *pasad*, *tomad*, *salid*, *venid*, etc., sólo pueden tolerar hoy la apócope de la *d* antes del enclítico *os*: *miraos*, *pasaos*, *tomaos*, *salíos*, *veníos*, etc.

Ir resulta excepción, forma *idos* y no *íos*. Queden, con esto, advertidos los que por estos mundos dicen familiarmente «ITE cuanto antes», «*i* disponiendo lo necesario», etc., que esta *i* peregrina no constituye hoy de por sí ninguna de las inflexiones que corresponden en castellano al verbo *ir*; apréndase una vez por todos á decir *vé*, *véte*, en la segunda persona del singular, como se tiene en estos ejemplos:

- «A su esclavo prevén; y tú á mi estancia
- Vete* y aguarda allí.»
- (V. de la Vega. — *La Muerte de César*, acto II, escena 1.^a);

- «*Ve* y cuéntale lo que pasa.»;
- (Hartzenbusch. — *La ley de raza*.);

- «*Vete* ya, no te entretengas,
- Y ponte en observación.»
- (M. de Echegaray. — *Entre parientes*.)

Es elemental que corresponde el empleo de *id*, *idos*, cuando

se habla á varios; y á fe que necesitan esta explicación muchos de mis compatriotas, quienes tendrán que andarse con más tiento si quieren salvarse del enredijo que les aporta este pícaro *vos*, que ha venido á resultar algo así como temible serpiente puesta en el paraíso de la conjugación.

Creer que puedan servir en nuestro lenguaje culto y literario, que es el verdadero idioma nacional, estos usos arcaicos á la vez que vulgares, es como estar á la espera de que nuestros militares vuelvan á calarse celada y á embrazar adarga ó rodela, como en los tiempos de rompe y rasga, que puso en ridículo el sublime loco nacido de la pluma de Cervantes.

Y ya que he mentado al bueno de D. Quijote, permítaseme traer á colación, de sus sabios consejos, el siguiente: «Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y *ponlas* (1) en la verdad del caso.» (2.^a parte, cap. XLII.) El verbo subrayado servirá á muchos Sanchos de nuestra literatura para venir en conocimiento de la forma apocopada que corresponde hoy al imperativo sing. de la segunda pers. de *poner*.

Ese PONE, que hoy no deja de medrar más de lo debido, no obstante su incorrección, es forma intermedia entre el arcaico PONE y el actual *pon*.

En corroboración de mi aserto, veo anotado por Lanchetas (*Morfol.* pág. 148) que *pon* es apócope de PONE y que se explica tal apócope por la ley fonética, que dice: «la *e* y la *i* finales átonas, influídas por los sonidos circundantes *n l*, se perdieron».

He aquí algunos ejemplos que muestran cuál es la forma consagrada por el buen decir:

«Pues *ponte* como una Eva
Para que caiga este Adán.»

(Agustín de Moreto.—*El desdén con el desdén*);

(1) En la primera edición del *Quijote* (facsimile citado) dice *ponlos*, error de imprenta, seguramente; que mal puede atribuirse al gran Cervantes tal falta de concordancia.

«*Ponme debajo del vecino carro.*»

(Trad. de A. F. Moratín. — *Oda de Horacio, A. Aristio Turco*)

«Al que lleva detrás *ponlo* delante.»

(Campoamor. — *Los hijos y los padres.*)

Y así, con la radical solamente, han de conjugarse *tener*, *hacer*, *venir*, *salir* y otros verbos que indebidamente damos en usar con terminación análoga á la del plural. Se dirá, por tanto, *ten*, *haz*, *ven*, *sal*, etc.

La transgresión indicada se extrema con los compuestos de estos mismos verbos; muchos son los que dicen: COMPÓNELO, DISPÓNETE, PREVIÉNELE, DETIÉNEME, ENTRETIÉNEME, DESHACE, REHACE, etc.; y lo gracioso es que caemos en estas infracciones por ignorante atildamiento, por huirle á las formas más vulgares y arcaicas, COMPONELO, DISPONETE, PREVENILE, DETENEME, ENTRETENEME, DESHACÉ, REHACÉ, etc., y fácilmente nos mantendríamos á salvo de tales barbarismos y del ridículo consiguiente, si se tuviera presente que estos compuestos han de conservar las formas simples de que provienen; siendo éstas *pon*, *ven*, *ten*, *haz*, etc., no caben otras formas correctas que *compón*, *dispón*, *prevén*, *detén*, *entretén*, *deshaz*, *rehaz*, etc. (1). Y ya que la transgresión cunde tanto, al menos por estas tierras, aun entre gente que se precia de culta y leída, entresaco de mi acopio de papeletas número suficiente para dejar convencido al más incrédulo sobre cuáles son las formas que adopta invariablemente el decir más correcto.

Con todo, no me faltará algún ejemplo para comprobar que las formas que tacho han podido tener uso, sirviendo de eslabón entre las más vulgares y arcaicas y las que actualmente corresponden al lenguaje culto y literario. Helo aquí:

«DISPÓNETE, que tuya es la ventura.»

(Fray Luis de León. — *Égloga 8.*)

(1) *Satisfacer* tolera las dos formas, pues Bello encuentra que son admisibles *satisfaz* y *satisface*; Lanchetas corrobora esto mismo (*Morfol.*, página 143), y no faltarían ejemplos para probar que las formas imperativas *deshace* y *rehace* son también aceptables.

Y van ahora los ejemplos que han de tenerse en mejor cuenta:

«Dispón desde hoy, amigo Sancho, seis camisas más.»

(Cervantes.—*Quijote*, 2.^a parte, cap. LXIX);

«Escucha, aguarda, *detente*.»

(C. de la Barca.—*La vida es sueño*, Jor. 1.^a, Esc. VIII);

«Y aun *prevente* tú también.»

(José de Cañizares.—*El domine Lucas*);

«Tu rostro *compón*.»

(Hartzenbusch.—*El mal apóstol y el buen ladrón*);

»En Francia... En fin, *entreténla*.»

(V. de la Vega.—*El hombre de mundo*, Acto III, Esc. XIV);

«Contén un poco tu genio.»

(V. de la Vega.—*Una boda improvisada*.)

Los compuestos de *decir* no siguen la regla apuntada: El imperativo (*di*), que ha de usarse apocopado, según puede leerse en estos ejemplos:

«Dilo tú que en el templo

Vagas inulta en medio á los despojos.»

(R. M. Baralt.—*A Cristóbal Colón*);

«Del lago, di, no temes la pérvida sirena.»

(C. Guido y Spano.—*Celada*);

se convierte en *dice* cuando se trata de los compuestos *bendecir*, *condecir*, *contradecir*, *desdecir*, *maldecir* y *predecir* (*bendice tú*, *condice*, *contradice*, *desdice*, *maldice* y *predice*).

Seguiré con algunos casos particulares.

Ya he tenido ocasión de citar el arcaico TRUJO. Esta *u*, que era común á todas las formas del pretérito de *traer*, encuéntrase en los clásicos del siglo XVI y llega hasta el siglo XVII; antes existieron las formas TROXO, TRUXO. Perdura entre los campesinos españoles como en los nuestros.

Nuestro vulgar TRAJIERON es antiquísimo; puede vérsese en las obras de Berceo. Y el TRAIN y el TRAY, que son hoy tan co-

munes vulgarismos, habitan también en las obras de nuestros clásicos, como que las empleó Santa Teresa y pueden leerse en estos versos:

«Amor es duende importuno
Que al mundo asombrado TRAY.»

(Antonio de Solís.—*El amor al uso*);

«Si no en cuidado te TRAY,
Para obligarle no hay
Medio como tu hermosura.»

(Agustín de Moreto.—*El desdén con el desdén*.)

Y para que el lector no crea que era ésta la única forma consagrada en los clásicos, transcribiré otro verso de esta misma pieza de Moreto, el que dice:

«Porque ella la trae pegada.»

Nada más común que el vulgar REITE que para colmo de males á las veces se convierte en RÉITE y para el gaucho en RAITE. Ya que tan dada es la gente á reirse, sepa siquiera que ha de decirse *riete*. Y no es raro que se cometan infracciones con el imperativo cuando andan todavía en boca del vulgo los RIYÓ, RIYERA, RIYESE, antiguallas que hace buen tiempo se mandaron guardar:

«RIYÉROME, á no ver que aquesta noche
Los dos habemos de cenar con Cristo.»

(Tirso.—*El vergonzoso en palacio*, Acto 1.º, Esc. VI.)

Las formas actuales, *rió, riera, riese*, tienen á su favor, aparte de la corrección, el mérito de ser de sonido más grato. En las mismas irregularidades ha caído *freir* (de la 3.ª clase de Bello); cuéntase, por tanto, que los FRIYA, FRIYERA, FRIYESE, FRIYERE, etc., ni en la cocina caben hoy; se caen ya de viejos, y es hora de suplantarlos, como manda el buen decir, por *fría, friera, friese, friere*, etc.

Nuestro vulgo ignora la forma que corresponde á la 2.ª parte del subj. presente de *ir*; aun no ha aprendido el empleo de *vayas, vayáis*, y encaja, muy malamente, en su lugar el *vas* ó

VAIS, que sólo corresponde hoy al ind. presente. Mantiénese con esto un uso que ya debió pasar de moda, y para comprobar el arcaísmo, aporto estos ejemplos:

«No es, amigo, conveniente
Que VAIS á ver á Isabel.»

(Antonio de Solís.—*El amor al uso.*)

«Os suplico con todo encarecimiento que os VAIS y me dejéis.»

(Cervantes.—*La señora Cornelia.*)

El vulgarísimo sos que se usa indebidamente por *eres*, ó por *sois* en su maridaje con *vos*, es forma arcaica, viene á ser síncopa del *soes* del siglo XIV ó de su descendiente *sois*; se le encuentra en Lope de Vega:

«Deste habés de ser madrina,
Laura, pues sos nuestra reina.»

(*El hijo de los leones*);

y aun se llega á ver en Tirso de Molina. Cuervo admite que también puede ser «forma del singular sacado por analogía de *yo so* ó *soy*, como *sois* lo es de *somos*» (*Apunt.*, pág. 162). Sea una ú otra su procedencia, resulta hoy inaguantable vulgarismo. Y más vulgar, ya que sólo se oye en boca del gaucho ó del *compadrino* (el chulo bonaerense), resulta el pl. SEMOS, usado en el bable, y que, según Puigblanch (*Opúsc. Gram.-sátiricos*, núm. 37), «es el antiquísimo *semus* latino, por *sumus*, ya anticuado en Roma en tiempo de Augusto».

El vicioso HAIGA, tan común en nuestro vulgo como entre los campesinos de España, nos viene desde lejos, pues se le ve muy campante en comedias de Rojas. Aunque Monlau (*Discursos académicos*) remonta su origen hasta hacerlo derivar del verbo gótico *aigan*, es más que probable que sólo se trata de una desviación de la forma genuina *haya*, forma antiquísima que aparece en Berceo y en el Cid; y habrá nacido por analogía con los mismos tiempos y modos de *caer*, *traer*, *oir* y otros verbos (*caiga*, *traiga*, *oiga*, etc.). Atribuyo también á influencia análoga la existencia de los vulgarismos DEA, DEAS,

DEAN (por *de, des, den*) que han de haber sido influídos por los tiempos correspondientes de los verbos *ver* y *ser* (*vea, veas, vean, sea, seas, sean*).

También de lejos, muy lejos, nos llegan los *vía, vías, vían*, que abundan en nuestra habla vulgar, como entre la de los asturianos; vense estas formas en letra de molde desde los primeros clásicos castellanos:

«Fué el Marqués juntamente avisado y requerido de personas que *vían* el daño.» (Diego de Mendoza.—*Guerra de Granada*, libro 3.º);

«Yo sé unã dama á quien dió
Cierto amigo gran cuidado
Mientras con cuello le *vía*.»

(Alarcón.—*La verdad sospechosa*.)

Lanchetas (*Morfol.*, pág. 139) explica su formación en los siguientes términos: «Si con el radical *ved* se formó *vedia*, con la forma más antigua, *vid*, se constituyó también *vidia*, y ésta produjo el *vía*, usado ya en los primeros tiempos del idioma castellano, y entre nosotros una que otra vez por los poetas.» Agregue en buena hora nuestro vulgo esa *e*, ya que hoy lo exige la correcta conjugación de *ver*; y quédense los arcaicos *vía, vías, vían*, para los poetas, desde que les facilitan en ocasiones un buen recurso para adaptarse al metro ó á la rima, licencia que no han dejado de aprovechar nuestros pulsadores de lira, como puede verse por estos versos:

«*VÍANSE* lanzas agudas.»

(Echeverría.—*La Cautiva*.)

«Y allá en su mástil ondear se *vía*.»

(B. Mitre.—*El Corsario*.)

Otros casos y muchos otros ejemplos podría agregar; mas baste lo que anotado queda para dejar probado que una buena parte de nuestros vulgarismos, de las transgresiones de la con-

jugación más comunes en nuestro lenguaje popular, son arcaísmos, rezagos de los mejores tiempos del habla castellana; que se irán perdiendo, que no revivirán jamás en el verdadero idioma patrio ó nacional, que es el idioma culto y literario.

JUAN B. SELVA

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: BELLAS Artes: El movimiento en el arte.—PSICOFÍSICA: El misterio de la música.—GEOGRAFÍA HISTÓRICA: La toponomástica.—FEMINISMO: Notas de una literata sobre la carrera literaria.—COSTUMBRES: El amor en los adolescentes.—IMPRESIONES Y NOTAS: La neutralidad escolar.—Plagio inconsciente.—Enfermedades misteriosas.—Lamartine casamentero.—Tesoro encontrado en sueños.—El arte de juzgar: anécdotas.—El acento alsaciano y el asesinato del Duque de Enghien.

BELLAS ARTES

EL MOVIMIENTO EN EL ARTE.—En el Museo de Luxemburgo hay dos estatuas de Rodin que atraen y cautivan á Pablo Gsell: la *Edad de bronce* y *San Juan Bautista*. Hablando de ellas con su autor, le dió motivo para tratar de uno de los elementos más importantes en la estatuaria, el movimiento, y de la conferencia publicada en *La Revue* sobre este tema ofrecemos á nuestros lectores un extracto.

«Puesto que me tomáis por un hechicero, decía Rodin, voy á tratar de corresponder á mi reputación, ejecutando una tarea mucho más difícil para mí que animar el bronce: la de expresar cómo lo consigo. Notad, ante todo, que *el movimiento es la transición de una actitud á otra*. Esa es la clave del misterio.

En Ovidio se ve cómo Dafne se transforma en laurel y Progne en golondrina; el cuerpo de una se cubre de corteza y de follajes, y los miembros de la otra se revisten de plumas, de

modo que en cada una de ellas se ve la mujer que va á dejar de ser y el arbusto ó pájaro en que se va á convertir. El pintor ó el escultor, al hacer mover sus personajes, realiza una metamorfosis de esta clase: figura el paso de una actitud á otra, indicando cómo insensiblemente la primera se desliza en la segunda. «¿Os acordáis, agrega el artista, del *Mariscal Ney* de Rude. —Sí, contesta Gsell: el héroe levanta su espada y grita á sus tropas: ¡*Adelante!*—¡Precisamente! «Pues bien; cuando paséis delante de esa estatua, miradla bien y observaréis esto: las piernas del mariscal y la mano que sujeta la vaina del sable están colocadas en la actitud que tenía cuando ha desenvainado; la pierna izquierda se ha borrado, para que el arma se ofrezca más fácilmente á la mano derecha que va á sacarla, y la mano izquierda se queda un poco en el aire, como si presentara todavía la vaina. El torso debía estar ligeramente inclinado á la izquierda en el momento en que se ejecutaba el gesto descrito; pero hele ahí que se yergue, que el pecho se saca, que la cabeza, vuelta hacia los soldados, ruge la orden de atacar, y que el brazo derecho se levanta blandiendo el sable. El movimiento de esa estatua es el paso de la actitud que el mariscal tenía al desenvainar, á la que tiene cuando se precipita hacia el enemigo con el sable al aire. El estatuario obliga así al espectador á seguir el desarrollo de un acto á través de un personaje. En el ejemplo citado, la mirada sube forzosamente de las piernas al brazo levantado, y como durante el camino que sigue encuentra las diferentes partes de la estatua, representadas en momentos sucesivos, tiene la ilusión de ver ejecutar el movimiento.

Examinando, en efecto, la *Edad de bronce*, se ve que las piernas de aquel adolescente, que no está todavía completamente despierto, están flojas y casi vacilantes; pero á medida que la mirada se eleva, se ve cómo se afirma la actitud: las costillas se alzan bajo la piel; el tórax se dilata; el rostro se dirige hacia el cielo y los dos brazos se estiran para acabar de sacudir su pereza. El asunto de esta escultura es el paso de la

somnolencia al vigor del sér dispuesto á la acción, representando simbólicamente la primera palpitación de la conciencia en la joven humanidad, la primera victoria de la razón sobre la bestialidad de las edades prehistóricas.

Pasando al *San Juan Bautista*, se veía al personaje apoyando con fuerza el pie izquierdo en el suelo, y pareciendo balancearse á medida que la mirada se dirige hacia la derecha; entonces se ve todo el cuerpo inclinarse en esa dirección, avanzando luego la pierna derecha y apoderándose el pie de la tierra; al mismo tiempo, el hombro izquierdo que se eleva parece querer llevar todo el peso del torso de su lado para ayudar á la pierna quedada atrás á volver adelante. Así se obtiene la impresión de un movimiento ejecutado con solemnidad casi automática. Se creería oír los pasos del profeta como los de la estatua del Comendador.

Pablo Gsell, reconociendo la exactitud de las observaciones, hizo al artista la objeción de ponerse en contradicción con sus principios, porque, lejos de copiar la Naturaleza con sinceridad, el interpretar el movimiento, se pone en desacuerdo con la fotografía.—No, respondió Rodin; la que miente es la fotografía, porque el tiempo, en realidad, no se detiene, y si el artista consigue producir la impresión de un gesto que se ejecuta en varios instantes de su obra, es mucho menos convencional que la imagen científica en que el tiempo queda bruscamente suspendido.

Como todavía mostrara Gsell alguna duda, Rodin le recordó el cuadro del *Embarque para Citera*, de Watteau. En esta obra maestra, la acción parte del primer plano á la derecha para terminar en el fondo á la izquierda. Lo primero que se ve en la delantera del cuadro, bajo frescas sombras junto á un busto de Cipris, engalanado de rosas, es un grupo compuesto por una joven y su adorador: el hombre está revestido de una esclavina de amor, en la que está bordado un corazón atravesado, graciosa insignia del viaje que quería emprender; arrodillado, suplica ardientemente á la bella que se deje convencer.

Ella le ofrece una resistencia, quizá fingida, y parece mirar con interés la decoración de su abanico.

— A su lado—dijo Gsell—hay un amorcillo sentado sobre su carcax; le parece que la joven tarda mucho, y la tira de la falda, para invitarla á ser menos insensible.

Eso es; pero hasta ahora, el bordón del peregrino y el breviario de amor yacen en tierra. Esa es la primera escena. En la segunda, aparece á la izquierda del grupo anterior otra pareja; la amante acepta la mano que la tienden para ayudarla á levantarse.

Si se ve de espalda, tiene una de esas nuca rubias que Watteau pintaba con gracia tan voluptuosa.—Algo más lejos, tercera escena, el hombre coge á su amante por el talle para arrastrarla; ella se vuelve hacia sus compañeras, cuyo retraso la pone algo confusa, y al mismo tiempo se deja llevar con pasividad consentidora. Ahora, los amantes descienden á la playa, y, completamente de acuerdo, se empujan riendo hacia la barca; los hombres no necesitan ya usar de súplicas; son las mujeres las que se agarran á ellos. Por último, los peregrinos hacen subir á sus amigos á la navecilla que balancea sobre el agua su quimera dorada, sus festones de flores y sus rojos velos de seda; los nautas, apoyados en sus remos, están pronto á servirse de ellos, y, llevados por la brisa, revoloteadores amorcillos guían á los viajeros hacia la azulada isla que surge en el horizonte.—Veo, maestro, que os gusta ese cuadro, porque habéis retenido sus menores detalles. Es un encanto que no se puede olvidar. ¿Habéis notado el desarrollo de esa pantomima? ¿es teatro ó es pintura? No se podría decir. Un artista puede representar, no sólo gestos pasajeros, sino una larga acción, y lo mismo pasa con la escultura.—Aquí está, por ejemplo—dijo sacando una fotografía,—*La Marsellesa*, de Rude. ¡*A las armas, ciudadanos!*, grita la libertad que hiende los aires con sus alas desplegadas; parece que se la oye, porque verdaderamente su boca de piedra vocifera hasta romper el tímpano. Y á su llamamiento, los guerreros se preci-

pitan; es la segunda fase de la acción. Un galo, con crines de león, agita su casco como para saludar á la diosa; su hijo desea acompañarle: «Soy bastante fuerte, soy un hombre, quiero marchar», parece querer decir el joven oprimiendo el puño de una espada.—Ven, dice el padre, que le mira con cariño orgulloso. Tercera fase de la acción: un veterano encorvado bajo el peso de su equipo, se esfuerza por alcanzarlo; otro viejo, agobiado de años, sigue con sus votos á los soldados, y el gesto de su mano parece repetir los consejos que le da su experiencia. Cuarta fase: un arquero dobla su espalda musculosa para tender su arma; un clarín lanza á las tropas su frenético clamor; el viento hace chascar los estandartes; las lanzas se inclinan adelante; se ha dado la señal y la lucha empieza. ¿No es una verdadera composición dramática la que acaba de representarse ante nosotros? Mientras el *Embarque para Citerea* evocaba las delicadas comedias de Marivaux, *La Marsellesa* es una viril tragedia corneliana. No se dirá que la escultura y la pintura son incapaces de rivalizar con el teatro.

PSICO-FÍSICA

EL MISTERIO DE LA MÚSICA.—Un arte que revela —como dice Schopenhauer—orden maravilloso bajo aparente desorden, *rerum concordia discors*, cuyo carácter, como indica Wagner, es «imponérsenos con la persuasión más irresistible, gobernando nuestros sentimientos con imperio tan absoluto, que confunde y desarma la razón lógica», y puede ocasionar la «percepción de un silencio, cada vez más elocuente», que ejerce frecuentemente tal fascinación, que hace bueno al triste, é inclina el bueno al mal, como dice Shakespeare; «por el cual, como agrega Schopenhauer, el compositor revela la esencia más íntima del mundo y expresa la sabiduría más profunda en una lengua que no comprende su razón», es realmente cosa extraordinaria.

¿Qué es la música?, se pregunta en *Luce é Ombra* el doctor

Pablo Bellezza. Para Hauslick, «es una lengua que comprendemos y hablamos, pero que es imposible de traducir»; para Heine, «está entre el pensamiento y el fenómeno, entre el espíritu y la materia»; es afín á las dos, y, sin embargo, es diversa de las dos: es espíritu, pero espíritu que necesita del tiempo; es materia, pero materia que carece de espacio». «Nuestro arte divino y sublime, escribe Rubinstein, tiene el triste privilegio de no poder jamás poner á dos músicos de acuerdo»; y, verdaderamente, las definiciones que se han intentado dar, desde la de Leibnitz, que la llama *ejercicio de aritmética*, á la de Schopenhauer, para quien es una metafísica, ó á las recientísimas de Laloy y Bahr, que la llaman respectivamente la *revelación de lo inconsciente* y la *expresión de la esencia original* (Urwesen), hay para todos los gustos.

De lo que llama Wagner la profunda paradoja schopenhaueriana—la música revela la esencia de la realidad y expresa el sentido interno de las cosas—derivó su teoría. «Como hay en nosotros dos disposiciones esenciales de sentimiento, la alegría y la aflicción, dice el filósofo pesimista, así la música tiene dos tonalidades generales correspondientes, el sostenido y el bemol, y se mantienen casi siempre en una ó en otra. Pero, en verdad, ¿no es extraordinario que haya un signo expresivo del dolor, que no sea doloroso, ni física, ni convencionalmente, y sin embargo, tan expresivo que nadie puede engañarse cómo es el bemol? Lo más sorprendente es el efecto del bemol y el sostenido. ¿No es maravilloso que el cambio de un semitono, la introducción de una tercia menor en lugar de una mayor dé súbitamente inevitable sensación de pena y de inquietud, de la que liberta inmediatamente el sostenido? Se comprende cómo se pueda conmover con una hermosa novela ó un bello drama; si estuvieran escritos ó recitados en lengua que no conociéramos, no nos conmoverían. Los nuevos signos no tendrían para nosotros ningún significado. Y, sin embargo, tal es el caso de la emoción musical que es producida por sonidos que no tienen en sí significado particular ninguno. Además, es cosa no sólo

extraordinaria, sino verdaderamente inexplicable, que un arte tan íntimamente y más que ningún otro ligado á la materia pueda descender hasta las profundidades del alma. Podrá parecer paradójico que la música sea el arte más estrechamente ligado con la materia, á los que están acostumbrados á considerarla, con Clement, como «arte esencialmente inmaterial», ó con Chiapelli, como «el más incorpóreo». Ahora bien; si falta la palabra, articulada ó escrita, está el sonido (percusión, vibración, etc., de la materia), que no es por sí sólo música, pero es elemento primordial y esencial de la música. No se podría concebir un músico, por decirlo así, ideal, en el sentido en que se habla de poesía y de poetas, ó en el sentido en que Lessing ha dicho de Rafael, que hubiera sido un gran pintor, aunque hubiera nacido sin manos. Prueba de lo afirmado, es que la música es el único arte que está al alcance de las razas inferiores, de los seres de escaso desarrollo intelectual, de los locos y de los idiotas. La música es la primera en manifestarse de todas las artes. «Mientras sabios filósofos, estadistas, pintores, escultores, arquitectos, novelistas y poetas insignes confiesan candidamente y sin avergonzarse que no comprenden una sinfonía, frecuentemente personas vulgares demuestran singularísima facilidad para comprender, en retener, en repetir en sus más delicadas particularidades la música pura, en advertir la menor incorrección de ejecución, y hasta para modificar y corregir del original», como dice Pilo.

Hasta Lechner había notado que no es raro hallar en individuos ignorantes ó poco inteligentes el sentido musical, de que carecen multitud de hombres geniales, entre los cuales cita á Kant, Lessing, los Goncourt, Rosmini, Balzac, Lamartine, V. Hugo, Darwin, Maupassant y aquel Gautier que definía la música el más raro y el más desagradable de todos los ruidos. Conocido es el aforismo de Hegel, de que sólo un músico puede ser grande siendo un imbécil.

Por último, es el único arte al que los brutos son sensibles. El dicho proverbial árabe, según el cual el canto del pastor

contribuye más á engordar el rebaño que no la calidad del pasto, tiene gran fondo de verdad. Son históricas la araña de Paganini y la perra de Berlioz: esta última aullaba de placer oyendo la tercera menor sostenida doble en el violín, y aquélla venía corriendo hacia el gran violinista cuantas veces tocaba cierta aria. También Gretry, cuenta de arañas melomanas, que bajaban á su piano en cuanto empezaba á tocar. Entre los experimentos hechos á este propósito, son famosos los del Dr. Mead, que dice que un perro murió en medio de convulsiones, prolongando en el violín un motivo en la misma tonalidad, ocurrido el 4 de Praderal del año IV en el Jardín de Plantas: una orquesta, compuesta de excelentes músicos, dió un concierto á un auditorio cultísimo de elefantes; extraordinariamente excitados por el aire vivo del *Ça ira*, tocado en *re*, se calmaron luego con un adagio de voces humanas. Kropotkine cuenta de un perro que, oyendo un vals de *Fausto*, tomaba «un aire completamente triste y hasta sentimental; así se comprende, porque lord Borland hacía dar un concierto á sus caballos una vez por semana para divertirlos,» y porque los arrieros, cuando quieren aliviar la fatiga de sus caballos, tocan ó silban.

La naturaleza física y sensual por excelencia de la música será objeto seguro de la fisiología del porvenir; entre los estudios apenas realizados con este objeto, baste recordar los de Binet y Courtier y Monin, de los cuales resulta que los acordes musicales causan agitación sensorial, acelerando la respiración. La audición del *Último pensamiento de Weber* atenúa el pulso; el canto de la taza de *Fausto*, como el de la estrella de *Tannhauser*, producen ondulaciones vasomotoras; la marcha fúnebre de Beethoven disminuye un octavo las pulsaciones.

La música puede llamarse, en cierto modo, un lenguaje, pero de naturaleza vaga é indefinida, mientras el verdadero lenguaje es determinado y específico. Sólo en este sentido se puede decir «dónde cesa el dominio del lenguaje y empieza el de la música», como quiere Wagner, quien reconoce que «el

que la música expresa es eterno, infinito é ideal»; no pinta la pasión, el amor, el deseo de éste ó aquel individuo en determinada situación; pinta la pasión, el amor, el deseo, en general, en las innumerables variedades extrañas é inaccesibles á toda otra lengua, siendo libre á cualquiera el deseo de gozar de él, según su fuerza y capacidad.

Cuando Eduardo Hauslick, el famoso crítico bohemio que sostuvo ásperas polémicas con Wagner, concede que la música, si no saca las cualidades de los sentimientos, saca su tono; si no expresa los sustantivos, expresa los adjetivos; si no reproduce la *murmurante ternura* y el *valor impetuoso*, reproduce lo murmurante y lo impetuoso, está mucho menos lejos de lo que parece de su gran adversario, que, á su vez, hace una concesión importante al admitir, por ejemplo, que las sinfonías de Beethoven no excluyen la posibilidad de interpretaciones diversas. Así, en efecto, sucede con la Novena Sinfonía, que se conoce con el título de *Oda á la alegría*, y en la que Rubinstein cree ver una oda á la libertad: «La alegría, dice, no se conquista, se ofrece por sí y se la posee, mientras que la libertad debe ser conquistada; por eso el tema de Beethoven empieza con un pianísimo por los bajos, pasando por algunas variaciones, para brotar al final triunfalmente; la libertad es cosa seria, y he ahí por qué el tema de la oda en cuestión es serio y no alegre.» «El claro de luna, observa también el crítico musical, requiere en su expresión algo de soñador, de melancólico, de pensador, de tranquilo, en una palabra, de ternura luminosa. Ahora bien; la primera parte de la sonata en bemol menor es trágica desde la primera hasta la última nota, y por eso representa más bien un cielo cubierto de nubes, una triste disposición del alma; la otra parte es tempestuosa, apasionada, y, por consiguiente, todo lo opuesto á una delicada claridad; sólo la segunda parte, brevísima, puede, en vigor, evocar la irradiación discreta de la luna. Y, sin embargo, esta sonata es la que se intitula ¡Claro de luna!

Beethoven llamó á otra de sus composiciones *Sonata paté-*

tica; pero el título, dice Rubinstein, «no está justificado sino en la introducción y en la repetición episódica que se encuentra en la primera parte, y, si acaso, en la segunda». Lo mismo puede decirse de la *Sinfonía heroica*, en la que sólo la segunda parte responde á este título.

¡Cuánto no ha dado qué hacer á los críticos la sonata de Beethoven (Op. 81), *La despedida, la ausencia, la vuelta*. Marx demostraba que en ella se describen «las fases de la vida de una pareja de amantes»; *Leng* llegaba hasta ver la circunstancia de que «los dos abren sus brazos como las aves de paso abren sus alas». Rubinstein, observando que el carácter del primer *allegro*, después de la introducción de la primera parte (*La despedida*), no corresponde á la idea que generalmente tenemos de un adiós doloroso, se preguntaba: «¿Cómo debemos entenderlo?», y se respondía: «La agitación y los preparativos que preceden á un viaje, los adioses sin fin, la simpatía de los que quedan, las diversas ideas evocadas para un viaje largo, los augurios de felicidad y, en suma, todos los sentimientos que se experimentan al dejar un sér amado». Por último, mirando mejor el manuscrito beethoveniano, resultó que *La despedida, la ausencia y la vuelta* se referían sencillamente á la dedicatoria á S. A. R. el Archiduque Rodolfo, que se marchó el 4 de Mayo de 1810 y volvió el 30 de Enero de 1811. A propósito de la famosa aria de Orfeo, *Che faró senza Euridice*, el mismo Gluck escribía que, «mudando solamente algo en el modo de expresión, se convertía en un *saltarello*; una nota más ó menos sostenida, un refuerzo descuidado de tiempo, de voz, una apoyatura fuera de lugar, un floreó, puede animar toda una escena».

Es precisamente una peculiaridad del arte musical que su producción se resiente de todo cambio ó retoque. Una misma frase, ejecutada en tonalidad aguda ó en tonalidad grave, produce efectos substancialmente diversos. La canción más viva se convierte en una marcha solemne, ó un patético nocturno en un desenfrenado galop. El *Adiós* de Mozart, ejecutado en

la cornamusa, produciría risa, mientras que el mismo instrumento, en una muñeira, produce excelente efecto. Así se ve, por ejemplo, que muchos de los trozos de las *Cantatas profundas* de Bach han sido utilizados para su *Oratorio de Navidad* y otras composiciones religiosas; en el *Mesías* de Haendel, admirado por su alta expresión religiosa, se encuentran duetos profanos y eróticos, compuestos para la princesa Carolina de Hannover, y sabido es que á las estrofas de la Marsellesa aplicó Rouget de Lisle la música del *Credo* de la *Misa solemne* número 42, de Goltzmann, como se demostró por la *Gaceta de Colonia*, que publicó el 24 de Abril de 1861 los dos documentos en los que aparecían las mismas notas en las místicas palabras del *Credo* que en las ardientes notas revolucionarias.

Es lugar común entre los músicos, la advertencia de Telemann de que «un verdadero compositor debe ser capaz de poner en música un pasaporte». Pero, suponiendo que el mejor compositor ponga en música un pasaporte por la orquesta más perfecta, ¿quién se atrevería á afirmar que no ya un auditorio, sino un solo oyente, había de adivinar que se trataba de un pasaporte musical? Admiramos el *Fortísimo* del duodécimo compás de la cabalgata de las Walkirias, en que se anuncia el desarrollo inicial del tema, como el caballo que avanza las patas y señala el salto del galope; pero nunca admitiremos que no se pueda obtener el mismo objeto con medios diversos. Si no es cierto, está bien buscada la anécdota de aquel compositor que puso música á *La traviesa Teresa*, y mandó copia á cinco amigos, invitándoles á que pusieran título á la composición, en armonía con la música, obteniendo los siguientes: *Puesta de sol*, *La muerte del conde Hugolino*, *El paso del Beresina*, *El perro rabioso*, *La agonía del paralítico*. Con cuánta razón dice Schubert: «Los críticos quieren siempre saber exactamente lo que los compositores mismos no pueden decirles: ¡Cielos! ¡Cuándo llegará el día en que no se pregunte lo que hemos querido hacer con nuestras obras ideales!»

Tal es el arte de los scuidos: ligado más que otro alguno,

á la materia es más que ningún otro poderoso para recrear y elevar el espíritu; no expresa ninguna idea, y las hace nacer á millares. La música es un misterio.

GEOGRAFÍA HISTÓRICA

LA TOPONOMÁSTICA.—Desde hace algún tiempo, ya en los Congresos geográficos, ya en las oposiciones á cátedras de Historia y de Geografía, se oye hablar de toponomástica, neologismo expresivo, de valor todavía poco conocido. En unas recientes oposiciones aparecía esta palabra en el cuestionario, y al copiarla los opositores se miraban unos á otros con aire de extrañeza, por ser la primera vez que tropezaban con semejante término. No es, pues, inútil dedicar unas páginas al estudio del concepto y contenido de la toponomástica, aprovechando al efecto el artículo que en la *Nuova Antologia* publica Silvio Pieri.

La toponomástica es el estudio histórico y lingüístico de los nombres (*onoma*) dados á los lugares, *topos* en los diversos tiempos. Como se ve, se trata de una porción de la ciencia histórica, auxiliada por la lingüística, para reconocer los diversos lugares, identificando los nombres que han recibido, según los tiempos ó las naciones. Ese estudio es sumamente práctico, pues el que no sepa, por ejemplo, que la ciudad alemana de *Aachen* corresponde al francés *Aix-la-Chapelle* y al español *Aquisgram*, creerá que la *paz de Aquisgram* es cosa distinta de la *paz de Aachen* ó de la *paz de Aix-la-Chapelle*. A mí mismo me ha ocurrido preguntar en Suíza por Solenza, sin que me pudieran contestar, si no hubiera sido por acordarme de que el nombre alemán de ese mismo cantón es *Solothurn*. La toponomástica puede aplicarse hasta á los nombres de las calles, que desgraciadamente cambian con tanta frecuencia por necias adulaciones y culpables condescendencias.

El estudio de la toponomástica, además de este aspecto práctico, que nos permite relacionar *Trinaria*, con Sicilia, BÍl-

bilis con Calatayud, Lutecia con París ó Hispalis con Sevilla, tiene otro aspecto de pura erudición para explicar el cómo y el cuándo un mismo lugar ha recibido tan diversos nombres.

La razón de estas diferencias es bien clara: de hecho, las voces de una lengua hablada salen á veces del uso, y mueren cediendo el puesto á otras, y hasta puede morir toda una lengua sin que deje apenas huellas. Pero en cuanto á los nombres locales (caseríos, montes, corrientes de agua ú otros), no desaparecen con tanta facilidad, aunque su significación resulte incomprendible. Es lo que pasa con los nombres propios de persona. Que uno se llame *Simplicio* ó *Modesto*, *Ticio* ó *Brigido*, aunque los dos primeros tengan sentido claro y los dos últimos no se comprendan, todos ellos sirven para designar con precisión á cada individuo. Del mismo modo, los nombres de lugares, aunque deje de comprenderse su significación, continúan existiendo y vienen á ser como fósiles del lenguaje.

En estas indagaciones es difícil á veces penetrar el sentido intrínseco de un nombre. Los nombres de lugares, cuando no son voces de la lengua viva, no designan ideas generales sino sólo un lugar. Así, por ejemplo, cuando empleamos el verbo *andar*, se nos presenta una idea clara; pero si decimos *Po*, *Roma*, *Madrid*, *Alpes*, no sabríamos á qué se refieren esos sonidos, si no conociésemos las ciudades, ríos y cordilleras que designan. Por eso, en el estudio de la toponomástica, es ya mucho llegar á establecer la correspondencia formal entre los términos actuales y antiguos de que derivan, pudiendo afirmar que el *Po* es el antiguo *Paches* ó que el *Ebro* es el antiguo *Iberus*.

La curiosidad, respecto al significado de los vetustos nombres locales, ha tentado siempre á los eruditos; pero, salvo algunos casos de felices intuiciones individuales, el éxito ha coronado pocas veces las investigaciones de los antiguos. En los tiempos modernos se encaminaron con paso más seguro, por disponerse de mejores instrumentos de indagación; pero hay todavía series enteras de nombres, especialmente de corrientes

de agua impenetrables, y que constituyen los más arduos problemas de la toponomástica.

Reduciéndonos con Pieri á los nombres locales italianos, diremos que hay muchos que se pueden entender y clasificar con ayuda de las lenguas antiguas, principalmente del latín y el germánico: la mayor parte encierran nombres de dueños del suelo como en la riquísima serie latina de nombres en *ano* (por ejemplo, Agliano, Casignano, Ponzano), y como en la serie germánica de los en *engo* é *ingo* (*Berardengo, Toringo*). Otros conservan todavía nombres más ó menos alterados en formas de no dudosa etimología (como *Faeto* ó *faedo*, del latín *fagetum*; *Tremoletto* de *tremuletum*; *Vitereta* de *veteretum*, *Figline* de *figlina*, *Fiesso* de *flexus*; *Petroio* y *Petriólo*, de *prætorium prætorium*; *Luco* ó *Lugo*, de *Lucus*, etc.

En el Mediodía y en Sicilia, muchos nombres locales presentan elementos griegos y árabes, y de lenguajes ya extinguidos quedan rastros vivos en determinados territorios que constituyen para la toponomástica, reliquias preciosas; tales son los nombres etruscos en *ina* y *ena* (*Bibliena, Córseña, Cascina, Rufina*, etc.), enigmas que esperan su solución de los estudios etruscos.

No menos que para la filología son importantes para la historia las indagaciones de nombres de lugar. Como ejemplo concluyente, pueden recordarse los nombres en *ago* y *acco* (*Cateruago, Leonacco*, etc.), estudiados hace cuarenta años por Hechia en una genial monografía: estos nombres, que sólo se presentan en Italia, en los territorios de la Galia cisalpina, son testimonios todavía vivos de la reacción que hace más de veinte siglos ejercitó el antiguo lenguaje de los celtas contra el latín impuesto por los vencedores. En los nombres de esta serie, el núcleo radical está formado por un gentilicio generalmente romano, al que se añade para formar el adjetivo, el sufijo céltico *aco*, equivalente al *ano* latino; de modo, que un nombre como *Casternago* de la alta Italia, es idéntico al *Castrigniano* de los demás territorios.

Baste lo dicho para dar la medida del alcance y múltiples aplicaciones que tiene la toponomástica en la geografía, historia y filología.

FEMINISMO

NOTAS DE UNA LITERATA SOBRE LA CARRERA LITERARIA.—«No esperéis, dice Marc Hélys en la *Grande Revue*, que yo la rebaje. Tengo cariño á mi oficio, y le estoy agradecida, no sólo por haberme dado la independendencia, sino por haber transformado mi vida y haber cambiado mis valores. He sido impulsada hacia la literatura por mis gustos, y al oficio de escritora por las circunstancias, que me han obligado á intentar casi todas las clases de trabajo de que una mujer puede hoy vivir. Y en estas notas sobre la carrera literaria se me dispensará que hable mucho de mí como del asunto que me es más familiar.

Como se ve, Marc Hélys hace un artículo autobiográfico que constituye un documento por lo auténtico del relato. Clasifica las escritoras, sin tener en cuenta el talento, en tres grandes categorías: las que escriben por placer, las que buscan un aumento de bienestar y las que realmente necesitan escribir para vivir.

La primera categoría se compone de damas mundanas y ricas, que aspiran á la gloria por noble emulación; tienen á su disposición revistas que no pagan y editores que se hacen pagar. No es esto decir que desdeñen la remuneración de su trabajo; hay millonarias encantadas de recibir el precio de un artículo; pero la ganancia no es aquí más que una satisfacción de amor propio, y no hay para qué ocuparse de esas felices emancipadas, á quienes, por otra parte, se deben obras muy estimables.

La segunda categoría la forman señoras y señoritas que piden á la literatura los medios de gozar de mayores comodidades ó lujo. Claro es que si el escrito responde á sus esperanzas, ese lujo y, por consiguiente, el trabajo que supone, deja de ser

superfluo y se convierte en una necesidad; pero, en todo caso, si llega el fracaso ó la enfermedad, su existencia material no corre por eso peligro.

En la tercera categoría se amontonan las mujeres que no tienen más recursos que su trabajo. No escriben, como las otras, lo que les gusta, sino lo que las encargan escribir, lo que se vende, y se vende inmediatamente; no se cuidan de ser artistas ni pensadoras, ni sueñan con poseer la gloria. Se las encuentra dondequiera que el consumo diario exige original rápido: en los periódicos, en las revistas ilustradas, en las fábricas de novelas traducidas, en los talleres de vulgarización. La victoria es de la más lista, y la victoria nunca es muy brillante. Las más afortunadas sacan, año bueno con malo, de 4 á 5.000 francos. ¡Qué de esfuerzos de flexibilidad, de habilidad, de conocimientos, y á veces hasta de talento representa esta pequeña suma! ¡Y qué de suerte también! Las hay que han llegado á posiciones importantes; pero esa es la excepción, y aquí se trata de las mujeres que viven de sus artículos con el temor de no poder vivir siempre de ellos. «Cuando tuve necesidad de trabajar—sigue diciendo Marc Hélys,—fué para mí una gran humillación descubrir hasta qué punto una instrucción, bastante sólida sin embargo, dejaba desarmada á una mujer ante la vida. Consideraba yo con desencanto la variedad de mis conocimientos, idea que ayer me llenaba de valor. ¡Ay! Eran tan incompletos como variados, y ninguno de ellos por sí solo podía servirme de apoyo. Había aprendido literatura, pero no lo bastante para poder enseñarla. Tocaba el piano, pero hubiera sido incapaz de dar una lección de música. Pintaba sobre porcelana, pero nadie hubiera comprado mi trabajo de aficionada. Sabía arreglar un sombrero, pero ignoraba el oficio de modista. Sin embargo, por insuficiente que fuera el conjunto de estos conocimientos, me daba cierto valor de cultura al que se agregaba la experiencia con que la vida me había enriquecido y que aún no había cobrado. Cuando establecí mi inventario, comprendí que mi activo se componía de algunas lenguas

extranjeras y de numerosos viajes; había visto mucho, y me gustaba contar lo que había visto. Y he ahí cómo me convertí en escritora.»

Tomada su resolución Marc-Hélyls, se detuvo ansiosa en el umbral de su nueva vida. Hubiera querido trabajar antes de producir; pero las circunstancias la obligaban á hacer su aprendizaje luchando, y tuvo que probar fortuna con su primer artículo. Lo había escrito lejos de Europa, por el simple gusto de reproducir algo del encanto de los países tropicales y de pintarse á sí misma las extrañas figuras que en ellos había encontrado. Era el gusto del momento, y tuvo esa buena suerte. Se presentó en la redacción de un diario, hoy desaparecido, en cuyos primeros números se hacía un llamamiento á todas las buenas voluntades, pero no consiguió nunca ver al director. Un secretario, cuyos bigotes estaban seguramente llenos de talento, la recibió y la dió á entender que para franquear ciertas puertas había que merecer toda su benevolencia; era mucho, y no pasó adelante. En París las mujeres penetran difícilmente en el periodismo. Los hombres defienden el terreno palmo á palmo, hasta el punto de redactar con nombres femeninos los artículos de modas. El año de sus comienzos se intentaba el ensayo de un diario dirigido, administrado, redactado é impreso por mujeres. Marc Hélyls se presentó en él una tarde, y ofreció un *correo español*, destinado al suplemento extranjero semanal. Y he ahí un ejemplo de la buena suerte; la secretaria de la redacción no tenía original para el número. *La Fronde*, no sólo la pagó los artículos, sino que la dió confianza en sí misma. La tentativa del diario fracasó, pero abrió á las principiantes la carrera del *reportage*. ¡Qué carrera tan dura! No se sabe lo que es el día de una reporter; los desengaños, las fatigas y los riesgos de que está lleno. Marc-Hélyls cita á una de las más favorecidas, la señorita X. En invierno, como en verano, X. saltaba de la cama á las seis y media; á su puerta estaba ya un tazón de leche, dos *croissants* y siete ú ocho periódicos; se los subía la vendedora de un kiosco vecino, á quien se

los devolvía después de leídos, pagándola con una lección que daba los domingos á su hijo. Mientras se desayunaba recorría los diarios, anotaba los sucesos del día, el paso de soberanos y celebridades, los escándalos y los sucesos sensacionales; retenía dos ó tres asuntos de información ó de entrevista, y se lanzaba á la calle. Todo el día lo pasaba corriendo París; apenas tenía tiempo de tragar un par de huevos en una lechería ó unos pasteles en un bar automático; su almuerzo no le costaba más de veinte perras chicas; pero nunca almorzaba á la misma hora. Entre doce y una volvía á su casa, se preparaba á escape una taza de té, y mientras lo bebía redactaba sus notas, que esperaban en el periódico. Hacía todas sus correrías á pie ó en ómnibus, pues no la pagaban coche sino en casos extraordinarios; se arruinaba en calzado y estropeaba á cada paso trajes y sombreros. Con dificultad llegaba á equilibrar su presupuesto. Vivía en las alturas de Montmartre, en un cuarto de 480 francos; gastaba, por lo menos, dos francos diarios en ómnibus y otro tanto en comida; su servicio de lavado, planchado y alumbrado absorbía 50 francos mensuales, viniéndole á quedar unos 50 francos para vestirse y para imprevistos. ¡Y si al menos su oficio le hubiera dado alegría! Pero vivía en agitación é inquietud perpetuas. Como sabían que era de buena familia, y que estaba muy recomendada al director, los hombres que la rodeaban no la apuraban demasiado con sus molestas galanterías; pero, en cambio, buscaban todas las ocasiones de poner en relieve sus faltillas profesionales, y todo eran dificultades para ella. ¿Se anunciaba una de esas pequeñas exposiciones que se abren todos los días? Corría á ella, contenta de trabajar al abrigo del viento y de la lluvia; pero cuando llevaba sus notas, el cronista artístico se quejaba de que hubieran invadido su dominio. Tenía la desgracia de hablar de un traje; el redactor de los ecos mundanos, cuya mujer ó amiga hacía *la moda*, protestaba enérgicamente. Y si cometía la imprudencia de nombrar á un fabricante ó inventor que no hubiera pasado por la caja, el gerente de la publicidad

le armaba un escándalo. Así llevó su existencia durante cinco años; perdiendo su buen humor, sus bellos colores y su ánimo. Luego, una noche, demasiado fatigada, se dejó caer del periodismo en lo desconocido...

El reporterismo para los *magazines* ilustrados y las revistas de modas está mejor retribuido. Las reporters no son redactoras, sino colaboradoras intermitentes; las pagan el coche, pero tienen que hacer gasto de *toilette*, poco en armonía con su fortuna, pues su elegancia entra por mucho en su éxito; sus entrevistas toman frecuentemente la forma de visitas de sociedad, y es preciso que se hallen en estado de asistir á recepciones y fiestas. La publicidad gratuita que representan les vale, dondequiera que van, la mejor acogida; las vanidades más inocentes están interesadas en agradarles. ¡Qué bonitos estudios pueden hacerse! ¡Qué frases se oyen! Marc Hélys recuerda la alegría de una de sus amigas al volver de casa de una célebre actriz. La había hecho visitar su hotel, cuyo mobiliario, puro Luis XIV, era el «marco indispensable, según decía, para su alma de Celimena»; pero había reservado para el final su cuarto de dormir, ocupado por el más magnífico de los lechos. ¡Qué monumento! Estaba rodeado de una balaustrada y maravillosamente esculpido, su copete en forma de corona real tenía un penacho de plumas blancas.—«¡Ha costado 103.000 francos!» exclamaba la actriz, trastornada de admiración por su propiedad, y luego añadía:—«Si quiere usted fotografiarlo, no ha servido nunca»; y como la reporter la mirara asombrada,—«Quiero decir, añadió, que no ha servido nunca á los fotógrafos».

El oficio tiene sus desventurillas molestas, á veces, cuando no son divertidas. A la muerte de la princesa Matilde, Marc Hélys, fué encargada de documentar un artículo para la *Vie heureuse*, y para ello se presentó por la noche en casa de un amigo de la princesa, á quien no había podido encontrar de día. La criada, campesina todavía con el pelo de la dehesa, vacilaba en introducirla; le dijo que anunciase á una señora de la *Vie heureuse* de la casa Hachette y la oyó gritar:—«Es de casa Ha-

chette.»—«Dela usted un franco», chilló una voz exasperada. Era en Enero, y la dueña de la casa estaba harta de aguinaldos. La chica volvió con un franco, que á toda costa quería que cogiera. La escritora soltó la carcajada; la oyeron en el comedor, y los dueños salieron servilleta en mano, y al verla se confundieron en excusas.

Las revistas atraían á Marc Hélys más que los periódicos; dejó éstos, y en diez años ha dado más de ciento cincuenta artículos á las diversas revistas de París. El mundo de las revistas es muy distinto del de los periódicos. Hay más cortesía y más delicadeza en la acogida; no se necesitan recomendaciones para llegar hasta los directores, y la aceptación del artículo depende de su valor y oportunidad. No hay prevención contra el trabajo de las mujeres, siendo la colaboración femenina, á veces con firmas masculinas, mayor de lo que puede suponerse. Sin embargo, la vida de una *articulista* es penosa, pues hay que conocer lo que representa el trabajo de llevar paralelamente el artículo que se está escribiendo, la documentación del siguiente y la busca de asunto para otro. ¡Cuántas dejan su cuarto en las brumosas mañanas de invierno para ir á tomar notas á la Biblioteca Nacional, almorzando allí en la cantina por un franco, ó comiendo, sin dejar de trabajar, su pan y su chocolate! Tras un día de trabajo asiduo, con la frente ardiendo y los ojos fatigados, con sus notas dobladas en su carpeta, corren á una revista á la hora en que recibe el director, y esperan nerviosamente el momento en que se las recibe.

¡Qué asunto tan curioso de estudio el de los salones de espera de las revistas! Las mujeres se miran de arriba abajo con miradas suspicaces, tratando de adivinar lo que encierra el rollo de papel, la carpeta ó el manguito de sus vecinas. «Con tal de que no me hayan cogido mi asunto», piensa cada una de ellas. Los hombres no muestran la misma angustia, porque, de ordinario, el artículo que vienen á colocar no tiene para ellos importancia vital; la mayor parte viven de otra cosa que de la literatura. Pero las mujeres, no; y entre las que esperan

se ven viejas obstinadas, de expresión casi trágica, y jóvenes que hacen sonreír por sus pocos años.

Se compadece uno de las obreras; pero no es más envidiable la suerte de la intelectual. A trabajo igual, las pagan menos que á los hombres; á salario igual, se las exige mucho más. Nada más minucioso que la redacción y arreglo por páginas de un periódico ilustrado. Hay que disponer el texto alrededor de los grabados, y el problema consiste en hacer que quepa el artículo en el estrecho espacio que ha dejado libre la ilustración; hay que suprimir líneas sin sacrificar demasiado el sentido; hay que reemplazar una palabra de ocho letras por otra de cinco; añadir aquí un adjetivo y buscar allá un adverbio que llene toda la línea. Para todo ello se requiere viveza de espíritu, lenguaje claro, gran rapidez de trabajo, cualidades todas que es raro ver reunidas. Trabajan de ocho ó nueve de la mañana á seis ó siete de la tarde, envueltas en malsano polvillo de papel, en el calor artificial del calorífero y del gas, en el enervamiento de las llamadas telefónicas, de los retrasos de pruebas, de los grabados estropeados, de los cambios que la actualidad ó el capricho imponen á última hora.

Las buenas casas les conceden dos semanas de vacaciones, por el verano, y algunos días por Pascuas. Sus sueldos varían de 150 á 300 francos mensuales; las expedicionarias y dactilógrafas cobran 150; las redactoras arregladoras de noticias, leyendas y *chapeaux*, de 2 á 300 francos. La secretaria de la redacción, á pesar de su gran responsabilidad, no gana más. Estas posiciones, sin embargo, que tanto arruinan la salud, son muy envidiadas, y quienes las alcanzan viven bajo la amenaza perpetua de verse reemplazadas por hombres.

Económicamente, las más afortunadas de las escritoras son las novelistas, cuyo talento, formado más por la habilidad que por el arte, tiene un público fiel. Algunas se han dedicado á escribir libros para niños, y entre ellas hay alguna que gana, un año con otro, 12.000 francos. La novela para jóvenes, ó simplemente la novela *decente*, produce también mucho; pro-

duce más que *la otra*. Se dirige á un público de mujeres, y se lee sobre todo en provincias. La compran las bibliotecas de colegios y patronatos. No es la gloria ni la fortuna; pero proporciona muy pasadero bienestar.

En otros géneros, se encuentran novelistas que tienen más talento, pero menos seguridad de triunfar. Sus libros tienen menos salida, y la suerte más brillante á que pueden aspirar es la de ser publicados en algún gran diario, lo que les produce dos, tres ó cuatro mil francos, y á veces un premio en la Academia.

Una información entre varios cientos de escritoras ha demostrado que el mayor número de novelistas lo dan las provincias. Desgraciadamente, el éxito lleva demasiadas á París. Algunas han enviado á la buena de Dios su manuscrito á un editor, como sucedió con *Mi tío y mi cura*, cuyo éxito fué prodigioso. Otras, gracias á relaciones de familia ó á alguna amistad, han podido darse á conocer en un periódico ó revista. Pero, en general, casi todas se han estrenado en concursos literarios de provincias. Gran número de ellas no pasan de ahí y limitan su ambición á coleccionar medallas, diplomas y laureles de papel dorado; claro es que esas medalladas no hay que contarlas entre las escritoras.

En París viven de su pluma centenares de mujeres. Ordinariamente viven solas, ó á lo más con alguna pariente ó amiga. Es natural que así sea, porque las periodistas necesitan libertad completa, y no pueden sujetarse á comidas regulares ni horas fijas; en cuanto á las articulistas y novelistas, temen el contacto de un pensamiento extraño al suyo, las conversaciones forzadas y todas las exigencias de la vida común. Los profanos no saben lo absorbente, encantador y tiránico que es un trabajo empezado. Sólo en provincias pueden todavía imaginarse que una mujer que escribe es fatalmente bohemia y desordenada. Si pudieran penetrar en la intimidad de las emborronadoras de papel, volverían de su error. Todos los cuartos se parecen: los de la orilla izquierda se componen de un

gabinete y una cocina, en casas viejas y grandes; los de la orilla derecha, de dos piececitas con cocina, generalmente con vistas al patio y casi siempre en el quinto piso; los precios varían entre 700 y 1.000 francos. Es mucho para el presupuesto de una mujer que gana, por término medio, 4.000; pero es un sacrificio necesario, porque una mujer sola no puede vivir en todos los barrios ni en todas las casas.

El interior bien ordenado revela los gustos y hasta las manías inocentes de las inquilinas: una no podría trabajar sino entre amarillo; otra necesita matices tiernos y maderas muy claras; la misma Marc Hélys no concibe escritura posible fuera del rosa viejo y verde. En casi todas se encuentra verdadero lujo de libros y fotografías, reproducciones de cuadros ó recuerdos de viajes. El escritorio ocupa el mejor sitio, y nunca falta un diván para la lectura y la meditación. No es raro hallar en el cuarto bibelots, pero no se ven labores; los dedos que escriben son, en general, rebeldes á la aguja. Si á esto se añade que una asistenta basta para el servicio, que se hace el desayuno en el restaurant, que se come frecuentemente en casa de los amigos y que se necesita mucha voluntad para resistir á la tentación de economizar tiempo y dinero sobre el alimento, se habrá dicho lo más interesante sobre el modo de vivir de las escritoras en París.

El presupuesto de una escritora que dispone de 4.000 francos se distribuye ordinariamente de este modo: alimento, servicio, calefacción y alumbrado, 125 francos al mes ó 1.500 al año; alquileres é impuestos, 1.000 francos: quedan 1.500 para vestir, placeres é imprevistos. La mujer que escribe gasta poco en divertirse: sus artículos y sus novelas le sirven de diversión. Jamás piden permiso para distraerse, sólo desean unas horas de calma y de soledad. Pero si las distracciones no cuestan poco, las sucede lo mismo con la *toilette*. Obligadas á salir en todo tiempo, gastan atrozmente sus vestidos y sus sombreros. Y luego que, «aunque trabaje como un hombre, la francesa sigue siendo mujer, demasiado mujer, ¡ay!, para su tranquili-

dad.» Vencidas las angustiosas dificultades del principio, su instinto de coquetería reclama sus derechos, y se traduce en una elegancia modesta y frecuentemente perjudicial. ¿No hay *reporters* con sombrero azul ceíeste y con zapatitos? El traje sastre ha prestado un gran servicio á las periodistas: un traje sombrío, de corte limpio y sobrio, que permita pasar por dondequiera sin llamar la atención, eso es lo que conviene á las periodistas.

COSTUMBRES

EL AMOR EN LOS ADOLESCENTES.—Recuerda Renato Ckerdyk en la *Revue Bleue*, que cuando Stendhal, á la edad de diez y seis años, dejó Grenoble para ir á París, su tío Román Gagnon, á falta de dinero, le prodigó sus consejos: «Amigo mío, le dijo, te creo una buena cabeza, y estás lleno de orgullo insoportable, á causa de tus éxitos en las escuelas matemáticas; pero todo eso no es nada; en el mundo no se adelanta sino por medio de las mujeres. Eres feo, pero nunca te echarán en cara tu fealdad, porque tienes fisonomía; tus queridas te dejarán. Ahora bien; acuérdate de esto: en el momento en que á uno le dejan, nada más fácil que quedar en ridículo; después de lo cual, un hombre no sirve ni para los perros á los ojos de las demás mujeres. Dentro de las veinticuatro horas en que te hayan dejado, declárate á una mujer; á falta de otra cosa, declárate á una criada.»

A este propósito, bueno es consignar la importancia que ha tenido siempre la *soubrette* en la evolución amorosa de Querubín. No hay muchacho de quince á diez y seis años que no se haya enamorado de la criada de su madre. Y aun es preciso que esta madre haya tenido la torpeza ó... la habilidad de rodearse de criaditas apetitosas, á falta de las cuales iría á buscar la dama de compañía de una de sus tías ó el aya de los hijos de su hermana. La camarista tiene la costumbre de este género de aventuras, y no la desagrada el pensamiento de ser

la educadora amorosa del joven; en cuanto á él, las miradas audaces, las mil coqueterías del tocador y de las maneras y el misterio del amor le turban y le encantan. Tiene, sin embargo, en el alma esa superioridad del amo, que le hace considerar á una criada como una quisicosa poco respetable, como un animalito indispensable ó como un juguete favorito.

En las *Vacaciones de un joven prudente*, cuyo protagonista es un Querubín bachiller, Enrique de Regnier nos presenta un jovencillo de diez y seis años, con traje militar, á quien su padre lleva á ver á una anciana pariente, la marquesa de Barincourt. La señora lo acoge con cariño, y cuando el joven iba á retirarse oye á la marquesa llamar á una de sus doncellas, y decirle en alta voz: «Y ahora, Toñita, lleve usted á merendar al señor oficial.» La primera impresión debió ser de despecho; pero como Toñita era ligera y graciosa, el cadete aguantó su rabia, mirando á la doncella con emoción elocuente.

Es grave inconsecuencia en los hombres despreciar las pasiones de los niños. Nada hay más interesante ni más sincero que un amor de adolescente. La primera cualidad de esta ternura es que nunca es vulgar. Mientras los hombres ya hechos dejan en gabinetes insignificantes partículas ínfimas de su sér, los primeros amores de niños son enteros, profundos y definitivos; lo cual no quiere decir que duren mucho tiempo.

Pero aquí se impone una importante distinción: hay Querubines que aman y Querubines que son amados. De los primeros, mejor es no hablar demasiado, porque esos no son «los chicos tiernos». El muchacho que no sabe que ama, es alegre; pero el que sabe que ama, y á quién ama, deja de serlo. Se haría mal en pensar que el pajecito de Beaumarchais, que confía sus emociones á los árboles, á las nubes y al viento, es el tipo único de Querubín: hay Querubines melancólicos, desolados, neurasténicos, tenebrosos, hipocondríacos y mohinos. Este último tipo es bastante frecuente. Hay enamorados cuyo espíritu es tan impenetrable como el de Hamlet, y que se harían cortar en pedazos antes que descubrir su amor. *El Fortunio* de

Musset es de estos últimos: pasea por medio de los alegres empleados su rostro triste, y sepulta su pasión en lo más profundo de su pecho:

«Si creéis que os voy á decir
á quien me atrevo á amar,
ni por un imperio osara
su nombre pronunciar.»

No será nunca este suspirante romántico «la pesadilla de las bellas, sino el Querubín libertino. A ése todo le está permitido. Se favorecerán sus impertinencias, no hallará más que miradas indulgentes, y si no se atreve á atreverse, se atreverán por él. Imaginemos á nuestro adolescente paseándose por los muelles del Sena en una clara mañana de primavera. Querubín buquinea. Entre los innumerables volúmenes que le son indiferentes, acaba de descubrir un librito que trata «De la manera de...» Aquel folleto ilustrado le ha trastornado con su título. Apenas vuelto á casa, se encierra en el amplio despacho de su padre, y sube hasta el último escalón de la escalera de la biblioteca para sacar de lo alto los grandes Larousses. ¿Para qué servirían los grandes Larousses sino para informar á estos enamorados sobre las palabras que no comprenden? Querubín lo mira todo con mirada inquisidora y ávida, y sorprende así muchas cosas. Ya es un brazo encantador que roza su mano, ya es un olor íntimo que le turba, ó una garganta algo descubierta, ó la mujer que, al bajar del coche, deja entrever su pie. El espíritu del joven está sin cesar despierto, y aunque no acierte á precisar sus emociones, halla exaltados sus sentidos.

Los galanes de esta especie son amados antes de que ellos amen. Los han observado en una tertulia, en un baile, y se ha apercibido su turbación. Se oye á otras mujeres compartir esa opinión favorable, y entonces ya no se vacila; porque «una mujer, al tomar un amante, tiene más en cuenta el modo con que las demás mujeres ven á ese hombre que el modo con que lo

ve ella misma». Y he aquí ya al seductor presentado, admitido á hacer su corte. Y entonces solamente es cuando empieza á amar á su vez. Empezará á amar á la buena de Dios, y en seguida amaré como un loco, como un niño que es, como un poeta. Torpe, no es eso lo que le piden. ¿Por qué no ha permanecido indiferente, por qué se ha hecho formal? De encantador, de chispeante que era, se ha hecho insoportable. Querrá conocer su pasado, pretenderá dirigir el presente; la vigilará, la interrogará, se dará el ridículo de ser celoso. En lugar de animarla, en vez de arrodillarse ante esa criatura que con una sonrisa le ha revelado la felicidad, la atormentará, la celará, la molestará y, más que todo, la aburrirá.

El papel de Querubín, tan flamante, tan alegre al principio, ¡qué melancólico se va á hacer! Y es que el amor que inspiran los adolescentes es forzosamente cosa pasajera. El Querubín es un objeto de lujo, y el placer que proporciona se embota pronto. Querubín es, principalmente, la aventura; podrá ser *un amante*, nunca será *el amante*. No conoce los artificios, es sincero y está condenado de antemano; después de haber sido el amadísimo, se convertirá en el indiferente; después de haber sido el indiferente, se convertirá en el molesto, y entonces no será el marido ni el amante titular quien se formalizará por su presencia, sino la misma mujer, porque, parodiando un verso célebre, «lo que en él ella amaba era su propia embriaguez», y eso es lo que Querubín no ha comprendido. Pero ocurrirá que, tres días después de su gran disgusto, nuestro adolescente encontrará en una esquina á otra mujer que se pondrá á querer á su vez, y aunque se mostrará con su nueva conquista menos torpe que antes, esta amante, como todas las que la sigan, encontrará siempre algo nuevo que enseñarle. Hasta el día en que de pronto observará que ha envejecido y que lo toman ya en serio. Entonces, á su contento y su vanidad de ser un hombre se mezclará su desesperación de no ser ya Querubín.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA NEUTRALIDAD ESCOLAR.—A título de información documental, tomamos de la carta abierta que el obispo de Bayona ha dirigido al ministro de Instrucción Pública, sobre el principio de la neutralidad escolar de que tanto se habla, los párrafos que siguen: «Sí, señor ministro, he condenado la enseñanza neutra no una vez, sino veinte veces. Los obispos de Francia la han condenado por unanimidad. Pero, ¿os habéis fijado en que hay muchos otros que también la han condenado? Vuestro compañero de ministerio, el Sr. Lafferre, ha escrito: «Si la neutralidad fuese admitida frente á la teocracia y la república, sería una traición para el pensamiento laico y la democracia.» El Sr. Aulard, que tiene más crédito que vos sobre el personal universitario (dicho sea sin ofenderos), ha escrito: «La neutralidad es una guasa, una ilusión, una palabra vacía de sentido.» Julio Simón ha dicho: «No hay escuela neutra porque no hay maestro que no tenga opiniones religiosas ó filosóficas. Si no las tiene, está fuera de la humanidad, es un idiota ó un monstruo; si las tiene y las oculta, por salvar su paga, es el último de los cobardes.» El Sr. Viviani, ministro de ayer, ha escrito: «La neutralidad fué siempre una mentira. Verdad es, que fué quizá una mentira necesaria.»

Se persiguió esta quimera para tranquilizar algunas timideces, cuya condición hubiera sido un obstáculo para la ley. ¿Os hablan de neutralidad escolar? Pues ya es hora de decir que la neutralidad escolar no ha sido nunca más que una mentira diplomática y una tartufería de circunstancias. La invocábamos para adormecer á los escrupulosos ó á los timoratos. Pero ahora ya no se trata de eso; hablemos con franqueza: nunca hemos tenido otro propósito que el de hacer la Universidad antirreligiosa, y antirreligiosa de un modo activo, militante y belicoso.»

*
* *

PLAGIO INCONSCIENTE.—Realmente creemos que sólo se trata de una mera coincidencia de pensamiento, que ni siquiera llega á una coincidencia de forma de expresión, que es lo que caracteriza el verdadero plagio. Se trata de los famosos versos de Malherbe, en una oda á Duperrier, con motivo de la muerte de su hija:

Et rose elle a vécu ce que vivent les roses
l'espace d'un matin.

El articulista de *Hechos y documentos de la Revue*, de París, habla de que en Maguncia se acaba de descubrir una sepultura de una joven romana, muerta en la flor de la edad, cuyo epitafio termina con este verso:

Rosa simul floruit et statim periit,

que corresponde exactamente á la imagen admirada en la oda de Malherbe. ¿Ha conocido Malherbe este epitafio? El hecho no es imposible, dice la *Revue*, puesto que viajó por Alemania en compañía de un calvinista, muy erudito y muy buen latinista.

*
* *

ENFERMEDADES MISTERIOSAS.—El Dr. Neuville dedica un artículo á varias enfermedades, como la parálisis infantil, el dengue, el púrpura, el mal de Addison, el de Basedow, el beriberi, la leucocitemia y la elefantiasis, y otras contra las que la ciencia moderna lucha infructuosamente sin conseguir dominarlas.

Entre ellas figura una, todavía sin nombre, pero tan misteriosa como terrible. El primer caso conocido se ha presentado en un pescador de Wáshington, que había sentido de pronto una viva comezón, causada por un grano en el hombro izquierdo; lo había picado, y de él había salido un gusano blanco y aplastado, de centímetro y medio de ancho, por dos centímetros de largo. La cosa le chocó, pero no la dió importan-

cia. Al año siguiente, descubrió en su pecho cuatro ó cinco escrescencias; las abrió con un cortaplumas, y en ellas se encontró gusanos de la misma especie. Entonces acudió á un doctor que no comprendió nada de su relato. Examinó al hombre en todo el cuerpo, y comprobó que en el ano y bajo la tetilla izquierda había otros granos: cada uno encerraba un gusano enquistado, y á veces, dos ó tres. Eran cisticercos, semejantes á un parásito del intestino, pero de especie científicamente desconocida. El doctor recogió algunos y los llevó al profesor Smills, experto en hermintología, agregado al hospital de la marina. Este reconoció un hermito, ya observado en el Japón y desconocido en los Estados Unidos, sin que nadie pudiera explicarse cómo estaba alojado en el cuerpo del pescador. Entretanto, se sometió el caso á estrecha vigilancia. El pescador, á quien no se podía proporcionar remedio, vió aumentar su mal; pronto sintió dolores insoportables y no tardó en volverse loco, muriendo en un acceso de *delirium tremens*. Se hizo la autopsia, y se vió que el cerebro había sido devorado por los gusanos que en él pululaban, siendo incomprensible cómo el pobre enfermo había podido sufrir tanto tiempo aquel suplicio. El gusano de que se trata no tiene forma regular; se arrolla, describe varias circunvoluciones y, á veces, ofrece vagamente el aspecto de un feto con varias cabezas. Su modo de reproducción, que recuerda el de la tenia, es extraordinario: las cabezas se separan y viajan á través de los tejidos, desarrollándose y convirtiéndose en nuevos hermitos, que se enquistan aisladamente y se alimentan del organismo humano.

Una mujer japonesa, examinada en 1910 en el hospital de Tokio por los profesores de fisiología y de patología interna de la Facultad de Medicina, presentaba la misma enfermedad. En diversas partes de su cuerpo había, por cada centímetro cúbico de tejido, hasta 1.500 gusanos. Con ellos se hizo un curioso experimento. Se echaron algunos en la hierba, y un buey lo comió. El hermito no le produjo ningún desorden intestinal, pero cuando lo mataron, el gusano había pasado á los múscu-

los, y de la carne del buey se ve que puede pasar al cuerpo humano como la trichina. La trichina se aloja en las fibras musculares del cuerpo, sin causar perjuicio al animal, y sólo se hace peligrosa para el hombre que la absorbe.

Probable es que lo ocurrido con el pescador y la japonesa sea que el parásito haya penetrado en sus cuerpos por los alimentos. La mujer de Tokio tenía treinta y tres años y el pescador de Wáshington cuarenta y ocho. Los dos han muerto y han dejado hijos, pero ninguno de éstos presenta síntomas de la misteriosa enfermedad, sin que por esto pueda todavía afirmarse que no sea contagiosa, pues no hay datos bastantes para asegurarlo.

*
* *

LAMARTINE CASAMENTERO.—La imaginación de Lamartine tenía el misterioso poder de embellecer las cosas más ordinarias y de seducir con los primores del estilo á los numerosos lectores de sus obras. En su viaje á Oriente pasó dos días en una pequeña ciudad de Siria. Ya sabéis lo que es la Siria: como dice D'Heylli, es una región larga, estrecha, triste como un sauce llorón, y aburrida hasta tragarse uno la nuca en interminables bostezos. Pero es la tierra prometida de los hebreos; Semíramis, Jerjes, Darío, Jenofonte, Alejandro, Mario, Pompeyo, César, Godofredo de Bullon, Bonaparte, han dejado allí sus huellas; cada piedra está allí llena de recuerdos, y no es extraño que Lamartine se complaciera en recorrer aquellos parajes.

En la pequeña ciudad de que hablamos no había más que árabes, turcos, judíos, kurdos, maronitas y armenios, para quienes Lamartine no valía tanto como cualquier capitán mercante de falucho. Pero había también un cónsul francés con dos hijas, y aquel cónsul sabía, como buen francés, lo que significaba en el mundo el gran nombre de Lamartine.

Naturalmente el cónsul se había apoderado de Lamartine, alojándolo en su casa, agobiándolo de atenciones y rodeándolo de cuidados. ¿Qué hacer para pagar aquellos favores? Las hijas

del consul habían sido muy medianamente dotadas por Dios, y si Dios las había dotado poco, con la dote del padre no había que contar; de modo que su matrimonio era más que problemático, y el porvenir se las presentaba más oscuro que boca de lobo.

Pero se publica el *Viaje á Oriente*, y Lamartine dedica nada menos que diez páginas á las dos infelices. Lamartine habla de ellas con entusiasmo: no sólo las presenta como lindas, sino como bellezas, como verdaderas diosas, como ángeles escapados del cielo; Fidias no ha esculpido nunca nada semejante; Aspasia era una fea y una tonta, comparada con aquellos prodigios de gracia y de talento. De aquella publicidad resultó que muchos turistas europeos se apartaron de su camino para ir á ver las dos maravillas que Lamartine acababa de revelar al mundo. La casa del consul fué casi un lugar de peregrinación. Los viajeros salían echando pestes del poeta, pero no faltaron dos—ingleses por supuesto—y muy ricos—eso no hay que decirlo—que, ateniéndose á lo dicho por Lamartine, se casaron con las hijas del cónsul, cerrando los ojos. Poco tiempo después de su matrimonio, uno de estos buenos hijos de Albión decía al patriarca de los marionitas que se lo ha repetido á A. P.: «He tomado mujer, porque Lamartine ha publicado que era una criatura deliciosa. Por más que hago, no puedo lograr ser de su opinión. Pero él debe ser mejor juez que yo en esas cuestiones.»

*
* *

TESORO ENCONTRADO EN SUEÑOS.—El soñador cuenta su sueño del modo siguiente en la *Occult Review*: «Cuando yo era niño, tuve un sueño extraordinario, ó más bien una visión, porque fué durante el dormivela. Llamé entonces á mi abuela, que tenía su alcoba contigua á la mía y le conté que había soñado ver campanas.—«¿Campanas?—replicó ella;—si es así, duerme niño mío, y ve si puedes soñar algo más. Me volví á dormir, probablemente por sugestión hipnótica, y vi entonces soñando

campanas de plâta que estaban enterradas á algunos metros de profundidad, en el suelo de un jardín de una gran casa contigua á la nuestra. Cuando mi padre y mi madre supieron mi sueño, se rieron de él, y pronto quedó olvidado. Pero un día mi madre se acordó de él y se lo contó al cura de nuestra parroquia, que con gran alegría exclamó: «Alabado sea Dios, que, por medio de su hijo, ha revelado dónde está nuestro perdido tesoro.» Entonces contó que durante la Revolución francesa, las dos campanas de plata pertenecientes á la parroquia habían sido escondidas bajo tierra por dos sacerdotes; éstos habían sido guillotizados, y se había perdido por completo toda huella de las campanas. Hechas en el jardín las oportunas excavaciones, fueron encontradas en el mismo sitio en que yo las había visto en mi sueño.

*
*
*

EL ARTE DE JUZGAR: ANÉDOCTAS.—Interesante y sincero es el *Ensayo sobre el arte de juzgar* de Ransson, y justísima la crítica de ciertos magistrados que quieren echarlas de graciosos, y que rayan á veces en bufones, exponiéndose á que los reos les repliquen como aquel condenado á muerte replicó al presidente del tribunal, que se entretenía con bromas de este género: «Tome usted mi cabeza, pero no se la pague usted.» Es preferible, en efecto, la actitud severa y digna del presidente á la antigua, que al acusado irreverente que le decía: «Póngase usted en mi lugar», contestaba con altivez: «No admito la hipótesis».

En el libro abundan las anécdotas, y por ellas se ve que en todas partes cuecen habas, y la justicia, allá como aquí, anda poco bien servida en ocasiones, encarnando en quienes menos debiera encarnar. Así, lejos de encontrarla acertada, nos escandalizaría la explicación que daba un abogado á un amigo, de la pérdida de un proceso que consideraba imperdible: «¿Qué quie-

res? le decía; defendía un asunto de nulidad relativa ante tres nulidades absolutas.»

Tampoco nos extraña, por lo mismo, la definición que otro abogado daba de otro tribunal, cuyo presidente pasaba por ser de oído algo torpe: «Es un Tribunal compuesto de tres magistrados: el primero, escucha, pero no oye; el segundo, oye, pero no escucha, y el tercero, escucha y oye, pero no entiende.»

Un presidente, de esos amigos de hacer chistes, al ventilarse un pleito de medianería, y habiendo empezado el demandante su discurso con las palabras: «Señores, Napoleón ha dicho...,» le interrumpió diciendo: «Maestro, pase S. S. á la restauración... del muro de vuestro cliente.»

Ransson da á conocer en su libro, como tipo de sentencias de esos jueces—que los hay—que prescinden de citas legales para exponer sus ideas personales, como si una sentencia fuera un artículo de polémica ó un manifiesto electoral, la dictada por un juez, en causa por accidente de automóvil, en la que declara no haber lugar á ninguna información para fijar responsabilidades, fundándola en los considerandos siguientes:

«Considerando que toda acción intentada contra los propietarios de automóvil puede estimarse *à priori* como justificada; que el hecho de recorrer los hermosos caminos de Francia en marcha vertiginosa, que no permite apreciar el carácter pintoresco del paisaje y de los sitios así atravesados, constituye ya, por sí mismo, una presunción de falta;

»Considerando que este modo de ver es tanto más racional, cuanto que los automóviles, por su forma inestética, hieren la vista; por los ruidos ensordecedores que acompañan su marcha mortífera, chocan al oído, y por los vapores pestilenciales que se escapan de su indiscreta trasera, ofuscan el olfato y envenenan la pura atmósfera de nuestros campos;

»Considerando, en fin, que inventados para la satisfacción estúpida ó los apetitos sanguinarios de la clase burguesa ó aristocrática, constituída por los favorecidos de la fortuna, esos vehículos homicidas parecen tener por objeto, en vista de

un goce en cierto modo sádico, matar ó herir á los más interesantes ciudadanos, es decir, á los peatones, categoría social generalmente formada por los laboriosos y los desheredados, á la que la justicia moderna, en su aspiración progresiva y humanitaria, debe ayuda y protección.»

Y así sigue todo lo demás. ¿Verdad que tiene gracia este dictadorcillo aplicador de leyes?

*
* *

EL ACENTO ALSACIANO Y EL ASESINATO DEL DUQUE DE ENGHIEU.—Es curiosa la relación que Carlos Fischer establece, en *Les Marches de l'Est*, entre el acento alsaciano y la prisión del Duque de Enghien, seguida de su fusilamiento en los fosos de Vincennes, el crimen que nunca se ha perdonado á Napoleón.

«Era—dice Fischer—en los últimos días de Febrero de 1804. Se sabía que el heredero de los Borbones estaba en la orilla badenesa del Rin, en Ettenheim, con su mujer, novia ó querida, la princesa Carlota de Rohan. Bonaparte, suponiendo que aquel maldito Ettenheim empollaba nuevas empresas militares, quiso informarse sobre los personajes sospechosos de que el príncipe se rodeaba. Real se esforzó, y desde Strasburgo se puso en camino un sargento de gendarmería listo; y aquí es donde el drama se enreda por el acento. Aquel sargento, aunque se llamaba Lamothe, era evidentemente un alsaciano. ¿Cómo si no hubiera podido jerguear el alemán de las aldeas? Con la pipa en la boca, lisonjeando á éste y pagando unas copas á aquél, recogió sus informes con aires de bendito, y no tardó en averiguar que entre los comensales de su Alteza figuraba cierto oficial cuyo nombre le chocó: era el señor *Thumery*, personaje sin importancia. Aquel apellido, pronunciado teutónicamente resultaba *Thoumery* (con *u* española y no francesa). Como Lamothe tenía acento alsaciano, el *Thoumery* le sonó á Doumery, y en seguida á Doumoriez ó Dtumoriez. El sargento desapareció, volvió á Strasburgo y afirmó que el general Du-

mouriez era de la banda.» Y el triste efecto del ceceo de la raza produjo la tragedia de Vincennes.

Enterado el primer Cónsul á toda prisa de que Dumouriez estaba en Ettenheim, era evidente que no podía estar allí él, el cómplice de Coburgo, sino para conspirar. Bonaparte consideró peligrosísima aquella inteligencia, dió orden para capturar inmediatamente al duque, y, sin más averiguaciones, lo mandó fusilar.

Después de todo, la versión de Fischer nada tiene de inverosímil, y quizá la muerte del pobre Duque haya realmente dependido de un cambio de nombre por el acento alsaciano.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>De Buenos Aires á La Plata</i> , por Adolfo Posada.....	5
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	22
<i>Corazones generosos</i> , por Selma Lagerlof.....	31
<i>Salamanca</i> , por José Sánchez Rojas.....	61
<i>Las Cortes de la Revolución</i> , por Carlos Cambroneró.....	80
<i>Parnaso internacional: Fantasia</i> , de Augusto Lacaussade.— <i>Una luz en las tinieblas de la noche</i> , de Grandmougin.....	112
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.....	116
<i>El arcaísmo en la Argentina</i> , por Juan B. Selva.....	143
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	164

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,

López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
		54 — Eugenia Grandet.	3
		112 — La Quiebra de César Birotteau.	3
		62 — Papá Goriot.	3
		76 — Ursula Mirouet.	3
		2 Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla.	3
		12 — El Dandismo y Jorge Brummel.	3
		131 — La Hechizada.	3
		120 — Las Diabólicas.	3
		124 — Una historia sin nombre.	3
		110 — Venganza de una mujer.	3
		495 — Barthelemy - Saint - Hilaire. — Buda y su religión.	7
		130 Baudelaire. — Los paraísos artificiales.	3
		163 Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
		174 Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos)	1
		353 Boccardo. — Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.	10
		311 Boissier. — Cicerón y sus amigos. — Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.	8
		380 — La Oposición bajo los Césares.	7
		169 Bourget. — Hipólito Taine.	0,50
		395 Bréal. — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).	5
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).			
176 — La Reforma integral de la legislación civil..	4		
177 Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly.	3		
315 Amiel. — Diario íntimo.	9		
327-328 Antoine. — Curso de Economía Social, 2 vols.	16		
178 Anónimo. — ¿Académicas?	1		
179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1		
183 Araujo. — Goya.	3		
180 Arenal. — El Delito colectivo.	1,50		
182 — El Derecho de gracia.	3		
181 — El Visitador del preso.	3		
323 Arnó. — Las servidumbres rústicas y urbanas. — Estudio sobre las servidumbres prediales.	7		
114 Arnold. — La crítica en la actualidad.	3		
172 Asensio. — Fernán Caballero.	1		
39 — Martín Alonso Pinzón.	3		
184 Asser. — Derecho Internacional privado.	6		
368 Bagehot. — La Constitución inglesa.	7		
391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.	4		
416 Baldwin. — Elementos de Psicología.	8		
111 Balzac. — César Birotteau	3		

<u>N.º del Catál.º</u>	<u>Pesetas</u>	<u>N.º del Catál.º</u>	<u>Pesetas</u>
447 Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....	7		
399 Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....	2	437 Comte. — Principios de Filosofía positiva.....	2
505 Bryce. — La República Norteamericana tomo I	7	404 Couperus. — Su Majestad.	3
484 Brooks Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....».....	7	297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (<i>dos tomos</i>)..	15
367 Bunge. — La Educación..	12	59 Daudet. — Cartas de mi molino.....	3
185-186 Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (<i>dos tomos</i>).....	14	125 — Cuentos y fantasías..	3
187 Buylla. — Economía.....	12	13-14 — Jack (<i>dos tomos</i>)...	6
36-37 Campe. — Historia de América (<i>dos tomos</i>)..	6	22 — La Evangelista.....	3
156 Campoamor. — Cánovas.	1	38 — El sitio de París.....	3
79 — Doloras, cantares y humoradas.	3	46 — Novelas del lunes....	3
69 — Ternezas y flores.....	3	425 Dollinger. — El Pontificado.....	6
317-354-371 Carlyle. — La Revolución francesa (<i>tres tomos</i>).....	24	166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1
393 — Pasado y presente....	7	33 Dostoyusky. — La novela del presidio.....	3
189 Carnevale. — La cuestión de la pena de muerte. .	3	301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..	9
102 Caro. — Costumbres literarias.....	3	402 Dumas. — Actea.....	2
140 — El Derecho y la fuerza.	3	326 Emerson. — La ley de la vida.....	5
58 — El pesimismo en el siglo XIX.....	3	332 — Hombres simbólicos. .	4
65 — El suicidio y la civilización.....	3	413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
127 — Littré y el Positivismo	3	442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4
363 — La filosofía de Goethe	6	459 — Los veinte ensayos...	7
293 Castro. — El libro de los galicismos.....	3	340 Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
361 Champcommunale. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10	342 Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (<i>dos tomos</i>).....	15	162 Fernán Flor. — Tamayo..	1
64 Coppée. — Un idilio.....	3	158 — Zorrilla.....	1
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.. ..	3	155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....	1
26 — La tema de Juan Tuzo.....	3	92 Ferrán. — Obras completas	3
93 — Meta Holdeins.....	3	42 Ferry. — Estudios de Antropología.....	3
18 — Mis Rovel.....	3	329 Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
91 — Paula Meré.....	3	352 Finot. — Filosofía de la longevidad.....	5
394 Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo		357 Fitzmaurice - Kelly. —	
		en todas las épocas y en todos los países.....	6

N.º del Catál.º	Pesetas
Historia de la Literatura española.....	10
24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3
390 Flint. — La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197 Fouillée. — Historia de la filosofía (<i>dos tomos</i>)	12
195 — La ciencia social contemporánea.....	8
194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452 — Historia de la filosofía de Platón (<i>dos tomos</i>)	12
333 Fournier. — El ingenio en la historia.— Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199 Framarino dei Malatesta. — Lógica de las pruebas en materia criminal (<i>dos tomos</i>).....	15
509 Fromentin. — La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303 Gabba. — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (<i>dos tomos</i>)..	15
307 Garnet. — Historia de la Literatura italiana....	9
201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200 — La criminología.— Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202 — La superstición socialista.....	5
507 — El delito como fenómeno social.....	4
98 Gautier. — Bajo las bombas prusianas.....	3
167 — Enrique Heine.....	1
132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
121 — Nerval y Baudelaire..	3
70 Gay. — Los Salones célebres.....	3
345 George. — Protección y librecambio.....	9
421 — Problemas Sociales..	5
261 Giddings. — Principios de	

N.º del Catál.º	Pesetas
Sociología.....	10
414 — Sociología inductiva.	6
485 Girard. — La Elocuencia ática.....	4
286 Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
164 Gladstone. — Lord Macaulay. 	1
287 Goethe. — Memorias.....	5
406 Gonblanc. — Historia general de la Literatura.	6
21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
204 — Historia de María Antonieta.....	7
44 — La Elisa.....	3
61 — La Faustín.....	3
129 — La señora Gervaisais..	3
318 — Las favoritas de Luis XV.....	6
6 — Querida.....	3
11 — Renata Mauperín....	3
358 — La Du-Barry.....	4
206 González. — Derecho usual	5
282-283 Goodnow. — Derecho administrativo comparado (<i>dos tomos</i>)..	14
207 Goschen. — Teoría de los cambios extranjeros...	7
208 Grave. — La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462. Green. — Historia del Pueblo inglés (<i>cuatro tomos</i>).....	25
209 Gross. — Manual del juez.	12
502 Guizot. — Abelardo y Eloísa.....	7
210 Gumplowicz. — Derecho político filosófico.....	10
211 — Lucha de razas.....	8
330 — Compendio de Sociología	9
212 Guyau. — La educación y la Herencia.....	8
331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471 Hailman. — Historia de la Pedagogía.....	2
290 Hamilton. — Lógica parlamentaria.....	2
213 Hausonville. — La juventud de Lord Byron.	5
324 Heiberg. — Novelas Danesas.....	3
41 Heine. — Memorias.....	3
314 — Alemania.....	6

N.º del Catál.º	Pesetas
396 Höffding.—Psicología experimental.....	9
426 Hume.—Historia de la España contemporánea..	8
412 — Historia del Pueblo Español.....	9
214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....	4
316 Huxley.—La educación y las ciencias naturales..	6
43 Ibsen.—Casa de muñeca.	3
53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423 Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
217 Kells Ingram.—Historia de la Economía política.	7
219 Koch y otros.—Estudios de higiene general.	3
295 bis. Korolenko.—El desertor de Sajalín.....	2,50
322 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres.....	6
299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221 Laveleye. — Economía política.....	7
369 — El Socialismo contemporáneo.....	8
220 Lange.—Luis Vives....	2,50
454 Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
319 Lemcke.—Estética.....	8
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3
321 Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8
474 Lester Ward.—Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
434 Lewis-Pattée.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
222 Lombroso.—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386 — Medicina legal (<i>dos tomos</i>).....	15
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223 Lubbock.—El empleo de la vida.	3
99 — La Vida dichosa.....	3
438 Macaulay.—Estudios	

N.º del Catál.º	Pesetas
jurídicos.....	6
294 — La Educación.....	7
305-306 — Vida, memorias y cartas (<i>dos tomos</i>).....	14
460 Mac-Donald.—El criminal tipo.....	3
224 Manduca.—El Procedimiento penal.....	5
504 Marshall.—Tratado de Economía política, tomo I.....	7
225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (<i>tres tomos</i>)	22
424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.— La Paz y la guerra...	8
410 Martín.—La Moral en China.....	4
481 Mattiolo.—Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1
375 Max-Muller.—La ciencia del lenguaje.....	8
298 — Origen y desarrollo de la religión.....	7
366 — Hist. de las religiones.	8
455 — La Mitología comparada.....	7
160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1
152 — Núñez de Arce.....	1
284 Meneval.—María Estuardo.....	6
383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388 — Psicología (<i>dos tomos</i>).....	12
392 — Ontología.....	10
427 — Criteriología general.	9
418 Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses..	2
118 Merimée.—Colomba....	3
133 — Mis perlas.....	3
450 Merkel.—Derecho penal.	10
230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (<i>dos tomos</i>).....	15
296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
440-373 — Derecho penal romano (<i>dos tomos</i>).....	18
398 Mouton.—El deber de castigar.....	4
170 Molins.—Bretón de los	

N.º del Catal.º	Pesetas
Herreros.....	1
492 Morley.—Estudios sobre grandes hombres.....	5
295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega	10
312 Nansen.—Hacia el Polo.	6
472 Nardi-Greco.—Sociolo- gía jurídica.....	9
232 Neera.—Teresa.....	3
233 Neumann.—Derecho In- ternacional público mo- derno.....	6
490 Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
308 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7
335 — Más allá del bien y del mal.....	5
336 — La Genealogía de la moral.....	3
350 — Humano, demasiado humano.....	6
370 — Aurora.....	7
405 — Ultimos opúsculos...	5
431 — La Gaya ciencia.....	6
466 — El viajero y su som- bra.....	6
Nourrison.—Maquiavelo....	3
355 Novicow.—Los despilfa- rros de las Sociedades modernas.....	8
365 — El porvenir de la raza blanca.....	4
407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
478 — La guerra y sus pre- tendidos beneficios....	1,50
473 Papini.—Lo trágico coti- diano y El piloto ciego.	3
157 Pardo Bazán.—Alarcón.	1
171 — Campoamor.....	1
151 — El P. Luis Coloma...	2
168 Passarge.—Ibsen.....	1
483 Perrot.—Derecho públi- co de Atenas.....	4
161 Picón.—Ayala.....	1
417 Potapenko.—La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433 Prevost Pa- radol.—La Historia Universal (<i>tres tomos</i>)..	16
384 Quinet.—El Espíritu nuevo.....	5
235 Renán.—Estudios de historia religiosa.....	6
236 — La Vida de los Santos.	6

N.º del Catal.º	Pesetas
56-57 — Memorias íntimas (<i>dos tomos</i>).....	6
422 Ribbing.—La higiene sexual.....	3
237-238 Ricci.—Tratado de las pruebas (<i>dos tomos</i>).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496 y 499.—Ricci.— Derecho civil (<i>diez y nueve tomos</i>).....	134
285 Rod.—El silencio.....	3
409 Roguin.—Las Reglas ju- rídicas.....	8
415 Roosevelt.—New-York.	4
453 Rozan.—Locuciones, pro- verbios.....	3
346 Ruskin.—Las siete lám- paras de la arquitectura	7
446-439 — Obras escogidas, (<i>dos tomos</i>).....	13
122 Sainte-Beuve.—Retra- tos de mujeres.....	3
441 — Estudios sobre Virgilio	5
49 — Tres mujeres.....	3
Saisset.—Descartes, sus pre- cursores y sus discípu- los.....	7
381 Sansonetti.—Derecho constitucional.....	9
84 Sardou.—La Perla Negra	3
240 Savigny.—De la voca- ción de nuestro siglo para la legislación....	3
242-344-372 Schopenhauer. El mundo como volun- tad y como representa- ción (<i>tres tomos</i>).....	30
241 — Fundamentos de la mo- ral.....	5
465 — Ensayos sobre Reli- gión, Estética.....	4
464 — La nigromancia.....	3
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
448 — Endemonología.....	5
508 Scheel y Mombert.—La explotación de las rique- zas por el Estado y por el Municipio.....	4
401 Sienkiewicz.—Orso. En vano.....	2
430 Sieroszewski.—Yang- Hun-Tsy.....	2
320 Sohm.—Derecho privado romano.....	14

N.º del Catál.º	Pesetas
378 Sombart.— El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX....	3
256 Spencer.— De las leyes en general.....	8
247 Spencer.— La moral....	7
253 — El organismo social..	7
254 — El progreso	7
257 — Etica de las prisiones.	8
255 — Exceso de legislación.	7
248 — La beneficencia.	4
246 — La justicia.	7
260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249 — Las instituciones eclesiásticas.	6
251-252 — Las instituciones políticas (<i>dos tomos</i>)...	12
258-259 — Los datos de la Sociología (<i>dos tomos</i>)....	7
250 — Las instituciones sociales.....	7
343 — Las instituciones profesionales	12
351 — Las instituciones industriales	4
488-489 Squillace.— Las doctrinas sociológicas (<i>dos tomos</i>).....	8
362 Starcke.— La Familia en las diferentes sociedades	10
262 Sthal.— Historia de la filosofía del Derecho..	5
341 Stirner.— El Unico y su propiedad.....	12
376-377 Stourm.— Los Presupuestos (<i>dos tomos</i>)..	9
475 Strafforello.— Después de la muerte.....	15
449 Stuart-Mill.— Estudio sobre la religión.	3
291 Sudermann.— El Deseo.	4
263 Sumner-Maine.— El antiguo derecho y la costumbre primitiva....	3,50
265 — Historia del Derecho..	7
264 — La guerra según el Derecho internacional.	8
266 — Las instituciones primitivas	4
267 Supino.— Derecho mercantil.....	7
403 Suttner.— High-Life...	12
96 Taine.— El Arte en Grecia.	3
101 — El ideal en el Arte...	3

N.º del Catál.º	Pesetas
106 — Florencia.....	3
268-269-313-337-347. — Historia de la literatura inglesa (<i>cinco tomos</i>)....	34
74 — La pintura en los Países Bajos.....	3
108 — Milán.....	3
103 — Nápoles.....	3
310 — Notas sobre París....	6
104-105 — Roma (<i>dos tomos</i>).	6
107 — Venecia.....	3
334-468-476-482-487 — Los orígenes de la Francia contemporánea (<i>cinco tomos</i>).....	36
359 — Los filósofos del siglo XIX.....	6
272 Tarde.— El duelo y el delito político	3
273 — La criminalidad comparada.....	3
271 — Las transformaciones del Derecho.....	6
500-506 — Filosofía penal, (<i>dos tomos</i>).....	14
339-360 Todd.— El gobierno parlamentario en Inglaterra (<i>dos tomos</i>).....	15
400 Tehekhof.— Un Duelo..	1
239 Thorold Rogers.— Sentido económico de la Historia	10
134 Tcheng-Ki-Tong.— La China contemporánea..	3
5 Tolstoy.— Dos generaciones	3
7 — El ahorcado.....	3
71 — El camino de la vida..	3
63 — El canto del cisne....	3
77 — El dinero y el trabajo.	3
10 — El Príncipe Nekhli..	3
81 — El trabajo.....	3
15 — En el Cáucaso.....	3
115 — Fisiología de la guerra	3
52 — Iván el imbécil.....	3
117 — La escuela.....	3
1 — La sonata á Kreutzer.	3
95 — Lo que debe hacerse..	3
48 — Los Cosacos.....	3
90 — Los hambrientos.....	3
3 — Marido y mujer.....	3
85 — Mi confesión.....	3
113 — Mi infancia.....	3
75 — Placeres viciosos....	3
94 — ¿Qué hacer?	3
89 Turgueneff.— Aguas primaverales.....	3

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
97 — Demetrio Rudín.....	3	humana.....	12
25 — El judío.....	3	356 Wilson. — El Gobierno	
123 — El reloj.....	3	congresional; Régimen	
47 — El Rey Lear de la Es-		político de los E. U...	5
tepa.....	3	443 Willaughby. — La legis-	
8 — Humo.....	3	lación obrera en los Es-	
139 — La Guillotina.....	3	tados Unidos.....	3
16 — Nido de hidalgos.....	3	494 White. — Historia de la	
137 — Padres é hijos.....	3	lucha entre la Ciencia	
80 — Primer amor.....	3	y la Teología.....	8
304 — Tierras vírgenes.....	5	364 Witt. — Historia de Was-	
60 — Un desesperado.....	3	hington y de la funda-	
281 Uriel. — Historia de Chile	8	ción de la República de	
477 Vaccaro. — Bases socioló-		los Estados Unidos...	7
gicas del Derecho y del		374 Wundt. — Compendio de	
Estado.....	9	Psicología.....	9
153 Valera. — Ventura de la		503 — Principios de Filosofía	9
Vega.....	1	429 — Hipnotismo y suges-	
116 Varios autores. — Cuen-		tión.....	2
tos escogidos.....	3	143 Zola. — Balzac.....	1
276 — El Derecho y la Socio-		148 — Chateaubriand.....	1
logía contemporáneos..	12	144 — Daudet.....	1
277 — Novelas y caprichos..	3	146 — Dumas (hijo).....	1
55 — Ramillete de cuentos.	3	86-87 — El Doctor Pascual	
82 — Tesoro de cuentos....	3	(dos tomos).....	6
428 — Los grandes discursos		50-51 — El naturalismo en el	
de los máximos orado-		teatro (dos tomos)....	6
res ingleses modernos.	7	35 — Estudios críticos.....	3
338 Virgilio. — Manual de Es-		17 — Estudios literarios...	3
tadística.....	4	147 — Flaubert.....	1
278 Vivante. — Derecho mer-		154 — Gautier.....	1
cantil.....	10	141 — Jorge Sand.....	1
419-420 Vocke. — Principios		23 — La novela experimen-	
fundamentales de Ha-		tal.....	3
cienda (dos tomos)....	10	9 — Las Veladas de Medán.	3
498 Wharton. — Los millona-		149 — Los Goncourt.....	1
rios de los Estados Uni-		67-68 — Los novelistas natu-	
dos... ..	5	ralistas (dos tomos)....	6
4 Wagner. — Recuerdos de		30 — Mis odios... ..	3
mi vida.....	3	150 — Musset.....	1
325 Waliszewski. — Historia		32 — Nuevos estuds. literarios.	3
de la Literatura rusa..	9	165 — Sainte Beuve.....	1
408 Wallace. — Rusia.....	4	145 — Sardou.....	1
309 Westermarck. — El ma-		159 — Stendhal.....	1
trimonio en la especie		142 — Víctor Hugo.....	1

